

A vintage red car, likely a 1950s model, is parked on a street. The car has a Cuban license plate that reads "1-01". The car is the central focus of the image, with a large, dark tree in the background and a building visible in the distance. The overall scene is set in Havana, Cuba.

Roser A. Ochoa
Yolanda García

HAVANA'S Cafe



HAVANA ' S
Cafe

Roser A. Ochoa  Yolanda García

Copyright © 2017 Roser A. Ochoa y Yolanda García

Título: Havana's Cafe

1a Edición Julio 2017

All rights reserved.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento.

A Jon Kortajarena,
por dotar de vida a Jhett Rider,
y hacernos soñar.

Gracias.

CAPÍTULO 1

Hacía calor, el calendario tan solo había avanzado hasta finales de mayo y el sol ya impactaba de manera cruel sobre todos aquellos que se atrevían a abandonar el resguardo de un buen aire acondicionado en alguno de los altos edificios del Downtown. A esas horas estar en la calle era como decidir caminar por el interior de un horno, ni una ligera brisa soplaba por las casi desérticas calles, tan solo los más osados se atrevían a salir en esas condiciones, o los pobres infelices que no tenían otro remedio. Miranda miró a un lado y otro de la vía antes de cruzarla apresuradamente, su objetivo más inmediato era la sombra que parecía aguardarla al otro lado. Notaba cómo la blusa de seda, que había elegido esa mañana, se pegaba a su cuerpo debido al sudor, no había nada que odiara más que esa sensación de perenne humedad. Bajo el brazo sujetaba una carpeta de piel negra, y mantenía pegado a la oreja el teléfono móvil.

—Llegará —aseguró a su interlocutor mientras se detenía un momento para sacar algo de su bolso—. Respira Jules, ya te he dicho que va a llegar, hablé con ellos personalmente hace un par de días, y por su bien... —perdió por un instante el hilo de la conversación, mientras comprobaba desde el otro teléfono uno de los correos electrónicos—. Tan solo ha habido un pequeño retraso debido al cambio del muestrario de las telas, pero llegarán a lo largo del día, tengo un correo de confirmación de hace unos minutos —Miranda sonrió satisfecha mientras guardaba de nuevo el teléfono en el bolso y miraba con desánimo el trecho que aún le quedaba por recorrer a pleno sol

—. Está bien, vuelve a llamarme si no tienes noticias en una hora, ¿vale?

Colgó el teléfono, lo dejó caer dentro del bolso e inició una carrera, con la máxima rapidez que le permitían sus altos tacones, hasta la cafetería de la esquina. Al menos en el interior del establecimiento se estaba fresco, aprovechó la tregua que le ofrecía la cola de dos personas que había delante de ella, para tomar aliento y pasar el dorso de su mano por la frente. Sacó la agenda y sin mirar al chico del mostrador hizo el mismo pedido de cada mañana, mientras garabateaba en una de las páginas algo que no debía olvidar. Pasó los dedos por su castaña melena, para ahuecarla un poco, dado que tenía la sensación de que, en parte, se había pegado a su cara por culpa del sudor. Odiaba sudar, no tenía nada de glamuroso pasarse la mayor parte del día secando la humedad del rostro. Miró el reloj, eran cerca de las 10 de la mañana. Había dejado a Gladys en la guardería canina y le había sobrado tiempo para pasar por el despacho de Vera, y comprobar que la reunión seguía en pie, podría haberlo confirmado con una simple llamada, pero era de vital importancia que el encuentro de esa tarde saliera perfecto. Pagó el café y volvió a tomar aire antes de salir de nuevo a la calle al tiempo que el teléfono, en el interior de su bolso, empezaba a sonar una vez más.

Metió la mano en su Louis Vuitton y cruzó por mitad de la calzada cuando un deportivo rojo pasó a su lado casi rozándola, apenas tuvo tiempo de reaccionar, un pitido y el rugido del motor amortiguó el insulto del sorprendido conductor, que casi se había visto arrollado por la joven.

—¡Joder!, me cago en... ¿Qué? ¡No!, no es a ti —aseguró a la persona con la que ahora se hallaba hablando—, nada, un imbécil que por poco me atropella. Estoy a cinco minutos —confirmó alcanzando el otro lado de la calle, en la distancia podía distinguir el moderno edificio acristalado.

Continuó caminando a paso rápido en dirección a la oficina, el asfalto estaba tan caliente que en algunos tramos tenía la sensación de que la suela de sus zapatos quedaría adherida a la acera. En la línea del horizonte el edificio de cristal parecía desfigurarse por momentos, debido a la neblina provocada por el calor el propio pavimento. Miró hacia el cielo, completamente despejado, ni una sola nube que decorara esa gran cúpula azul que cubría su cabeza. Inspiró con fuerza y una bocanada de aire caliente inundó sus pulmones. Cinco minutos después atravesaba la puerta de cristal y agradecía en silencio el descenso de temperatura.

Pasó la identificación por el lector, cambió el bolso de un hombro a otro, mientras guardaba la tarjeta de plástico en uno de los bolsillos interiores e intentaba mantener a salvo el café, procurando no abrasarse la punta de los dedos. El teléfono que tenía en la mano vibró de nuevo cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, echó un vistazo para comprobar que se trataba de un correo electrónico que podía esperar y deslizó el dedo por la pantalla para bloquearla. Tras el mostrador de seguridad Josh la saludó mostrando una sonrisa pícaro, que pretendía ser seductora, quizás todavía albergara alguna esperanza de que ella cambiara de opinión y aceptara salir con él, incluso después de las cuatro negativas que había obtenido por toda respuesta. Una nueva vibración, una llamada esta vez, apretó con el codo el botón de la tercera planta y mientras hacía equilibrios con el vaso de café, y las puertas se cerraban, acertó a rechazarla. Cuando se abrieron de nuevo Miranda se adentró en una enorme sala donde se desplegaba una frenética actividad. Ray corría en dirección a la sala de reuniones, donde una de las becarias le esperaba con varias carpetas de bocetos entre las manos. La centralita de la entrada anunciaba una llamada tras otra y parecía no dar ni un minuto de tregua a Christine, la eficiente recepcionista que, pese a su diligencia,

empezaba a dar muestras de encontrarse saturada. Mani, desde el fondo, le hizo una señal para que se acercara, tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche, quizás en las últimas noches. Las semanas previas a la semana de la moda solían ser así, aunque por suerte después de la tormenta siempre llegaba la calma.

—Hoy está insoportable —anunció en un susurró cuando la tuvo cerca.

—¡Miranda! —el grito la cogió por sorpresa. Giorgio Dee apareció tras las puertas que separaban la tranquilidad de su estudio con el frenético caos en que se desenvolvía el resto de la planta— ¿Descafeinado de máquina con leche fría de soja y estevia natural? —preguntó señalando el vaso que Miranda sostenía en las manos.

—Claro, señor.

—Llegas tarde —sentenció mientras se apoderaba del café para desaparecer de nuevo en su estudio.

—Te-lo-he-diiiiii-choooooooo... —canturreó Mani a su lado.

—Ppppffff —resopló.

Dejó el bolso sobre la mesa, puso a cargar uno de sus teléfonos, y encendió el ordenador antes de desaparecer tras esas puertas de amplias cristaleras opacas que dejaban intuir, pero no permitían ver lo que sucedía tras ellas. Giorgio Dee, el gran creador de la firma GioDee's se encontraba frente a su mesa de trabajo. Cada rincón de ese estudio emanaba paz y serenidad, quizás no solo se debiera a la elección de la pintura de las paredes, de un blanco inmaculado, sino a la enorme cristalera que ocupaba la totalidad de una de las paredes y que no solo dejaba pasar la luz, sino que ofrecía unas espléndidas vistas de toda la ciudad. El murmullo de la fuente de agua que

ocupaba uno de los rincones, evocaba tranquilidad, y un olor dulzón que recordaba a la vainilla impregnaba siempre la estancia, ofreciendo matices exóticos, pero que lograban un ambiente confortable. Había una gran cantidad de muestras de tela esparcidas por el suelo, y sobre la mesa de madera reposaba una carpeta de antiguos bocetos, que aparecían descolocados y sin ningún orden aparente. Giorgio ni se había detenido en mirarla, tomó un trago del delicioso café mientras paseaba la vista del vestido de noche con escote *halter* y pronunciada cola, al sencillo pero casi místico vestido de finos tirantes y corte imperio, cuya falda caía libre hasta los pies. Dos auténticas maravillas que seguro harían las delicias de alguna actriz en la próxima ceremonia de los Oscar.

Miranda dejó un par de cartas sobre la mesa de trabajo, comprobó que Giorgio estaba tan enfrascado en sus creaciones que no había revisado el contestador, pues la luz roja se encendía y apagaba de manera tan impertinente como molesta. Serpenteó por entre las piezas de tela y se acercó a su jefe, que aguardaba la reacción de su joven ayudante.

—¿Y bien? —el hombre tomó una muestra de una finísima organza de color marfil y la acercó al vestido de tirantes, chasqueó la lengua y dejó caer el trozo de tela al suelo. Miranda buscó entre los diferentes recortes hasta encontrar un trozo de raso de tono perla que acercó al boceto—. ¡Fantástico! —exclamó el hombre.

—He hablado con Vera, por lo de esta tarde...

—¿Y Gladys?

—Perfecta señor, se ha quedado muy contenta.

—Bien, no me gusta tener que separarme de ella.

—Lo comprendo.

—¿Has dejado las indicaciones...?

—No se preocupe por nada señor Dee, tienen una lista detallada con todas las instrucciones y si hay algún problema ya saben cómo localizarme.

—Entonces... ¿de raso color perla? —negó con la cabeza un par de veces, antes de coger la muestra y tirarla de nuevo al suelo, junto al resto—. ¿Qué haces aún aquí?, vete a seguir haciendo lo que sea que haces para que te pague lo que te pago a final de mes.

Miranda abandonó el estudio con el mismo sigilo como había entrado hacía apenas un momento. Fuera de ese pequeño edén se desataban las tinieblas. Faltaba poco menos de un mes para la pasarela más importante y prestigiosa del año y la oficina parecía un caos, todo el personal corría como si el mundo estuviera a punto de acabarse de un momento a otro. Tomó asiento tras su mesa, y mientras hablaba con el taller, tecleaba con celeridad la respuesta a un par de mails que había recibido de dos destacadas revistas de moda. Las horas transcurrían a tanta velocidad que, sin darse cuenta, ya había llegado la hora de comer. «Tres, dos, uno...» Miranda dirigió la mirada hacia las grandes puertas de cristal ahumado.

—¡Miranda! —la voz, a pesar de estar amortiguada por el cristal, llegó nítida hasta ella. Se levantó con tranquilidad y cogió los documentos que tenía preparados sobre la mesa—. ¿Has...?

—Tiene mesa reservada a la misma hora de siempre —repuso al tiempo que le tendía la carpeta—. Debe firmar.

—¿Has hablado con Sean?

—Llegará algo más tarde, pero llegará.

—Necesito que lleven los vestidos de la colección «Perséfone» a la reunión de la tarde y Miranda, no quiero ni una arruga.

—Ni una.

—Está bien... —miró la carpeta ojeando por encima los documentos

antes de firmarlos y devolvérselos—. ¡Ah! casi se me olvida, pásate por mi casa, seguramente debí dejar sobre la encimera de la cocina mi Patek Philippe negro, tráemelo antes de la reunión, no durante la reunión o al terminar la reunión, antes.

—Claro —respondió Miranda sin dar la menor muestra de enojo por tener que atravesar la ciudad para ir a buscar un reloj. Cogió la carpeta, comprobó que todos los documentos estaban firmados y volvió a cerrarla, Giorgio desapareció por el final del pasillo, pero aún tuvo tiempo de gritar un par de instrucciones más a dos de sus ayudantes, que salieron corriendo en direcciones opuestas dispuestos a cumplir con precisión lo que les había ordenado.

Observó cómo su jefe se alejaba, estaba segura que después de comer con Sean volvería algo más amable, poco, muy poco, pero al menos algo más tranquilo. Apagó el ordenador, hizo un par de anotaciones en la agenda antes de meterla en el bolso, recogió el móvil y se dispuso a salir, al pasar por recepción Christine le hizo una señal con la cabeza indicándole que la llamada que había retenido era para ella, pero Miranda negó con la cabeza al tiempo que gesticulaba con una de sus manos pidiendo que dijera que llamaran más tarde. No tenía tiempo que perder.

Era mediodía y el sol calentaba con más fuerza que por la mañana, agradeció en silencio el aire acondicionado del vehículo. Giorgio Dee vivía en una lujosa mansión de las afueras de Miami, en Palm Island, una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Cuando era pequeña y correteaba por las calles de Little Havana, jamás imaginó que terminaría viviendo en una de esas lujosas islas, aunque solo fuera en la casa de la piscina del diseñador más excéntrico de cuantos hayan existido, y de repente, sin pretenderlo, soltó una carcajada que intentó sofocar enseguida, no estaba bien burlarse así de todo

un genio, pero no podía evitar pensar que parte de su ingenio era debido a toda esa excentricidad que almacenaba en su interior, y nadie que no le conociera bien sería capaz de imaginar hasta qué nivel de obsesión podía llegar.

Dejó el coche en la entrada que Giorgio había hecho pavimentar el verano anterior porque le molestaba el ruido de la gravilla, «el reloj... el reloj...» pensaba para sí, mientras rebuscaba en el interior del bolso las llaves de la puerta, no quería molestar al servicio. Atravesó el hall, ese enorme espacio de proporciones faraónicas, a dos niveles, presidido por cuatro altas columnas de mármol rosa de Carrara, que en su primer día la impresionó y que, a día de hoy, después de cinco años trabajando para Giorgio, seguía dejándola sin aliento. Giorgio siempre había mantenido la postura de que no había nada más importante que una primera impresión, pues aseguraba que cualquier persona solo tiene una oportunidad de mostrarse como quiere que los demás la vean, así que no debía quedar nada en el tintero, y llevaba esa máxima no solo a sus diseños, que cuidaba hasta el más mínimo detalle, sino a su casa y a su vida en general. Todo en Giorgio era exagerado, grandilocuente y un poco extravagante. Entró directamente en la cocina, donde encontró a Dolores que frotaba los cubiertos de plata, ni siquiera recordaba cuánto tiempo hacía desde la última vez que se había utilizado, sin embargo, la doncella una vez por semana sacaba la cubertería, la lustraba y sacaba brillo con un paño, no olvidaba jamás ponerse unos guantes de algodón para no dejar huellas. Giorgio era muy amigo de las fiestas y de alternar, pero siempre lo hacía en casas ajenas, o en locales de moda donde se reservaba de forma escrupulosa el derecho de admisión y donde solo los personajes importantes tenían acceso, y a decir verdad esa manía suya suponía un gran alivio, sobre todo desde que ella se tuvo que trasladar a vivir a la casa de invitados de la piscina.

—Miranda, ¿qué pasa?

—El reloj de esfera negra, ¿lo has visto?

—Sí, toma... —dijo sacándolo del bolsillo del delantal—, Iba a dejarlo luego en la cómoda de su habitación.

—Me lo llevo...

—¿Has comido? —se interesó Dolores—. Come un poco.

—No puedo... —respondió Miranda después de echar un vistazo al reloj para comprobar la hora.

—¡Miranda! —la reprendió mientras sacaba algo de fiambre de la nevera.

—Bueno, vale, pero algo rápido —se quejó tomando asiento en la mesa, al tiempo que sacaba la tablet del bolso para repasar los correos.

Dolores era una mujer de avanzada edad que llevaba toda su vida al lado del señor Dee, como ella le llamaba. Empezó a trabajar para él cuando la firma GioDee's tan solo era una idea que parecía inalcanzable. Era una mujer amable, de carácter muy tranquilo, algo que hacía mucha falta en esa casa, sobre todo cuando alguna de las exigencias de Giorgio hacía cundir el pánico entre el servicio, cosa que por desgracia ocurría demasiado a menudo.

—Dime Jules —dijo activando el manos libres.

—No quiero estresarte, pero no han llegado y el tiempo se agota...

—¿Me estás diciendo que las telas seleccionadas aún...? —cogió el *sándwich* para dejarlo de nuevo en el plato instantes después.

—No Miranda, no han llegado y las necesitábamos ayer, si quieres que los patrones estén listos para mañana.

—Está bien —Miranda se levantó, metió la tablet en el bolso y

sostuvo el teléfono sujetándolo entre la oreja y el hombro—. Dame veinte minutos y vuelve a llamarme —ordenó mientras aparentaba una calma que en esos momentos no sentía—. ¡No me lo puedo creer! —gruñó al colgar—. Gracias Dolores —dijo al tiempo que cogía el bocadillo y salía a toda prisa de la casa.

Mientras se dirigía al coche pensaba a toda velocidad en su siguiente movimiento, estaba acostumbrada a trabajar bajo presión, siempre lo tenía todo controlado, el hecho de poder trabajar con Giorgio sin volverse loca se debía, en gran medida, a que había aprendido a conocerle, a anticiparse a sus caprichos y manías, a tratar de ir siempre dos pasos por delante de sus exigencias y estar siempre preparada para sus excentricidades. Era muy buena en su trabajo, eficiente y concienzuda, podía presumir de tenerlo siempre todo bajo control, lo que no podía prever era que los demás no hicieran el suyo con la misma eficacia.

El motor rugió sin demasiado convencimiento cuando dio un acelerón, ya era hora de que su viejo Volvo pasara por el taller, mordió el pan y lo dejó en el asiento de al lado mientras buscaba en el manos libres el número de Víctor, esta vez el error era demasiado grave como para dejarlo pasar. Miró el reloj, eran casi las cuatro de la tarde, debía solucionar ese imprevisto y llegar al Designe District antes de que diera inicio la reunión. Pensó que en esos momentos Giorgio y Sean aún estarían comiendo en el Zuma, y aunque esas comidas solían alargarse, a esa hora ya casi estarían a punto de terminar, pero si se daba prisa... Pisó a fondo el acelerador, y al hacerlo el ruido de motor sonó de un modo aún más extraño, un testigo luminoso se encendió en el salpicadero, pero no tenía tiempo para mirar a qué podía deberse, en su mente solo veía avanzar de manera inexorable las manecillas del reloj, y como si de una maldición se tratara se sintió

Cenicienta intentando cumplir todos sus objetivos, que no eran pocos, en un tiempo récord.

—¡Conquistar a un príncipe en menos de tres horas! —se dijo en voz alta, ella sí sabía exprimir bien el tiempo. El sonido del teléfono la sobresaltó justo en el momento que el motor volvía a lanzar una especie de quejido, de reojo vio como el nombre de su hermana parpadeaba con insistencia, resopló antes de deslizar el dedo sobre el icono verde de la pantalla—. Hola Melisa...

—¡Tres semanas! —gritó desde el otro lado—. El otro día me dije a mí misma, no la llames, vamos a ver cuánto tiempo tarda en responder la llamada... Han pasado, tres semanas, TRES-SE-MA-NAS —repitió.

—¿Seguro? —se aventuró a preguntar, y obtuvo un gruñido por toda respuesta—. Lo siento —se apresuró a decir—, en serio Mel... he ido de culo y...

—Miranda, vivimos a menos de media hora y no nos vemos nunca —se lamentó—. Te llamé porque necesitaba hablar contigo y...

—Tienes razón —la interrumpió para evitar que la regañara de nuevo —, te prometo que la semana que viene... —pero la exclamación de su hermana desde el otro lado del teléfono hizo que ella tampoco pudiera terminar la frase.

—¿¡La semana que viene!?

—Mel, estamos en plena campaña, esto es una espiral de locura, la semana de la moda está al girar la esquina, tengo... ¡Joder!, ¿tú sabes la de trabajo que tengo? ¡Eh!, por cierto, ¿sabes quién va a venir? —preguntó de pronto, cambiando de tema para intentar desviar la atención y suavizar el cabreo que mostraba Melisa en ese momento— ¡Antonio Banderas!, ese actor te gusta mucho, ¿verdad?

—Puede...

—Venga Mel, no te enfades...

—¿Qué haces?

—Conducir.

—¿Y el loco?

—No le llames loco, él es...

—Ya, ya... Un genio —se mofó—. Te dejo, han llegado los chicos del taller para comer, no tiene tanto *glamour*, pero también es divertido, y hacer tortitas incluso tiene su arte.

—Te juro que por la noche te llamo y la semana que viene cuando todo esté más calmado...

—Claro hermanita —respondió de un modo algo condescendiente, como si en el fondo supiera que a la hora de la cena ya se le habría olvidado que había prometido llamarla—, intenta descansar un poco y dormir... Ahhh y no te olvides de comer.

Miranda desvió la mirada al trozo de *sándwich* que había olvidado sobre el asiento, lo cogió y dio otro pequeño bocado antes de despedirse de su hermana. Ahora se sentía fatal, Melissa tenía razón, el trabajo la estaba absorbiendo por completo, hacía meses que no se veían, y las tres... ¡No!, las cuatro últimas veces había sido posible porque Melisa se había trasladado hasta el Downtown, del cual ella apenas salía. Su vida se circunscribía al trabajo, sus itinerarios variaban poco, siempre en la misma zona, reuniones de trabajo, organizar citas, anular entrevistas, contratar modelos, revisar colecciones, organizar la agenda del diseñador... así que toda, absolutamente toda su vida se centraba en torno a su jefe, Giorgio, o más bien en satisfacer cada pequeño deseo, necesidad, exigencia o excentricidad que se le ocurriera, a cualquier hora, en cualquier lugar, no importaba, la dedicación al trabajo era absoluta, *full time*... A decir verdad, hacía un par de años que no se

pasaba por casa, por absurdo que pareciera, pues vivía a menos de treinta minutos, tan solo tenía que cambiar de distrito...

—¡TE VOY A MATAR! —gritó en cuanto bajó del coche y entró en la oficina.

—Están enviadas te lo juro... Se tratará de un problema con el transporte o puede que...

—Víctor, ¿cuántos miles de dólares paga la firma GioDee's para tener la exclusiva? —y aunque el hombre intentaba sostenerle la mirada, no pudo evitar que en su rostro se dibujara una mueca, que Miranda interpretó debía ser de disgusto o quizás de preocupación—. No, Víctor, no hay excusas, estos fallos no se pueden consentir —sentenció ella—. Otra metedura de pata como esta y te juro por lo más sagrado que nos buscamos a otro.

—Venga Miranda...

—No Víctor, es la última vez.

—Te prometo que no volverá a suceder.

—Está claro que no pasará de nuevo, ya te he advertido que no toleraré un nuevo error.

—Miranda...

—Ni uno más —atajó con firmeza—. ¿Sabes quién tendrá que lidiar con el mal humor de Giorgio si algo llega a salir mal?

—Lo solucionaré, antes de que puedas darte cuenta estará arreglado.

—Eso espero...

Dejó al hombre tan intranquilo o más de cómo lo había encontrado, después de recordarle una vez más que no habría más oportunidades, y que las cosas, de seguir por ese camino, cambiarían de manera radical. Condujo de nuevo en dirección al Desing District, trató de eludir el tráfico evitando las

calles más concurridas, el tiempo se le estaba echando encima y ya había perdido bastante con el imprevisto que había tenido que solucionar, o más bien que esperaba pudiera solucionar Víctor, antes de que Giorgio montara en cólera. El sonido de la enésima llamada haciendo que el móvil vibrara de forma estridente, el extraño ruido del motor, que de nuevo emitía ese quejido ahogado y chirriante, y la mujer de la esquina gritando como una loca y que le impedía escuchar con claridad a su interlocutor, eran cosas a las que se había acostumbrado, porque a veces su vida simplemente se convertía en una espiral caótica de la que cualquier persona cuerda intentaría escapar, pero no Miranda. Esa situación no la amilanaba, a ella le gustaba ese estrés, esa actividad constante, el no tener tiempo para pensar en otra cosa que no fuese su trabajo, que adoraba, en los bocetos, los diseños, los vestidos, las telas, los colores, los proveedores, conocer a los modelos... Se sentía afortunada de haber podido entrar a formar parte de ese mundo, a pesar de ser consciente de que, con toda probabilidad, a los treinta años ya tendría una úlcera de estómago, eso si no terminaba en la unidad de psiquiatría de algún hospital debido al estrés o a algún trastorno bipolar. Pero a pesar de todo, disfrutaba cada día, quizás no de su vida personal, pero ¿quién necesitaba pensar en cuestiones personales teniendo ante sí semejante oportunidad laboral?

Llegó a su destino diez minutos antes de que diera comienzo la reunión. Se sintió satisfecha, aunque agotada y no pudo evitar volver a pensar en Cenicienta.

—El reloj —exigió Giorgio, que llegó segundos después de que lo hiciera ella.

—Aquí lo tiene, antes de la reunión —dijo con cierto deje de orgullo.

—Si fueses Gladys te daría una galletita, ¿quieres una galletita Miranda?

—Venga Gio —intervino Sean—, no seas cruel, no sabrías ni salir de casa si Miranda no estuviera allí para guiarte hasta la puerta —añadió guiñándole un ojo.

—Señor Dee, puede pasar —anunció una mujer de cierta edad impecablemente vestida.

—Ve a tomar algo Miranda, pero no te vayas a casa, necesito que te quedes por aquí por si te necesito.

—Claro.

El tiempo había trascurrido despacio, la última vez que Miranda consultó el reloj habían pasado alrededor de tres horas. Tamborileaba de forma distraída con los dedos sobre la madera, sin ritmo alguno, hacía un buen rato que se había permitido el lujo de perder la mirada en un punto inconcreto de la gran cristalera, observaba la calle sin prestar atención a nada, ni a los chicos perfectamente bronceados que cruzaban con el monopatín bajo la atenta mirada de unas chicas que parecían seguir su estela, ni a los coches que circulaban a toda velocidad. Parecía mirarlo todo sin ver nada, mientras que, con la mano que no martilleaba sobre la mesa, sujetaba la taza de café, que continuaba bebiendo a pequeños sorbos, a pesar de haberse enfriado. La vibración de uno de los teléfonos la hizo regresar, al menos momentáneamente, a la realidad de esa cafetería. Había días que su vida le parecía agotadora, después recordaba hasta dónde había llegado y dónde pretendía llegar y las fuerzas volvían a ella, era como una inyección de energía que nada tenía que ver con el café.

—No sé cómo lo haces, pero siempre lo haces —Sean la encontró abstraída, totalmente embelesada mirando a la nada, con la agenda abierta sobre sus rodillas y un par de notas garabateadas en una de las páginas—.

Eres perfecta —reconoció, arrancándole una sonrisa.

—Me gusta lo que hago.

—De eso no tengo la menor duda, de no ser así, ya habrías enloquecido o te habrías marchado hace tiempo —dijo sentándose a su lado—. Se han quedado ultimando unos detalles del contrato —le aclaró, ante su muda pregunta—. Todo ha salido mejor de lo que esperábamos, nos vamos al Nikki Beach en Ocean Drive, para celebrarlo.

—¡Bien! —exclamó Miranda soltando un bufido de alivio, si después de todo el trabajo que le había supuesto no hubieran conseguido llegar a un acuerdo, habría sido un auténtico horror, además de una pérdida de tiempo.

Observó cómo Sean se levantaba cuando el chico del mostrador gritó su nombre, cogió el café y lo alzó a modo de despedida, antes de salir de nuevo a la calle. Era un tipo excelente y a diferencia de Gio, era un alarde de calma y tranquilidad, siempre parecía tenerlo todo controlado y nunca perdía los estribos por nada, eran como el yin y el yang, esas dos fuerzas contrapuestas, pero complementarias y necesitadas la una de la otra. Hacían una pareja extraña, pero perfecta. Sean era muy atractivo, alto, musculoso, atlético, de profunda mirada felina, teñida de un verde intenso y magnético, debía rondar los cuarenta y era educado y de modales suaves y pausados. Había sido modelo, y se había retirado cuando estaba en lo más alto, ahora solo posaba para alguna campaña benéfica o prestaba su imagen en algún evento para recaudar fondos para alguna de las causas en las que estaba involucrado. Miranda pensaba que probablemente se debieron conocer en ese mundillo, nunca se lo había preguntado. Le siguió con la mirada cuando atravesó la puerta de la cafetería, cruzó la calle y se perdió de nuevo en el edificio de enfrente.

Sabía que se encontraba en un momento crítico, ese punto en el que Giorgio bien podía olvidarse de ella y de la orden expresa que le había dado de permanecer allí, o llamarla para darle cientos de miles de tareas e instrucciones, todas ellas para ser realizadas a la vez y con carácter de urgencia. Miró durante un instante las dos pantallas que tenía delante, esos dos pequeños dispositivos móviles que formaban parte de su menaje de vida. Se mantuvo expectante algunos minutos más esperando alguna señal, y como no se produjo, dio por finalizada su jornada laboral. Echó un vistazo al reloj y no eran más de las ocho de la tarde, era la primera vez en las últimas semanas que no terminaba bien entrada la noche. Pero todo el esfuerzo había valido la pena, la reunión había ido bien y habían logrado el contrato. Y eso significaba, entre otras cosas, más trabajo, pero sin duda, más reconocimiento. Sonrió y lanzó el vaso de cartón a la papelera antes de salir. En el horizonte los postreros rayos de sol seguían caldeando el ambiente. Era un atardecer perfecto, estaba contenta y a pesar del agotamiento ella también merecía celebrarlo, se lo había ganado a pulso. Quizás no en el Nikki Beach, pero sí podía hacer algo divertido.

Rebuscó en su agenda hasta que localizó el número de Mario.

No le costó convencerle, para ser fiel a la realidad se debería decir que parecía que estuviera deseando recibir la llamada. Era un buen tío, a diferencia de muchos de los modelos que había conocido en los últimos años, Mario era un tipo interesante, no solo por su deslumbrante belleza, pues era algo que resultaba evidente, sino por su conversación amena y su don de gentes. Había viajado por todo el mundo, era un lector voraz y un gran entendido en cine, había visto cientos de películas y era capaz de recitar de memoria incluso los diálogos de algunos clásicos, era de esa clase de tíos con el que cualquier persona podía pasar la noche conversando sin que las horas se hicieran largas.

Miranda pasó por casa el tiempo justo para ducharse, cambiarse de ropa y maquillarse un poco. La naturaleza la había dotado de una belleza natural y no necesitaba de artificios. Dio un último vistazo al espejo retrovisor, pasó el dedo índice bajo el lagrimal y pegó y despegó con rapidez los labios, para asentar bien el carmín, que con toda seguridad sería puesto a prueba en las siguientes horas y debería demostrar si, tal como afirmaba la publicidad, realmente era infalible y lo «soportaba» todo, ya que le encantaba hablar con Mario, pero no era lo único que le gustaba hacer con él. Había elegido un sencillo vestido negro que se pegaba a su cuerpo remarcando sus curvas. Movi6 la cabeza de forma en6rgica varias veces para asegurarse de que su pelo se movía con libertad y quedaba perfectamente desaliñado, sali6 del coche y entr6 directamente en el restaurante donde se habían citado.

—Y así es... —la sorprendió por la espalda una voz conocida, mientras dos fuertes manos la agarraban por la cintura y la hacían retroceder hasta hacerla reposar sobre su pecho, eliminando el espacio entre ellos— como mantienes la llama de un hombre encendida. Hace semanas que dijiste que me llamarías.

—He estado muy liada.

—Y eso es lo que me encanta de ti —la hizo voltear para poder tenerla de frente y acariciar sus labios con suavidad—, que ni te molestas en buscar excusas, y lo que me sorprende de mí... que no las necesito.

Sus labios se unieron un instante hasta que el maître carraspe6 para llamar su atenci6n, la mesa estaba preparada. Ambos rieron. Era el inicio de lo que Miranda esperaba fuera una velada perfecta. No estaba enamorada de Mario, ni mucho menos, pero le gustaba estar con 6l, charlar, reír, despejar la mente de todo y hacerlo de manera salvaje, sin prejuicios ni todas esas

cuestiones morales que, muchas veces, la gente se empeñaba en ligar al sexo.

Antes del primer plato la mano de Mario ya había buceado en un par de discretas ocasiones bajo su falda. Miranda estaba encendida, no recordaba la última vez que había hecho el amor. Y los dedos de ese mulato de metro noventa y mirada de un azul penetrante la estaban haciendo enloquecer. Sentía como el calor nacía de sus entrañas casi a borbotones, y cuando él exhibía su pícara sonrisa, insinuándole dónde iba a colocar la mano en el segundo siguiente, ella no podía más que ahogar los gemidos que querían escapar de su garganta. No pidieron postre, tampoco café, y salieron del restaurante apresuradamente, cuando la pasión ya empezaba a consumirles. Antes de llegar a la séptima planta donde estaba el modesto apartamento donde él vivía, sus bocas ya se devoraban mutuamente, sin tregua.

Mario lanzó la camisa a un lado, ella ni siquiera se había dado cuenta de cuándo se había desabrochado los botones, pero no le importó, sus ojos se perdieron en ese escultural cuerpo, esculpido a golpe de gimnasio y probablemente con ayuda de algún bisturí. Era un Adonis. Un alarde de perfección, y un amante complaciente, pues tras hacerla reposar sobre el sillón y colocarse de rodillas frente a ella, ya buceaba en su entrepierna, arrancándole los primeros gemidos de placer.

—Lo siento... —se disculpó Miranda en un susurro ahogado al tiempo que buscaba el bolso de mano donde el teléfono sonaba de manera insistente—. Tengo que responder —se lamentó y se incorporó un poco, ¿cuándo se había recostado en ese sofá?, pensó desconcertada—. ¿Señor Dee? —Mario se levantó dejando un reguero de humedad empapando la cara interna de sus muslos—. ¿Qué? Sí, sí... —miró a Mario que contemplaba abstraído algún punto del salón—. Claro, por supuesto, sí, ahora mismo.

—¿Tienes que irte?

—Lo siento... pero...

—¡Joder Miranda! —protestó mientras señalaba su abultada entrepierna—, y ¿qué hago yo con esto ahora? —parecía una broma, aunque por el tono de voz Miranda no alcanzaba a saber si lo era o no.

—Te prometo que te llamaré mañana y...

—Claro —resopló recuperando su camisa, no parecía que ella tuviera tan fácil lo de recobrar la compostura.

—Necesito entrar un momento en el baño.

—Estás en tu casa, *baby*.

Abrió el grifo de agua fría y refrescó su cara, pasando las manos mojadas por la nuca y el cuello, limpió los restos de humedad de su entrepierna, y tomó aire un par de veces frente al espejo, intentando recuperar la normalidad de su agitada respiración. Cuando salió de nuevo al salón, Mario había puesto el canal de deportes y bebía una lata de refresco light.

—Te prometo que te llamaré.

—Y yo te prometo que responderé tu llamada —dijo mirándola, pero sin levantarse del sofá.

Estaba cabreado, no hacía falta que se lo dijera, se había visto obligada a interrumpir lo que se preveía una interminable noche de buen sexo, no le podía reprochar que estuviera molesto, pero no era de las que eludían sus responsabilidades, su trabajo era así, imprevisible. Miranda salió del apartamento y descendió a toda prisa las escaleras, sabía que llegaría un día en que él no respondiera al teléfono y no podría recriminárselo.

Los quince minutos que transcurrieron hasta llegar a Palm Island se le hicieron eternos. Aparcó el coche, el capó aparecía envuelto en una especie

de bruma procedente del motor que parecía indicar el final de su vida útil, pero no hizo caso, en ese momento no tenía tiempo para detenerse en esos detalles, aunque también sabía que corría el riesgo de quedarse tirada en el momento más inoportuno. Entró en la casa principal y desde el hall subió las escaleras que comunicaban con el estudio de Giorgio. Era un adicto al trabajo, día y noche, noche y día... vivía por y para sus diseños.

—¡Rápido! —gritó nada más ver que cruzaba la puerta—. Quítate la ropa.

—¿Perdone?

—Vamos, vamos Miranda, sin remilgos, no tengo toda la noche —alzó un vestido que tan solo estaba hilvanado—. ¡Vamos! ¡Desnúdate!

Miranda empezó desvestirse y después, con la ayuda de Giorgio, se puso el vestido con mucho cuidado, para evitar que se deshiciera alguno de los hilvanes. Era precioso, de un color coral tan pálido que a ojos poco expertos parecería un simple blanco roto. Era fino, liviano, con un corte magnífico y una impresionante caída, el escote era pronunciado, pero no por eso menos elegante. Miranda se miró de reojo en el espejo del estudio y se vio preciosa.

—Ttttsss —Giorgio chasqueó la lengua—. Eres demasiado bajita y tienes las caderas anchas, así no hay manera de verlo bien...

—Yo... —reaccionó Miranda—, puedo buscar a una de las modelos para que mañana...

—Mañana, mañana... ¡Yo estoy inspirado ahora! —se quejó—. ¡Quítatelo!, no sea que se desmonten las costuras —se dejó caer en una silla en actitud derrotista, siempre era muy dramático—. A primera hora.

—A primerísima hora podrá hacer las pruebas con una de las modelos.

—Mañana... —volvió a refunfuñar molesto, él necesitaba ver el efecto que causaba la tela al ajustarse en las caderas en ese preciso momento no un poco más tarde, ni unas horas más tarde, ni mañana. Miles de ideas bullían en su caótica mente, una de ellas pasaba por la necesidad de plantearse lo de contratar a una ayudante que fuese más esbelta, aunque cualquiera en su sano juicio viendo la estupenda y bien proporcionada figura de Miranda, pensaría que lo que él solicitaba era a alguien más «anoréxica». En ese momento de frustración, también volvió a plantearse la idea de tener una modelo en nómina y de guardia las 24 horas del día, y resolvió que sí, que esa sería una magnífica solución para sus problemas, al menos para los de esa índole. Observó a su asistente personal que terminaba de abrocharse un vestido negro que pretendía ser sensual sin conseguirlo del todo, miró su reloj de forma distraída, casi a desgana y al reparar en la hora, pensó que seguramente habría tenido una cita. La miró durante otro instante, movió varias veces la cabeza mostrando un gesto de desaprobación y al fin alzó la mano para indicarle que podía irse.

La noche ya había caído, y se agradecía el descenso de la temperatura, a diferencia del bochorno que había reinado durante todo el día. Se había levantado una brisa fresca, que provocó que Miranda acelerara el paso para atravesar el extenso jardín en dirección a la piscina y entrar en la casa de invitados, que se había convertido en su residencia permanente. Dejó el bolso de mano en la mesilla situada junto a la puerta de entrada. La estancia estaba igual que la había dejado por la mañana cuando salió a trabajar, perfecta. En muchas ocasiones solo regresaba a la casa para dormir, y la mayoría de las veces ni las ocho horas que se suelen recomendar para llevar una vida saludable. Cuando conectó el cargador del móvil a la corriente, las manecillas

del reloj ya habían superado con creces la media noche. Había prometido llamar a su hermana, pero... Una nueva promesa incumplida, la llamaría mañana y trataría de hacerse perdonar, seguro que ella lo entendería, aunque a veces se pusiera un poco pesada y sobreprotectora, siempre había actuado de esa manera con ella, desde que su madre murió cuando eran unas niñas, Melisa se tomó muy en serio su papel de hermana mayor, y aunque no se llevaban muchos años, esa diferencia fue suficiente para que Melisa tuviera que crecer más deprisa. Ella fue quien, llegado el momento, decidió dejar de estudiar y ponerse a trabajar para que a su hermana pequeña no le faltara de nada, y quién pagó sus estudios hasta que consiguió una beca para la universidad. Se propuso que Miranda cuando fuera mayor consiguiera todo lo que se propusiera y, sobre todo, pudiera abandonar el barrio. «Volarás muy alto...», solía decir cuando le daba a su hermana pequeña el beso de buenas noches, «...y alcanzarás las estrellas», añadía justo un instante antes de apagar la luz.

Se durmió.

Tuvo una pesadilla, o quizás se tratara de un presagio. Se despertó sobresaltada y empapada en sudor. Comprobó, desconcertada, que no solo estaba durmiendo en el sofá, que resultaba bastante incomodo, sino que ni siquiera se había quitado la ropa de la noche anterior, ni se había desmaquillado. Se levantó de repente, como impulsada por un resorte y cogió uno de los dispositivos móviles que reposaban sobre la mesilla de la entrada. Eran casi las ocho de la mañana. No lo podía creer, estaba a punto de llegar tarde al trabajo de nuevo. Corrió al baño descalza, mientras se deshacía de su ropa abrió el grifo del agua caliente al tiempo que aprovechaba para cepillarse los dientes. Cerró la puerta de la mampara y dejó que el agua resbalara por su piel, con cuidado de no mojar su pelo. Salió de la ducha en menos de dos minutos y mientras se secaba buscó una goma elástica, para

sujetar su melena en una coleta, con eso debería de bastar, a pesar de no haber tenido tiempo de lavarse la cabeza en condiciones y mucho menos de usar la mascarilla, además no habría tenido tiempo de usar el secador ni alisar su pelo. Normalmente seleccionaba y elegía con mucho cuidado la ropa que usaba, ella era una parte bastante visible de la firma GioDee's, siempre aparecía al lado del famoso diseñador en las fotografías, tenía que acudir a reuniones con clientes, inversores... De forma apresurada, descolgó de una de las perchas del armario unos pantalones negros demasiado ajustados y los combinó, casi al azar, con una blusa de tonos morados. Se encaramó a unos altísimos tacones, en este caso unas sandalias abiertas, que sujetó con una fina tira a la altura del tobillo y salió al jardín al tiempo que en el cielo cruzaba el primer relámpago. Fue entonces cuando se percató del rocío que había caído de madrugada, de la humedad del ambiente y del cielo nublado. Se arrepintió, casi de inmediato, de no haberse puesto el tratamiento anti *frizz* en el pelo.

—Genial, se me va a encrespar el pelo —gruñó.

Como cada mañana atravesó el jardín, utilizando en esta ocasión el sendero empedrado y entró en la casa principal, por si el señor Dee hubiese dejado algún encargo de última hora para ella, en esos casos, solía ser en forma de *post-it* junto al cuadro de la entrada. No había ninguna nota, pero al alzar la vista comprobó que sobre una de las sillas reposaba una americana negra de carísimos botones de cristal. Recordó con exactitud las dos únicas veces que se la había visto puesta a su jefe, y debía reconocer que era una chaqueta que sentaba bien a cualquiera, incluso a Giorgio.

—Saltó uno de los botones —le aclaró Dolores—. ¿Has desayunado?

—No puedo —alzó las manos para interrumpir el conato de queja de la mujer—, en serio, voy tarde. Muy muy tarde.

—Trabajas demasiado —escuchó que gritaba antes de que el sonido de la puerta al cerrarse hiciera que se perdiera su voz.

Empezaba a caer una lluvia fina, pero persistente. Dejó la americana en el asiento trasero del Volvo y metió la llave en el contacto al tiempo que, mediante el *bluetooth*, conectaba uno de los móviles al sistema de manos libres del coche.

—Y ¿ahora qué? —gruñó mientras intentaba accionar la llave de contacto sin que ocurriera nada, ni el más mínimo atisbo de que el motor tuviera alguna intención de ponerse en marcha—. ¡Joder! —soltó malhumorada—. Venga, vaaaaa... —volvió a hacer el mismo gesto de accionar la llave en el contacto repetidas veces, pero su coche no arrancó—. ¿Qué más me puede pasar hoy? —se lamentó.

Quince minutos después se acomodaba en el asiento trasero de un taxi. Al final, teniendo en cuenta el incidente, sí le hubiera dado tiempo de desayunar, pensó, al menos podría haberse tomado un café. La mañana no empezaba especialmente bien, pero lo importante no era cómo empezaba, sino cómo la iba a terminar. Aprovechó el no tener que conducir para llamar a una de las agencias de modelos con las que trabajaban y pedir que enviaran a una de las chicas «de siempre» para unas pruebas que se tenían que realizar esa misma mañana, Miranda insistió que debía ser a primera hora. Giorgio nunca había estado en la intimidad con ninguna mujer, pero tenía muy claro qué buscaba en el cuerpo femenino. Quizás ese fuera el motivo de que los desfiles de la marca GioDee's fueran tan admirados. No solo cosechaba

excelentes críticas y levantaba los mayores aplausos debido a los exquisitos detalles que siempre plasmaba en todos sus diseños, sino por la minuciosa selección de modelos que él elegía personalmente. Era un genio, por más que a muchos les pesara, y su nombre ya se encontraba en el firmamento de la moda.

—¿Por qué se detiene? —preguntó Miranda, levantando la cabeza de la pantalla de su móvil.

—Hay retención, ¿no lo ve? —le respondió el taxista, con cierto desdén.

—¿No puede ir por otro lado?

—Me temo que no señorita, ahora mismo no puedo moverme.

—¡Lo que me faltaba! —volvió a refunfuñar ella.

Diez minutos después todavía estaban detenidos tras una larga cola de vehículos. Miranda miró por la ventanilla, no habían adelantado más de doscientos o trescientos metros. Resopló angustiada. Eran cerca de las nueve y media. Se impacientó, volvió a mirar por la ventanilla, pero no alcanzaba a ver el motivo por el cual se hallaban detenidos en semejante atasco, ¿un accidente?, ¿obras? De cualquier modo, tan solo se trataba de un contratiempo, aunque muy molesto para ella. Miró el importe que marcaba el taxímetro y le alargó un billete al conductor.

Esos zapatos no estaban diseñados para correr. Ahora que se paraba a analizarlo, puede que ni siquiera estuvieran pensados para uso humano. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer con fuerza, casi con violencia, como si todo ese tiempo de sequía y calor fueran a remediarse mediante esa repentina tormenta de final de primavera. Parecía increíble cómo se había ido torciendo la mañana, y eso que no había hecho más que empezar. A lo lejos

divisó el edificio acristalado que parecía alzarse hasta el cielo y aceleró el paso. Cuando alcanzó la enorme cristalera y atravesó la puerta principal, la lluvia ya había calado su ropa. Al llegar al ascensor respiró aliviada, o todo lo aliviada que podía sentirse en ese momento. Abrió el bolso y comprobó con horror que la tarjeta identificativa se había quedado en su coche. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Señora, ¿va a algún lado?

«¿Señora?», pensó Miranda abriendo los ojos de forma desmesurada para toparse, al terminar de darse la vuelta, frente a un niño imberbe que no parecía tener edad de trabajar, pero que estaba vestido con el uniforme de los chicos de seguridad del edificio.

—¿Dónde está Josh?

—Debe decirme a qué planta va para...

—Trabajo aquí, planta tres.

—Tres... tres —repetía el muchacho.

—GioDee's, planta tres, ¡oh venga!, ábreme el jodido ascensor.

—Lo lamento señ...

—Llámame señora otra vez y te juro que desearás no haberte levantado de la cama esta mañana —dijo muy seria.

—No tengo ninguna notificación de que esperen visita en la planta tres, señ...orita.

—¡Claro que no!, ya te lo he dicho, trabajo aquí, me he dejado la tarjeta, pero...

—Pues el reglamento dice que...

—¡A la mierda el reglamento! —alzó como pudo los brazos, la

chaqueta empezaba a pesar— ¡Joder!, ¿me has visto? estoy empapada y llego tarde, ábreme la puerta o vas a tener el peor día de tu vida.

—¡Miranda! —el grito les sobresaltó a ambos—. ¿Qué haces aún aquí?

—Por Dios Mani, —susurró con alivio—. Dile a este crío que me deje subir —sus palabras provocaron una carcajada en su compañero, cosa que molestó a Miranda, que se lo hizo saber entornando los ojos, aún no eran ni las diez y media de la mañana y ya estaba exasperada.

—Venga, vamos —rio el hombre de nuevo, mientras le ayudaba con la chaqueta—. Buen trabajo soldado —bromeó con el chico de seguridad—, ya puedes volver al mostrador.

—Pero...

—Es una orden —dijo Mani más serio, y el chico simplemente obedeció.

—¿Quién...?

—¡Bah!... no preguntes. Llegas tarde y mojada, ¿noche loca?

—Sí, un *affaire* con el sofá.

—Me encantan los polvos en el salón, son tan...

—No —interrumpió—, me he quedado dormida en el sofá —Mani estalló de nuevo en una carcajada—. Tráeme unas toallas —ordenó ella antes de perderse por el pasillo.

El día no empezaba bien, eso estaba claro, pero solo ella podía hacer que todo fuese a mejor. Al llegar a su mesa, dejó la chaqueta estirada sobre el respaldo de la silla y se encaminó al estudio de Giorgio, para comprobar, mientras contenía el aliento, que no se encontraba allí.

—Te has librado —Mani dejó un par de toallas sobre su mesa.

—Soy su ayudante —Miranda empezó a pasarse una de ellas por el

pelo—, se supone que debería saber dónde está —su voz denotaba cada vez más el enfado que sentía y trataba de contener.

—No quieras tenerlo todo siempre tan controlado Miranda, nos dejas al resto en muy mal lugar. Por cierto, acaba de llegar una joven de la agencia de modelos.

—Perfecto, dile que espere. Voy a ver si localizo a Gio...

—¡Mi café! —Giorgio apareció en ese momento y Mani desapareció casi al mismo tiempo.

«Mierda, el café» resopló, dejó caer las toallas al suelo, las apartó con el pie bajo su mesa para que no se vieran, y corrió tras él, aunque cuando alcanzó la puerta, ya se había encerrado en el estudio.

—Lo lamento yo...

—He pedido un café, no excusas.

—Cinco minutos.

—¿Tengo que esperar cinco minutos para tomarme el café? Por tu bien espero que el resto de tu trabajo lo hagas mejor.

—Ya ha llegado la modelo que envía la agencia.

—Dile que se marche, ya no me hace falta.

—Pero...

—¿Es que tengo que repetirlo todo dos veces?

—No, claro que no... —balbuceó, un poco desconcertada.

—Pues ya me has oído... ¡Puede irse!

Giorgio dio una palmada frente a la cara de Miranda, en ocasiones, esa era su manera de terminar una conversación. Debería estar acostumbrada, llevaba mucho tiempo trabajando para ese hombre excéntrico y ególatra, al

que su hermana llamaba loco, aunque ella pensara que, en realidad, era un genio.

—¿La chaqueta?

—Esta mañana tuve problemas con el coche y...

—Miranda querida, me aburres —rezongó—. Necesito mi café sobre la mesa en menos de cinco minutos, la chaqueta lista para esta noche, que compruebes en el taller cómo van los preparativos de la línea «Perséphone», y que estés de vuelta antes de la hora de comer.

—El coche no me arranca...

—¡Por Dios santo! ¿Es el día de Miranda se excusa por todo y no me he enterado? ¡Toma! —exclamó lanzándole las llaves de su Aston Martin—. No pretenderás que también conduzca yo, ¿no? ¡Venga! ¡Muévete! Ohhh por cierto...

—¿Si?

—Querida, trabajas para el fabuloso e inigualable diseñador Giorgio Dee... no para un funambulista del circo del sol. Viste en consonancia con tu puesto si no quieres que sea yo quien empiece a elegirte la ropa por las mañanas. Y por Dios...péinate.

—La lluvia...

—La la la la la... ¡Haz lo que te he dicho!

—Por supuesto.

Cuando regresó al estudio con el café humeante entre las manos, Giorgio estaba en pleno éxtasis creativo, lo sabía por la música ambiental que sonaba en esos momentos, por las velas encendidas y por la cara de loco que solía poner el diseñador cuando plasmaba en el papel alguno de sus bocetos.

—Ya tiene su café —anunció dejándolo sobre la mesa, aunque sabía que ni siquiera la había oído—. Que nadie le moleste —ordenó a una de las chicas.

—¿Te marchas? —preguntó Mani, que apareció a su espalda con un grueso pliego de papeles en la mano—. Necesito que mires unos contratos del proveedor de...

—Lo miro después.

—Es que corre prisa.

—Después.

El motor rugía como un león en plena sabana. O así imaginaba ella que debía rugir uno de esos animales. Miranda pensaba que era una temeridad tener un coche tan potente, le sudaban las manos, aunque se sentía especial, poderosa, una diosa sobre el asfalto. Giorgio adoraba su coche, no le cabía la menor duda de que si lo devolvía en un estado diferente al que lo había recibido, no solo su puesto de trabajo correría peligro, sino también su vida. Así que tendría cuidado para no hacerle ni el más mínimo arañazo, pensó mientras metía una marcha más corta y disminuía la velocidad. Frenó con anticipación ante un semáforo en ámbar y esperó con paciencia a que el mismo volviera a ponerse verde. Llegar hasta el *atelier* le había llevado algo más de lo habitual. Jules le aseguró que la línea «Perséphone» iba viento en popa. Le mostró alguno de los modelos de la colección ya terminado, y fue tomando notas para no olvidar ningún dato y estar preparada cuando Giorgio la interrogara sobre el más insignificante de los detalles, también fotografió algunas piezas por si se mostraba insistente con el resultado de los acabados, o de las aplicaciones de cristal o algún otro pormenor que no quería dejar al azar. Más tarde hablaría con él, estaría contento con el resultado. Jules le ofreció un café y una «charla-terapia», un eufemismo que solía usar para lo

que más vulgarmente era conocido como criticar, y en ese caso concreto, criticar a Dee. A pesar de ser una oferta tentadora tuvo que rechazarla, no porque no le apeteciera, Giorgio se lo había ganado a pulso, pero tenía demasiadas cosas que hacer, y el tiempo demasiado justo.

—Dime Mani —se apoyó, sobre el coche mientras jugueteaba de forma distraída con las llaves, pero se separó de la carrocería como un resorte cuando recordó que se trataba del coche de su jefe. El hombre que pasaba en ese momento por delante de ella, la observó con deseo, o al menos es lo que Miranda creyó advertir en su vidriosa mirada, mientras se preguntaba si un coche podía conseguir algo así—. ¿Qué? —preguntó al darse cuenta que se había evadido por completo de la conversación—. No... no puedo, no estoy ni remotamente cerca de... ¿Cómo dices? —aguardó a que su interlocutor terminara su argumentación— ¡Joder!, de acuerdo, está bien, sí, claro, voy ahora mismo —se resignó.

Rebufó molesta y montó en el coche. Sacó un espejo del bolso y se observó, el agotamiento que sentía se hacía evidente a simple vista, tenía cara de cansada, aún y así, lucía perfecta, aunque pensó que ya iba siendo hora de retocarse el elumen. Se puso de nuevo en marcha, siendo consciente de que el tiempo se le estaba echando encima, y más si a todas las tareas previstas se iban añadiendo imprevistos o alguna de esas peticiones urgentes que de ningún modo se pueden eludir. Esperó paciente a que cambiara el semáforo en uno de los cruces con más volumen de tráfico de toda la ciudad, y del mismo modo se vio obligada a ejercitar su paciencia en el siguiente paso de peatones, donde tuvo que esperar a que una clase entera de niños que no debían tener más de 3 o 4 años cruzara junto con media docena de profesoras y varias solícitas madres hasta la otra acera, a un paso que Miranda consideró

terrible e innecesariamente lento. Cruzó parte de la ciudad, hasta el Desing District, intentando evitar las zonas más transitadas, y a pesar de ello tardó una eternidad. Cada vez que miraba las manecillas del reloj parecía que aumentaban la velocidad de su recorrido. Cuando por fin estacionó el coche, la sangre se le heló en las venas al echar un vistazo al retrovisor antes de salir y ver en el asiento de atrás la americana negra y casi perfecta, a falta de ese botón del puño de la manga izquierda.

—¡No!, no, no, no, no —en ese preciso momento sintió ganas de llorar—. ¡Mierda!... Noooo.... —dejó caer la cara sobre el volante, donde las ganas de golpearse la frente hasta caer inconsciente la asaltaron por un largo instante, mientras se preguntaba cómo había podido olvidar dejarla en el taller—. Dios... volver a cruzar la ciudad —se lamentó en un susurro—. ¡Vale!, no importa —se recompuso casi de inmediato, pensando que Giorgio no pasaría por alto un error tan imperdonable, sobre todo teniendo en cuenta que había pedido expresamente que le cosieran ese maldito y carísimo botón—. Está bien —sacudió los hombros y levantó la cabeza—, no importa, puedo hacerlo, soy una mujer de recursos —se dijo a sí misma.

Saltó del coche con una determinación renovada. Corrió bajo ese malicioso sol que parecía querer secarlo todo a su paso, incluso la vida, pues a veces con ese calor se sentía morir. Miró el cielo despejado con cara de pocos amigos, recordando la tromba de agua que había caído sobre ella solo un par de horas antes. Le encantaba esa parte de la ciudad, de pequeña solía escaparse del colegio para llegar hasta allí y pasear por esas calles de lujosos edificios, entre toda esa gente elegante y sofisticada de blancas sonrisas que parecían no tener ningún problema, o al menos lo que seguro no tenían eran problemas de dinero ni dolores de cabeza para poder llegar a fin de mes.

Disfrutaba mirando los escaparates de las tiendas de los diseñadores más de moda del momento y soñaba con el día en que ella lograría estar allí mismo, en alguno de los despachos de esos altos edificios, siendo también una de esas diseñadoras que se pasan media vida recorriendo el mundo y aclamadas por su talento y su originalidad, sí incluso cuando solo era una niña no le costaba mucho soñar despierta, pero tenía la satisfacción de poder decir que, en su caso, no había sido solo un sueño, ella lo había logrado. Había tenido que trabajar mucho para alcanzar el éxito, nadie le había regalado nada, todo lo había conseguido por sus propios méritos.

Cuando empezó a trabajar para Giorgio pensó que había tenido mucha suerte, había obtenido el puesto después de haber superado varias entrevistas para las que se habían presentado más de una veintena de candidatas. Cuando pisó por primera vez el taller del diseñador, algunos de sus colaboradores le advirtieron que el trabajo era duro, que todas las anteriores chicas que habían pasado por allí y ocupado ese mismo puesto en los últimos meses no habían soportado la presión, no solo por la carga de responsabilidad que suponía su trabajo, sino por el despotismo y las exigencias, a veces extravagantes, que desplegaba el famoso diseñador, cuyo ego era tan grande como su fama. Los primeros días fueron durísimos, parecía que no iba a ser capaz de hacer nada a derechas, pero pronto se hizo con las riendas de la situación, exhibió su gran capacidad de trabajo, dispuesta a satisfacer todos y cada uno de los deseos, solicitudes y peticiones de su exigente jefe. A las pocas semanas se había convertido en imprescindible, era capaz de organizar no solo la agenda profesional de Giorgio, sino que se encargaba de asuntos personales que el diseñador no habría confiado a nadie más. Miranda tenía una visión clara para los negocios, una mente despierta y sin duda, era inagotable, además de resolutiva y rápida en encontrar soluciones a los problemas o imprevistos que se podían presentar. Aprendió a conocer a su jefe, a anticiparse a sus

reacciones y a cubrir sus necesidades creativas incluso antes de que se le presentaran. Sí, aunque a primera vista no lo pareciera, sí que se había convertido en una pieza importante en el engranaje del imperio GioDee's, aunque Giorgio, por supuesto, no lo reconocería nunca, ni a ella, ni mucho menos públicamente. Pero eso a Miranda no le importaba, a los pocos meses de empezar a trabajar en la empresa ya se sentía realizada por completo y, cuando al caer la noche repasaba mentalmente su jornada, a pesar de encontrarse agotada, no podía sentirse más satisfecha. En ocasiones, cuando alguno de esos días resultaba especialmente duro y las cosas se torcían, o los problemas le absorbían toda su reserva de energías, tenía la convicción de que Giorgio no la valorara como se merecía, pero ella sabía que hacía su trabajo mejor que nadie, y buena muestra de ello era todo el tiempo que llevaba al lado de ese excéntrico artista. Incluso había logrado cumplir sus más descabelladas peticiones y, la mayoría de las veces, no había resultado nada fácil. Sonrió sin darse cuenta que ya se encontraba en la oficina de Beverly.

—Señorita Miranda, me alegro mucho de verla —John Sanders era un hombre mayor de probada templanza, llevaba años trabajando para Beverly, la versión femenina de «su» Giorgio Dee.

—¡John!, un día de estos tú y yo... —exclamó sin terminar la frase, y el hombre sonrió, reconociendo la broma privada cargada de picardía, mientras pensaba que, si fuera más joven, en realidad mucho más joven, no se le escaparía ninguna chica.

—Siento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí solo para esto, pero ya sabes cómo funciona este mundillo.

—Lo sé —soltó un soplido de fingido agotamiento, que no hubiera logrado engañar a nadie, y mucho menos a alguien de la profesión, pues

ambos estaban encantados con su trabajo—. ¿Cuántos son?

—Tres, voy a buscarlos.

Miranda esperó en esa antesala exquisitamente decorada. Aprovechó uno de los espejos de las paredes para echar un vistazo a su aspecto y atusó su pelo, tratando de arreglar un poco su peinado, con la lluvia de primera hora había quedado con un aspecto desaliñado, pero no como a ella le gustaba, pasaba horas cepillándose y pasándose las GHD para que luciera perfectamente *casual*. Volvió a deslizar los dedos entre los mechones, pero sabía que nada arreglaría ese pequeño desastre, quizás con una buena mascarilla y un par de horas en un salón de belleza... Sonrió pensando que se lo merecía y que, si lograba llegar antes de la hora de la comida habiendo realizado todo el trabajo, se tomaría la tarde libre o al menos lo intentaría.

—Los de arriba —dijo señalando con un gesto el despacho de Dirección—, necesitan que el señor Dee eche una ojeada a las tres portadas y elija una. En realidad, debería de elegir ésta —dijo señalando la última.

—¡Ja! —exclamó, mientras pensaba que esa sería otra dura labor.

—Bueno, ya sabes cómo va esto.

—Sí ya lo sé, aunque hoy tiene el día algo complicado —miró el reloj —, debe estar a punto de salir de la reunión con los directivos de Denver&Co, pero te prometo que intentaré que las examine a primera hora de la tarde...

—Hazlo —miró hacia la puerta que separaba el hall del despacho principal de Beverly, esa mujer daba auténtico terror, siempre le hacía pensar en El diablo viste de Prada.

—Está bien —dijo dando por terminada la reunión, mientras miraba de nuevo su reloj y recogía el porta folios negro, ahora solo tenía que volver

al *atelier* y dejar la americana de Giorgio, con orden expresa de que esa chaqueta tenía prioridad absoluta sobre cualquier otra cosa. Para ir sobre seguro, pensó que sería mejor llamar a Jules y confirmar que tenían el botón, y de no ser así, que hiciera lo que fuese necesario para conseguir uno idéntico.

—¿Quieres un café?

—Sabes que debería decir que no.

—Pero lo necesitas —sonrió el hombre—. Esta vida va a acabar con nosotros, yo ya soy viejo, pero tú... —ambos sabían que no eran ciertas sus palabras, el tono le delataba, adoraban esa vida ajetreada, el estrés, adoraban llegar por la noche a casa exhaustos, rendidos, y quejarse de sus jefes, para al día siguiente volver al pie del cañón, sabiéndose invisibles, pero indispensables—. Tú podrías llegar a más, eres una chica lista y tienes mil recursos —y esas palabras sí fueron sinceras, John veía algo en Miranda que pocos más podían ver, y sabía que esa muchacha llegaría muy lejos. Solo hacía falta verla para saberlo.

—Un café cortito —aceptó, mientras sonreía, halagada por sus palabras.

—¿Cómo está Mani?

—Como siempre —rio Miranda sentándose frente a él y sacando el móvil para hacer una llamada—. No te importa, ¿verdad?

—Claro, el deber nunca nos deja descansar.

Quince minutos después y con la certeza de que Jules pondría todo Miami patas arriba para encontrar un botón idéntico para la americana y que estaría colocado antes del mediodía, Miranda salió a la calle. Bajo el brazo sujetaba el porta folios negro de tamaño descomunal con tres bocetos para la portada de la más importante revista de moda de los Estados Unidos. No le

hacía falta examinarlas con detenimiento para saber que eran tres portadas perfectas, pero Beverly ya le había echado el ojo a una, y ahora su misión consistía en insinuarle a Giorgio cuál debería ser la elegida. De no conseguirlo, entonces debería pelear con John y con quien hiciese falta para que el boceto seleccionado fuera el que hubiera elegido el gran Giorgio Dee.

Se le había hecho tarde. De hecho, llevaba todo el día arrastrando su retraso. El sol impactó con fuerza sobre su rostro, y de forma instintiva hizo descender de su cabeza las gafas de sol para ocultarse tras ellas. Después de la tormenta de la mañana, nada la importunaba más que ese sol de justicia. Parecía que incluso la meteorología se hubiese puesto en su contra para alterarle todos los planes del día, aunque por suerte había mejorado, y había podido enderezarlo en el transcurso de las horas, incluso se había podido permitir el capricho de invertir quince minutos de su valioso tiempo en tomar un café con John.

Ahora tan solo le quedaba conducir entre la marabunta de coches que infestaba la ciudad a esas horas, sortear las vías más concurridas, evitar las aglomeraciones de gente, dejar la americana a Jules en el taller y rezar para que el botón estuviese cosido antes de la hora de comer. Giorgio tenía una de esas reuniones importantes que se solían alargar hasta altas horas de la noche, ya había llamado un par de veces para comprobar que todo iba bien. Por regla general, era ella quien se encargaba personalmente de ese tipo de encuentros, le gustaba cuidar incluso el más mínimo detalle, era buena para eso, además le encantaba asistir, y ser testigo en primera persona de las novedades y los avances de la firma. A no ser, como había sido el caso, que Giorgio la enviara a realizar todo tipo de encargos fuera de la oficina.

Giró a la derecha y después de nuevo a la izquierda.

—¡Seré idiota! —exclamó algo más fuerte de lo debido, lo que

provocó que un viandante se girara a mirar con curiosidad de dónde provenía el grito—. No recuerdo dónde aparqué el coche —soltó una carcajada y el tipo prosiguió su camino.

Volvió a cruzar la calle para situarse frente a las oficinas de Beverly, a veces necesitaba salir del mismo punto para lograr orientarse. Giró a la derecha y continuó caminando hasta la esquina. Miró a ambos lados de la calle, recordándose a sí misma que no buscaba su viejo Volvo sino el Aston Martin de Giorgio. Pero no lo vio.

—No te pongas nerviosa —se dijo a sí misma casi en un susurro, no para evitar que alguna otra persona que pasara por su lado la oyera hablando sola, sino porque el nudo en la garganta provocó que apenas le saliera la voz, mientras notaba un sudor frío que empezaba a humedecer su frente.

Regresó de nuevo frente a la puerta principal del edificio de donde había salido hacía un momento, Desing Distric podía ser un poco confuso a veces, o al menos eso le parecía. En este nuevo intento de localizar el coche caminó hacia la izquierda, hasta llegar a la otra esquina, a unos tres cientos metros de donde se encontraba, miró alrededor, incluso giró en la esquina y anduvo unos cientos de metros más, por si se hubiera despistado y en realidad lo hubiera dejado aparcado en una de las travesías, pero no había rastro del coche. Tragó saliva con dificultad. Metió la mano en el bolso y sacó las llaves, esos coches tenían un dispositivo de luces pensado para ocasiones como esas, en que rubias tontas no recordaban dónde habían aparcado, aunque ella no era rubia. Apretó el botón y observó esperando que algún destello captara su atención. Nada.

—No puede ser...

Corrió hasta el otro lado de la calzada, aunque estaba casi convencida de que había aparcado en ese sentido de la marcha, pero a esas alturas, ya dudaba de todo. Volvió a activar el dispositivo de las luces. Se quitó las sandalias de altísimo tacón y corrió hasta el final de la calle, pero no había rastro del Aston. En ese momento, fue consciente que la desesperación estaba a punto de apoderarse de ella. Sintió frío y después humedad en su piel, hasta que se dio cuenta que eran gruesas lágrimas lo que bañaba sus mejillas.

CAPÍTULO 2

«La semana de la moda, menuda gilipollez», pensó Jhett Rider cuando terminó su café y dobló sin ninguna prisa el periódico que había estado ojeando los últimos treinta minutos, para dejarlo en el mismo sitio que lo había encontrado, sobre el banco de madera del vestuario. Hacía ya una

hora que había cerrado el taller, tenía ganas de llegar a casa y quitarse los restos de grasa de las manos, se daría una buena ducha, y dejaría que una bandeja de comida precocinada diera vueltas en el microondas, era alguna de las ventajas de vivir solo, ni reglas, ni horarios. Ese era su plan, y no era un mal plan. Se acomodó en la silla donde se había sentado, dejó reposar los brazos cruzados sobre el respaldo y apoyó la barbilla sobre ellos, resopló un par de veces y volvió a mirar el reloj, sin poder ocultar un gesto de exasperación. Tom estaba tardando demasiado y a él no le gustaba que le hicieran esperar, era algo que nunca había soportado, adoraba la inmediatez. Ya desde pequeño, cuando quería algo lo quería en ese mismo momento, y siempre que deseaba hacer algo no podía esperar a encontrar un buen momento, los momentos perfectos no existían o peor aún cualquier podía ser el momento indicado, aunque en realidad no lo fuera. Saltó de la silla y caminó hasta el Mustang que había entrado, para una puesta a punto, esa misma mañana. Era un clásico, de los que nunca mueren.

—¡Lo tengo! —la voz de Tom Brenan, el jefe del taller, resonó en la nave que a esas horas ya se encontraba vacía, a excepción de ellos dos.

—¡Fantástico! —se alejó del Mustang, pensando en meterle mano a la mañana siguiente.

—¿Qué vas a hacer con tanta pasta?

Jhett alzó los hombros por toda respuesta, cogió el sobre que su jefe le ofrecía y lo guardó en el bolsillo interior de su cazadora, ni siquiera lo contó. Tom era un tío de fiar y se conocían desde hacía tiempo.

—Otro más como este y chapo el taller —dijo el hombre.

—¡Ja! —no pudo evitar soltar un conato de carcajada mientras se

dirigía ya a la salida del local, sabía que a Tom también le gustaba la adrenalina de saber que estaban haciendo algo ilegal, y al fin y al cabo, no era mucho lo que exponía, o quizás sí, pero era demasiado bueno como para dejarlo escapar así como así, con uno de sus «encargos» paralelos ganaban más pasta que en todo un largo mes manchándose las manos de grasa, y eso que Tom como dueño del taller debía llevar años sin ensuciárselas.

—¡Turbo! —gritó Tom para llamar la atención de su mejor empleado—. ¿Nos vemos mañana?

Esa era la pregunta que cada noche antes de irse le lanzaba al aire, porque Tom en el fondo sabía que, por mucho que de vez en cuando él anunciara que con un golpe más cerraría el negocio, no era algo que tuviera intención de hacer de manera inmediata, sin embargo, conociendo a Jhett, sabía que llegaría un día en que todo acabaría y sería el muchacho el que decidiera terminar con todo, o al menos terminar con él. Tenía mucho talento, no había ni un solo motor que se le resistiera, incluso quizás decidiera abrir su propio taller y hacerle la competencia. Pero en realidad, Turbo era demasiado joven y demasiado bueno, así que lo tenía claro, solo cabía esperar dos cosas de él: que se fuera para emprender «negocios más succulentos» o que se diera cuenta de que la vida solo eran dos días y decidiera pasar lo que le quedaba de ella tomando margaritas en algún complejo hotelero de lujo de algún país paradisíaco. Podría hacerlo, aunque no fuese su estilo.

—Nos vemos mañana —respondió, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Como cada noche tardó un buen rato en eliminar los restos de grasa de entre sus uñas. Sacó del microondas una bandeja de pollo grasiento con lo que pretendían ser unas verduras salteadas y se sentó frente al televisor.

Podría buscarse un apartamento más grande o más lujoso, con vistas a algo que no fuese ese descampado, en los últimos dos años había obtenido mucho más dinero del que hubiera ganado con su trabajo como mecánico, podría incluso cambiarse de barrio, pero le encantaba Little Havana. Jhett se reclinó en el sofá y fue cambiando de canal hasta encontrar algo que captara su interés. No era difícil, cualquier programa donde salieran vehículos a motor le valía. Había nacido por y para eso. Desde que era un niño su madre siempre solía decir que solo mostraba interés por cosas que tuvieran ruedas y olieran a gasolina, y la mujer había tenido razón. Con tan solo 12 años cogió las llaves de la vieja ranchera de su padre y, con unos zancos de fabricación casera, condujo por primera vez. Terminó estrellando el coche contra un muro y su padre le azotó para «quitarle las ganas de volver a hacer algo así», esas mismas fueron las palabras que su padre dijo, le quedaron grabadas a fuego en la memoria, del mismo modo que los golpes quedaron grabados en su espalda y en sus posaderas durante mucho tiempo. Dos semanas después, con el cuerpo aún dolorido por la zurra, robó su primer coche.

Apagó la televisión, cansado de escuchar voces que hablaban mucho pero no decían nada, y se durmió pensando en el Mustang.



—Te he llamado tres veces —Jhett salió al exterior frotando ambas manos en un trapo mugriento que daba la sensación que iba a manchar sus dedos más que limpiarlos. Fuera, Lucy le esperaba con los brazos en jarras.

—¡Joder que sol! —se quejó entrecerrando los ojos, estar todo el día en ese taller, que semejaba una cueva, le hacía sensible a tanta claridad.

—En serio Jhett, ¿a qué juegas?

—Está claro que no a lo mismo que tú. ¿Cuántas veces tengo que

decirte que se ha terminado? Lucy, ha sido divertido, pero...

—Eres un cabronazo.

—No voy a negarlo, me lo merezco.

—Y ¿ya está? —los ojos de la chica empezaron a anegarse en lágrimas, Jhett se revolvió inquieto, odiaba verlas llorar.

—¡Turbo!, no te pago para que estés de charla, las cosas personales fuera del horario laboral —gritó Tom, desde la puerta.

Jhett alzó los hombros y movió la cabeza en señal de despedida. Vio cómo se alejaba hacia el interior del taller y se metía de nuevo en el foso. Aguardó unos instantes más con el orgullo mal herido y salió a la calle. Ningún tío la dejaba, y Jhett se iba a arrepentir, se prometió a sí misma mientras cruzaba a la otra acera y se alejaba de allí.

—Gracias.

—Te he visto apurado —sonrió Tom golpeando su hombro en señal de complicidad—. Ven un momento a mi despacho.

Jhett lo siguió, serpenteando entre piezas desguazadas y coches mal aparcados, hasta el interior de esa minúscula oficina de cristales ahumados. Aceptó el trago que le ofrecía y tomó asiento frente a él.

—Mucho dinero —dijo simplemente.

—¿Más que con el Aston Martin?

—Algo parecido, pero más específico, no vale cualquiera, solo uno en concreto, es algo... personal.

—No es problema.

—No para ti —reconoció el hombre mirando a ese muchacho sentado

frente a él, que mostraba una seguridad pasmosa—, eres el mejor.

—Ya será menos —rio quitándole importancia, no hacía nada de especial, solo lo que llevaba haciendo desde su más tierna infancia—.
¿Indicaciones?

—Tú solo estate preparado.

—Claro jefe.

Dejó el vaso sobre la mesa y se levantó con rapidez para volver al taller. Le encantaba su vida. Frotó el trapo por el antebrazo quitando un par de manchas negras y miró un coche nuevo que había aparecido en el taller, un Volvo destartalado que, seguramente, no merecía la pena arreglar. Miró a Carlos, un puertorriqueño al que le gustaba demasiado el juego y las mujeres.

—¿Y eso?

—Lo ha traído una muchacha de toma pan y moja —y acompañó sus palabras de un gesto con la cadera de lo más significativo.

—Es la hermana de la chica de la cafetería —añadió Enrique, al que todos llamaban el Mexicano—. Turbo, ¿te encargas tú? —preguntó al tiempo que le lanzaba las llaves sin darle opción a que pudiera buscar una excusa.

Se acercó a ese viejo coche, dio al contacto un par de veces y simplemente escuchó, a veces sentía que los coches le hablaban. No le llevó más de quince minutos saber qué le pasaba. Miró a los chicos, cada uno enfrascado en su trabajo, Carlos tarareaba alguna de esas odiosas canciones que solo sabían dejar a la mujer a la altura de un mero juguete sexual. Tuvo un ataque de honestidad. Le gustaba Melisa, era una buena mujer y hacía las mejores tortitas de todo Miami. La conocía desde hacía un par de años, desde antes que el gilipollas de su marido se largara con otra.

—Si Tom pregunta, he salido un momento —gritó dirigiéndose a sus compañeros, antes de salir a la calle a pleno sol.

Resopló hastiado, prefería mil veces más el fresco del invierno, porque en Miami frío lo que se dice frío, no lo habían conocido nunca. La cafetería donde trabajaba Melisa estaba a un par de calles del taller, y tanto él como los chicos se habían acostumbrado a ir allí a comer, o simplemente a tomar un café cuando podían hacer un descanso. Era un sitio limpio y la comida casera estaba deliciosa, además las raciones eran grandes y las chicas generosas a la hora de repartir café por las mesas, asimismo el servicio era rápido y eficiente, y era algo a tener en cuenta cuando, en ocasiones, no tenían tiempo apenas de hacer un bocado rápido, ellas lo sabían y procuraban tener sus pedidos del mediodía en un tiempo record. Cuando entró, Melisa que se encontraba tras la barra, le dedicó una dulce sonrisa.

—Llegas pronto, ¿qué te pongo?

—Nada, venía por lo del coche de tu hermana.

—No me digas que no tiene arreglo —se lamentó. Cogió una taza de la repisa y la puso frente a Jhett, llenándola de café recién hecho.

—Al contrario, es una gilipollez por la que Tom le cobrará mínimo quinientos pavos.

Melisa lo miró con complicidad. Jhett o Turbo, como le conocían en el barrio, era un buen tío. A pesar de las malas lenguas y de su fama de rompecorazones, al menos si se hacía caso a lo que decían algunas chicas, pero siempre había sido muy atento con ella. Lo miró mientras tomaba un sorbo del café.

—Gracias —dijo al fin.

—No hay de qué.

—En serio, gracias, solo le faltaba eso... Digamos que no lleva una buena temporada —se lamentó cogiendo un trapo de cocina para secar una a una las tazas que hacía un instante había sacado del lavaplatos, a esas horas la cafetería estaba muy tranquila, nada que ver con el frenesí que se desplegaría tan solo una hora después.

—¿Otro gilipollas? —inquirió él sin demasiado interés.

—En cierto modo, su jefe. Ha perdido el trabajo y la casa, todo el mismo día.

—Vaya faena —el chico se levantó—, pasad a buscarlo después, no le haré la ficha de entrada y todo arreglado.

—Y Tom, ¿no se dará cuenta?

—¿Tom?, imposible —rio contagiando la carcajada a Melisa, que lo despidió alzando la mano y dándole de nuevo las gracias en un susurro, antes de verle desaparecer de nuevo en dirección al taller, teniendo que soportar el sofocante calor del exterior.

Antes de la hora del cierre, el Volvo ya no estaba aparcado en el lugar que había permanecido durante todo el día. Jhett cerró el armario de las herramientas y fue a lavarse las manos. Tom ya se había marchado hacía un par de horas, recordándole que «estuviese preparado». ¿Preparado?, él había nacido preparado. Le daba igual qué coche fuera, de quién fuera, o dónde se encontrara. No era problema para él. Sabía lo que hacía y era el mejor en su trabajo, en sus trabajos. Entró de nuevo en el taller, ya se había cambiado de ropa, pero a pesar de haber estado un buen rato limpiando sus manos, todavía tenía grasa bajo las uñas. Carlos seguía ultimando el Mustang bajo la atenta mirada del Mexicano que, sentado sobre un bidón, le iba dando indicaciones,

que sin duda el puertorriqueño no necesitaba. Así eran ellos. A veces era exasperante trabajar a su lado, sin embargo otras, era muy divertido.

—¿Ya te vas, *brother*? —preguntó Carlos, dejando a un lado la tapa del carter.

—Turbo tiene una cita —gritó el Mexicano con su peculiar acento.

—Nada de citas, después de la loca de Lucy, me declaro en tiempo muerto con las mujeres.

—Hasta que te pique de nuevo la entrepierna.

—No hace falta una mujer para aliviarse esos picores —reconoció Carlos, haciendo un elocuente gesto con la mano arriba y abajo.

—¿Y el Volvo?

—Vino la chica a buscarlo, dijo que te diéramos las gracias.

—Un revolcón, le daría yo a semejante hembra —y de nuevo acompañó sus palabras con uno de esos gestos que no dejaba mucho a la imaginación.

—¿Tan buena está? —preguntó Jhett, dejándose llevar por la curiosidad.

—¿Lo ves? —el Mexicano se giró hacia Carlos, que había dejado el Mustang olvidado—, ya le pica.

—Aquí os quedáis —gruñó Jhett, con fingido enfado.

—Venga Turbo... no te enfades —le gritó Carlos—. ¡Invítanos a unas birras!

—¡Los cojones! —respondió desde la calle.

—No mames *brother*, otro día pago yoooooooo, en serioooooo —vociferó su compañero.

Carlos siempre decía lo mismo, pero ese «otro día» jamás había llegado. Jhett bajó las gafas de sol para cubrirse los ojos de los últimos rayos

de sol de la tarde y caminó en dirección contraria a su apartamento, pasó por delante de la cafetería y miró al interior. Melisa andaba atareada con el turno de la cena. Era una mujer guapa, tenía el pelo castaño casi negro y los ojos claros. Bajo su delantal se adivinaba un buen cuerpo y siempre le había parecido muy agradable. Se descubrió pensando en cómo sería la hermana, que tanto interés había despertado en sus dos compañeros. Esperó un poco más tras la cristalera, hasta que se dio cuenta de lo absurdo de su comportamiento y se marchó.

A la mañana siguiente le dolía la cabeza. No era un dolor muy intenso, pero sí molesto. Gruñía a cada golpe que daba alguno de sus compañeros, que no se caracterizaban por ser unos trabajadores sigilosos, más bien todo lo contrario. Carlos tenía la costumbre de canturrear el estribillo de algunas canciones, y el Mexicano... ese era un caso aparte. Siempre había pensado que tenía algún tipo de trastorno mental, pues era, por lo general, un tipo muy tranquilo y amable, pero de repente, sin previo aviso tenía estallidos de cólera y la emprendía a golpes con cualquier cosa que estuviera a su alcance, desde lanzar las herramientas al suelo, a golpear las paredes, llegando incluso a patear la carrocería de alguno de los coches que estaban en el taller esperando alguna revisión o una puesta a punto, por lo que además, en alguna ocasión habían tenido que enderezar la chapa de una puerta o algún maletero y pintar después el desperfecto, para que el propietario del coche no se percatara del incidente. En ese momento el Mexicano estaba golpeando la caja de herramientas con una llave inglesa. Jhett se levantó y antes de iniciar con él una discusión que no le llevaría a ninguna parte, solo a acrecentar su malestar y su horrible dolor de cabeza, decidió perderse por la puerta del fondo del taller.

Encendió el ventilador, sacó una cola de la nevera que todos compartían, y se sentó en el banco de madera frente a las tres taquillas. Dejó

caer su espalda hacia atrás y pasó la lata por su frente antes de abrirla y dar el primer trago. Sentía náuseas, que quizás pudieran ser debidas a tener hambre.

—Jhett...

—¡Largo! —gritó sin llegar a abrir los ojos.

—Vale, vale... —la voz de Carlos sonaba amortiguada por la puerta y el zumbido del ventilador.

Una hora después fue Tom quien se acercó a ver cómo se encontraba, y viéndole pálido y con aspecto decaído, decidió darle el resto del día libre. No quedaba mucho trabajo en el taller y, sin duda, esos dos inútiles serían capaces de terminarlo.

—Come algo y despéjate un poco —le sugirió Tom.

—Sí, está bien, te haré caso —respondió Jhett elevando en un gesto el dedo gordo de su mano, en señal de conformidad.

—Te necesito al 100%, ya sabes que... —hizo una pausa para comprobar que sus otros dos mecánicos no se encontraban cerca—, en cualquier momento —añadió bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—Lo sé, lo sé —atajó Jhett, interrumpiéndolo.

—¿Te veo mañana? —preguntó siguiendo el ritual de todos los días.

—Claro...

—Eh Turbo —Carlos llamó su atención antes de que alcanzara la puerta— antes vine a decirte que estaba aquí la del «polvazo».

—¿Quién? —preguntó un tanto desconcertado.

—La hermana de Melisa, ha venido a darte las gracias... ¿Ya te la has tirado?, porque parece que la has dejado tan satisfecha que se ha tomado la molestia de volver para agradecértelo.

—¿Pero qué...? —soltó un soplido—. ¿Has probado alguna vez a hablar de ellas de un modo que no parezcan carnaza? Quizás así alguna te duraría más de un par de horas.

—¿Y para qué quiero que me duren tanto?, para más de un par de horas necesitaría viagra —y soltó una carcajada.

Jhett dejó los ojos en blanco, a veces el puertorriqueño le exasperaba. Decidió acercarse a la cafetería, le sentarían bien unos huevos revueltos y un café. Quizás ese malestar que sentía se debiera solo al hambre. Aún era pronto para la hora de la comida y demasiado tarde para que sirvieran desayunos. Melisa parecía abstraída anotando algo en un cuaderno, y cuando entró ni levantó la mirada hacia la puerta, Jhett se sentó en una de las mesas junto a la cristalera.

—¿Eh Jhett!, no te había visto ¿Café?

—Algo para comer, ¿podría ser?

—Claro —Melisa se acercó hasta el joven y dejó una taza frente a él, al tiempo que sacaba un bolígrafo de su delantal—. ¿Huevos y beicon?

—Perfecto —respondió mientras observaba cómo Melisa se dirigía a la barra y tras dejar el pedido en uno de los ganchos, hacía sonar la campanita—. Oye... ¿tu hermana?

—¿Qué pasa con Miranda?

—Miranda... —repitió—. Se ha pasado por el taller, pero yo no estaba...

—Creo que quería darte las gracias, por lo del coche y para decirte que ahora funciona estupendamente.

—Me alegro.

—Ha empezado a trabajar aquí —Melisa cogió el plato que el

cocinero había dejado en la ventanilla y se acercó a él, aprovechando el trayecto para rellenar la taza de dos de los clientes habituales—. Es un gran cambio para ella... Ha salido a hacer unos recados... en fin —dejó el plato sobre la mesa.

—Bueno, seguro que se le dará bien esto —dijo en tono desenfadado y por ser amable—, por aquí hay buena gente —añadió guiñándole un ojo.

—Es cierto —confirmó Melisa sin poder evitar que se le escapara la risa—, además las propinas no están nada mal —añadió imitando el guiño que él le había dedicado hacía tan solo un momento.

—Hummm, tomo nota —indicó él divertido.

—Melisaaaaaaaaa, esto se enfría —llamaron su atención desde la cocina, la voz sonó áspera a través de la ventanilla por donde salían los platos desde la cocina.

Jhett comió despacio y tras el segundo café se sentía mucho mejor. Pensó en regresar al taller, pero desechó la idea de inmediato, no desaprovecharía un día libre, hacía semanas que no se había tomado un día de fiesta. Pagó y dejó un par de billetes para el bote, siempre lo hacía, quizás ese fuese el motivo por el que Melisa le tenía tanto aprecio, era un cliente excelente. Observó cómo se marchaba calle abajo envuelto en el humo de un cigarrillo, hasta que se perdió tras girar la esquina.



—Pues ya lo tengo todo colocado —Miranda entró en ese momento en la cafetería y encontró a su hermana tras la barra, con la mirada perdida en algún punto de la calle—. ¿Necesitas ayuda? —se ofreció.

—No, tranquila.

Melisa miró a su hermana y sonrió, por nada del mundo hubiera querido parecer egoísta, pues sabía que lo que le había pasado a Miranda era muy injusto, pero en el fondo se alegraba de tenerla en casa, desde que Bryan se marchó se sentía muy sola. Miranda cogió de nuevo la carta y empezó a repasar los platos e ingredientes, ya se los sabía casi todos de memoria, así como los precios y los diferentes tipos de café que ofrecían. Siguió repasando la lista hasta que su hermana puso una taza de descafeinado frente a ella.

—Al menos el coche funciona —dijo forzando una sonrisa.

—Cariño, no sé a quién has salido tan optimista.

—¿Qué quieres que haga, Mel? —sopló un par de veces en dirección al humeante líquido negruzco, antes de hacer bajar el nudo de su garganta a base de pequeños sorbos de café—. La vida sigue, ¿no?

—Claro que sí, ya verás, el trabajo aquí en la cafetería será solo algo temporal, estoy segura que dentro de nada habrá cientos de diseñadores que se pelearán por contratarte.

—¡Vaya! ¿Quién es la optimista ahora?

—No es optimismo, es la verdad —aseguró Melisa.

Miranda alzó los hombros no muy convencida. En ese mundillo cuando una persona caía en desgracia la voz se solía correr muy deprisa y solía ser para siempre. Giorgio ya se habría encargado de procurar que nadie se interesara por ella. Podría empezar con alguna de esas «nuevas promesas», pero ahora mismo no se veía con fuerzas. De reojo vio la portada de uno de los periódicos de la mañana, en letras grandes y a cuatro columnas se anunciaba el inicio de la semana de la moda, ella debería haber estado allí, había trabajado mucho... Se había encargado de redactar las notas de prensa,

de enviar los archivos con la nueva colección, de hacer una primera selección para que Giorgio pudiera dar la lista definitiva de los modelos con los que quería contar para ese desfile, ella había enviado y revisado personalmente los contratos que habían preparado los asesores legales de la firma, se había ocupado de todos los detalles... Sintió rabia, que de nuevo se obstinó en tragar con otro sorbo de descafeinado.

—Cuando venía hacía aquí he pasado por el cruce de la 2a Avenida... hay un local en alquiler.

—¿Y?

—Bueno solo te lo comento, podría ser una buena oportunidad.

—Miranda, no empieces...

—En serio Mel, ahora sería un buen momento, el precio de los locales en esa zona pronto se disparará, es ahora cuando...

—Miranda, ahora no, ¿no ves que estoy ocupada? —dijo mientras terminaba de reponer las cámaras bajo el mostrador.

Miranda miró alrededor. La cafetería no estaba mal, pero sabía que se podía sacar mucho más provecho con una decoración más moderna, una iluminación adecuada, una buena selección del mobiliario, una distribución más funcional... El dueño era un borracho misógino que no sabía ni hacer la o con un canuto y el negocio funcionaba porque Melisa se hacía cargo de todo, desde la selección de productos, la cocina, la confección de la carta, el pago a los proveedores, la contabilidad... Era la mejor cocinera que había conocido nunca, sus dulces no tenían nada que envidiar a los de las pastelerías más *chic* de Miami, y lo podía decir con conocimiento de causa, porque solía frecuentarlas hasta hacía escasas dos semanas.

—Deberías abrir tu propio local.

—Esa sí que es buena —sonrió Melisa, dejando el delantal colgado en el gancho y dando un par de instrucciones a Clarise, que se incorporaba a su turno.

—Lo digo en serio Mel, podrías hacer algo mucho mejor que esto.

—¿Si? y ¿con qué dinero?

—Yo podría prestarte algo y podríamos pedir un crédito...

—No —cortó su hermana abriendo la puerta y franqueándole el paso—. Ese dinero es tuyo y no voy a endeudarme con un banco.

Salieron juntas a la calle, había caído la tarde y el sol se apresuraba a esconderse por el horizonte, haciendo que el ambiente no fuera tan asfixiante, aunque todavía la cálida humedad se pegaba a sus cuerpos. Dejaron atrás la cafetería y continuaron avanzando por la calle saludando a alguno de los vecinos y clientes habituales que se iban encontrando por el camino. El barrio no había cambiado en los últimos años, continuaba siendo tan pintoresco como lo había sido siempre. Por las mañanas, incluso bien temprano, se podía encontrar en cualquier esquina a ávidos turistas pertrechados tras sus cámaras de fotos, entrando y saliendo de las numerosas tiendas, degustando un sabroso e intenso café cubano que solían servir para llevar en pequeños vasitos de cartón, o se veían sentados en cualquier bar refrescándose con un gran vaso de guarapo, una especie de zumo de caña de azúcar. Sin embargo, por la noche era diferente, desde hacía años se había extendido el rumor de que ese distrito al caer la noche no era demasiado seguro, y entonces los restaurantes de la zona y los locales de música y animación se llenaban de los propios vecinos ávidos de divertirse y pasarlo bien tras una larga jornada de trabajo. La música era otra de las notas características que hacía de esa zona de Miami un sitio especial, plagado de ritmo y de son cubano que atrapaba de

un modo irremediable. Llegaron a la calle Ocho el auténtico centro neurálgico de Little Havana, esa parte del barrio deprendía un sabor nostálgico impregnado siempre del penetrante aroma a café, por algo la mayoría de habitantes eran cubanos e hijos de esos primeros inmigrantes que en su día habían salido de su tierra huyendo del régimen de Castro. Pasaron por delante de la tienda del señor Ramírez, un artesano que continuaba prensando y confeccionando a mano cigarros puros donde no solo los turistas, sino gente de todo Miami, solían acudir a comprar cajas de excelentes cigarros para llevarse de recuerdo o para hacer un buen regalo. El anciano, sentado ante una pequeña mesa de madera, donde en eso momento terminaba de liar un puro de buen tamaño, les saludó con un gesto y las invitó a pasar, ambas devolvieron el saludo con un alegre gesto de la mano y declinaron la invitación señalando su muñeca y mostrando el reloj, se estaba haciendo tarde y querían hacer la compra antes de volver a casa. Cruzaron la calle y desde el restaurante de la esquina les asaltó un delicioso olor a congri con cerdo asado recién hecho, ambas hermanas se miraron y negaron con la cabeza, a pesar de que el simple olor del plato del día mezclado con el de plátano frito que llegaba desde la cocina, les había hecho salivar.

Continuaron caminando a buen ritmo por la calle Ocho, y al llegar a la altura de la Avenida 15 dejaron atrás el Parque Máximo Gómez que, a esas horas, ya había visto como se marchaban los ancianos que pasaban parte del día en los bancos frente a las mesas jugando al dominó o al ajedrez, tratando de arreglar el mundo y contando viejas batallas que no se cansaban de explicar a todo aquel que les quisiera escuchar. Giraron en la esquina y entraron en un colmado que llevaba abierto toda la vida y donde su madre solía comprar cuando eran niñas, era uno de los pocos recuerdos que les quedaba de ella, y a pesar de que durante esos años habían abierto nuevos supermercados y tiendas más modernas, Melisa se resistía a la idea de

abandonar viejas costumbres. Al entrar pidieron su turno y saludaron a María que, a pesar de su avanzada edad, continuaba al frente de su pequeño negocio, asegurando que no pensaba cerrarlo ni traspasarlo hasta que pudiera regresar a su añorada Cuba.

Miranda aguardó con paciencia al lado de su hermana a que les tocara el turno para hacer la compra de la semana, miró a su alrededor, era una tienda modesta, pero bien abastecida, sus estanterías no estaban repletas de delicatessen ni de productos importados de países exóticos, pero era un lugar entrañable, y auténtico, uno de esos espacios que rezumaban alegría y donde todo aquel que entraba, se sentía bien, como si estuviera en casa, como quien regresa al hogar tras un largo y agotador viaje. Y así se sentía Miranda, de nuevo en casa, ese era el olor de su infancia, un olor imposible de olvidar.



Esa mañana a Jhett se le pegaron las sábanas. No le ocurría casi nunca, pero de vez en cuando ese extraño fenómeno al que algunos llamaban desidia picaba a su puerta. Se obligó a levantarse y desayunar, tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta el taller y no desviarse hacia cualquier otro lugar. La tarde anterior aprovechando las horas libres con las que Tom le había obsequiado, condujo hacia el norte, durante algo más de quince minutos, hasta llegar a Hollywood, aparcó el coche muy cerca de la playa y pasó más de una hora recorriendo Hollywood Beach Broadwalks, la larga pasarela de algo más de cuatro kilómetros que bordea la playa. Después del relajado paseo se acercó hasta el Bouleward, entró en uno de los bares más animados y pidió una Corona muy fría. Recorrer sus calles y observar esos coches deportivos y de alta gama, casi le hacen caer en la tentación... Sí, estuvo tentado. Un par de vehículos de gran cilindrada se le pusieron a tiro,

intentaron seducirle, pero se mantuvo firme, había prometido a Tom no volver a «hacerlo por placer».

—¿Vamos a comer? —sugirió el Mexicano mientras frotaba sus manos en el pantalón para secarlas.

—Turbo, ¿qué hiciste ayer? —Carlos se adelantó abriéndoles la puerta y al salir el sol les deslumbro a los tres.

—Pasear.

—No chingues *brother*, ¿Como las abuelas?

—¿Quieres ver cómo te parto la cara?

—¡Joder!, estás de muy mala leche hoy —se quejó Carlos—. Sonríe que quizás sea el turno de la hermana de Melisa.

—Miranda.

—¿Qué?

—Que se llama Miranda.

—¿A quién mierda le importa el nombre, mientras tenga un buen polvo?

—Tu madre estará orgullosa de ti —reprochó Jhett, entrando en la cafetería tras sus dos compañeros.

—No te metas con su madre —apuntilló el Mexicano—, para nosotros las madres son sagradas, no como ustedes los gringos, que no tenéis apego por nada.

Jhett rebufó, eran exasperantes. Se sentaron en una mesa que estaba libre, y mientras sus compañeros se entretenían con el móvil, él cogió la carta y la ojeó por encima, aunque en realidad después de comer allí durante tanto tiempo se la sabía casi de memoria, salvo en las contadas ocasiones en que Melisa añadía algún plato especial del día, que solía ser alguna receta casera,

que hacía las delicias de todos. Hoy no había plato especial.

—¿Qué os pongo chicos?

—Muy burros —susurró Carlos, acariciándose de manera discreta la entrepierna.

—¡Por Dios! —se quejó Jhett, alzando la mirada—. Yo quiero... ¡Joder!

Poco faltó para que Jhett se atragantara con su propia saliva, un nudo se formó en su garganta y sintió una punzada en el estómago. ¿Ella era Miranda? Diferentes imágenes y pensamientos se agolparon de pronto en su mente. Jamás había creído en las casualidades ni en el destino, y ahora, como un jarro de agua fría, el karma le abofeteaba con fuerza. Reconoció a la chica de inmediato, a pesar del delantal y de llevar el pelo recogido en una trenza, un atuendo muy distinto al que vestía el día que se cruzó en su camino. Tosió como reacción a la momentánea falta de aire que había sufrido, Carlos le miró extrañado, pero el Mexicano no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Vaya! —exclamó Miranda elevando una ceja de forma casi imperceptible—, no estoy acostumbrada a causar esta reacción en los tíos —gruñó un poco molesta.

—Perdona... —se disculpó Jhett, notaba cómo su corazón latía con una fuerza desmesurada—. Soy Turbo —se presentó no muy convencido de querer hacerlo, pero sin saber muy bien cómo reconducir la situación.

—¿Turbo? Eso no es un nombre.

—¡Claro que lo es! —se animó Carlos—, porque es igual de rápido en todo —y soltó una carcajada que solo se interrumpió cuando el codo de Jhett impactó en sus costillas.

—Está bien —Miranda no puedo evitar mostrarse impaciente—. ¿Qué os pongo? Y ahórrate el comentario —dijo señalando con el bolígrafo a Carlos.

—Yo quiero el numero tres con una cola —el Mexicano entregó el trozo de papel plastificado a la chica—, con hielo.

—Yo una hamburguesa completa y otra cola.

—¿Y tú...?

—¡Jhett!

—Jhett —repitió ella.

—Un *sándwich* de atún y café, por favor.

Los tres observaron cómo Miranda regresaba tras la barra, los ojos de dos de ellos se habían clavado justo en el final de su espalda.

—¿Por favor? —se mofó Carlos, cuando se aseguró de que la chica ya no les podía oír—. Te gusta, ¿eh?

—¿Qué?, ¡claro que no!, no seas gilipollas.

Jhett observó de reojo cómo la nueva camarera dejaba la comanda en el gancho al lado de la ventanilla y tocaba la campana. Cerró un instante los ojos y respiró hondo, no se lo podía creer, ella era la chica del Aston Martin. Pasó las manos por la cara, parecía como si la vida le gastara una broma y se quisiera reír a costa de él.

—Te dije que estaba de toma pan y moja.

—No es para tanto —respondió.

—Estás de broma, ¿no? Esa mujer está como para bailar con ella toda la noche... ¡Pero en posición horizontal! —aseguró Carlos, mientras el

Mexicano le daba la razón.

—Venga tíos, no estoy de humor, y sí la chica está bien, pero...

—¡Claro!, mira el selectivo, como tú no has terminado con una tía y ya está llamando otra a la puerta...

—¡No mames Jhett!, que Carlos tiene razón, las subes a tu coche y antes de que cambies de marcha ellas ya han desembargado —soltó, dejando escapar una estruendosa carcajada.

—Sois patéticos... —se quejó Jhett, mientras negaba con la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír con los comentarios de sus compañeros, eran unos descerebrados y unos salidos, pero no eran malos tipos.

Elevó la cabeza y miró de forma disimulada hacia la barra, donde la hermana de Melisa se movía con desenvoltura, y aunque no lo reconocería en voz alta para no ser el centro de burlas de esos dos gañanes que tenía por compañeros, en realidad la nueva camarera sí que había llamado su atención y no podía más que reconocer que era muy guapa. Jhett volvió a fijarse en ella cuando dejó los platos sobre la mesa. No era demasiado alta, pero su figura era esbelta y tenía un buen cuerpo. Su melena era algo más larga y más castaña que la de su hermana, y su piel estaba ligeramente bronceada, pero lo que más captó su atención fueron esos ojos azules enmarcados por unas largas y oscuras pestañas. A decir verdad, era preciosa, no lo podía negar.

—¿Alguna cosa más chicos?, ¿un poco de café? —Melisa apareció junto a la mesa con la cafetera en la mano.

—Melisa, hazme feliz —empezó Carlos—, y dime que tu hermana está soltera.

—Mi hermana está soltera... —confirmó—, pero acércate a ella y desearás no haber nacido —amenazó alzando uno de los cuchillos que

recogió de encima de la mesa.

—Vale, vale... —el puertorriqueño levantó ambas manos en señal de rendición.

—Lo digo en serio —añadió—, ni se os ocurra molestarla.

—Está bien, está bien —concedió el Mexicano—, tan solo bromeaba.

—Y nada de gestos obscenos... —advirtió señalando con un dedo directamente a su nariz—, ni... —se interrumpió cuando vio cómo su jefe la reclamaba desde la cocina, hacia donde se dirigió con rapidez, dejando la jarra de café sobre la barra.

Jhett, devoró su *sándwich* en silencio, apenas contestó con monosílabos ni intervino en la conversación que mantenían sus compañeros, ni siquiera protestó por los comentarios sexuales que intercalaban en cada comentario. Todo le daba vueltas, algo que le desconcertó, pues nunca antes había sentido remordimientos por nada ni por nadie. Se disculpó, dejando a Carlos y al Mexicano tomando todavía el café y salió de la cafetería sin despedirse.

Una vez en el taller se desahogó con uno de los últimos encargos que habían llegado. Tom observaba desde su despacho e intuyó que algo iba mal, pero prefirió dejar que él resolviera sus propios conflictos, si algo había aprendido en todo ese tiempo era que con Jhett siempre funcionaba mejor la manga ancha que intentar controlarlo, pues era como el agua, nunca sabías por dónde iba a fluir, y al intentar apresarla, siempre encontraba el más mínimo resquicio para recobrar la libertad.

—¿Todo bien chico?

—Sí... ¡No!, espera... el Aston Martin... ¿para quién era?

—Para el Ruso —respondió Tom.

Jhett asintió y volvió al trabajo.



Miranda recogió el resto de platos y vasos que quedaban sobre una de las mesas. Estaba cansada y le dolían los pies, pero aparte de un par de incidentes casi sin importancia la jornada había transcurrido con normalidad. Se sentó en uno de los taburetes de la barra y cogió el sobre con su nombre, donde Melisa había repartido las propinas, contó por encima los billetes y entre ellos encontró un trozo de papel con un número de teléfono.

—Es del chico del taller —informó Clarise—, el moreno...

—Para chicos estoy yo ahora —dijo rompiéndolo y dejándolo caer sobre uno de los platos con restos de comida.

—Vamos, siempre se puede encontrar un momento cuando se trata de chicos —dijo la mujer riendo—, y más cuando es tan guapo.

—Ah no, ahora mismo ya tengo bastantes problemas... ¡Ni me hables de hombres!

—Así que trabajabas para ese diseñador gay... —quiso saber su compañera, pero Miranda no tenía demasiadas ganas de entablar una conversación sobre su famoso y extravagante anterior jefe.

—Sí, bueno... sí... —dijo con evasivas.

—Maldito cabrón, a ver qué culpa tenías tú de que le robaran el coche.

Miranda alzó los hombros. Eso mismo se había preguntado ella, pero Giorgio no quiso entrar en razón, y ni tan siquiera dejó que se explicara...

Tampoco le dio la oportunidad de despedirse de Dolores, ni de recoger las cosas de la casa de la piscina, que ahora estaban amontonadas en cajas en el apartamento de Melisa, ni siquiera se había visto con ganas de abrirlas.

—No sabrás de alguien que alquile algún trastero, ¿no?

—¿Trastero? no, creo que no, pero prueba con Tom, el dueño del taller, conoce a mucha gente.

—Gracias.

Se despidieron dos calles más abajo de la cafetería, Miranda sacó las llaves del bolsillo y voló sobre sus zapatillas en dirección a casa de su hermana. No recordaba lo insegura que podía sentirse en ese barrio, a pesar de haber nacido y crecido allí, se había desvinculado de Little Havana muy rápido, primero su marcha a la universidad, después el máster, las prácticas que hizo en el Distrito Financiero, y por último su trabajo con Giorgio la habían mantenido lejos... y todo eso la había hecho soñar con volar muy alto, posiblemente demasiado, y todo había terminado porque un gilipollas había robado un coche, y no pudo evitar que un pensamiento recurrente volviera a su cabeza, el de que ojalá el maldito ladrón se hubiera estrellado con él.

Cuando Miranda llegó a casa, su hermana ya estaba dormida, sin embargo ella no tenía sueño, se desmaquilló con cuidado y se aplicó un poco de crema de noche, cuando echó un vistazo al frasco de cristal al ir a cerrarlo, comprobó que apenas quedaba producto para un par de noches, pronto se terminaría y después... no pudo evitar que la congoja atenazara su pecho, por algo tan tonto como esa simple crema, pensar que no tendría dinero para poder seguir comprando esa misma marca que llevaba tanto tiempo usando, que no podría mantener el nivel de vida que había tenido estos últimos años... era tan fácil acostumbrarse a las cosas buenas...

—¿Lloras por la crema? —la voz de su hermana la sorprendió desde la puerta del baño.

—Siiiiiiiiiii... —Miranda se giró y dejó que su hermana la rodeara con sus brazos, casi al instante notó un gran consuelo—. Es de caviar... —se justificó.

—Lo siento... Huele muy bien.

—Looooo séééé...

—Miranda, ¿estás bien? —inquirió Melisa aflojando su abrazo para separarse un poco y poder mirarla a los ojos.

—De puta madre... —su respuesta vino acompañada de un hipido.

—Venga, vamos a dormir... No dormíamos juntas desde que éramos pequeñas. ¡Es divertido!, ¿no crees? —canturreó intentando animar a su hermana—. ¿Recuerdas qué hacía mamá cuando éramos unas niñas, justo antes de irnos a dormir? —Miranda hizo un leve movimiento de cabeza y limpió una resbaladiza lágrima pasando con suavidad el dorso de su mano por la mejilla—. ¿Quieres que te cepille el pelo? —Miranda asintió de nuevo y se dejó acompañar hasta la cama.

Una vez en la habitación se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el colchón, mientras Melisa, tras ella, empezó a cepillar su melena con cuidado, procurando deshacer bien todos los nudos. Lo hacía con tanta delicadeza que parecía que las cerdas se deslizaran sobre el cabello sin apenas rozarlo, y con cuidado, peinando y separando cada mechón, iba contando mentalmente cada vez que lo hacía descender hasta las puntas.

—Ya está, listo —anunció Melisa besando a su hermana en la coronilla.

—Mamá siempre lo sujetaba con una cinta —recordó mientras convertía su voz casi en un susurro.

—Bueno, puedes quedarte la mía —y recogió el pelo de Miranda en una coleta que dejó reposar sobre su hombro.

—¿Por qué todo es tan difícil, Mel? —inquirió mientras se tumbaba en la cama.

—No lo sé cariño, pero seguro que mañana lo verás todo mucho más claro —trató de animarla, mientras se recostaba a su lado y apagaba la luz de la mesilla.

—Sí, mañana —musitó mientras cerraba los ojos.

CAPÍTULO 3

La mañana era soleada, quizás demasiado. La semana de la moda daba inicio en Miami, y en la ciudad se reunían durante esos días estrellas del celuloide, diseñadores, modelos, y todo tipo de gente influyente. Coches, coches y más coches. Esas carrocerías brillantes, motores que rugían y sonaban como música para dioses, esas llantas relucientes... Jhett miraba de reojo la pantalla de la televisión encendida y sin volumen de la cafetería, cualquiera podría pensar que estaba interesado en todas esas delgadas mujeres desfilando con vestidos imposibles, sobre tacones inhumanos, y acompañadas de tíos aún más inverosímiles. Jhett dio un trago al refresco y se giró de espalda al televisor.

—¡Buenos días! —la alegre voz de Miranda atravesó el local como un misil tierra-aire, que le perforó los oídos.

—Así da gusto que vengas a trabajar —dijo Clarise desde la barra, donde estaba cortando un pedazo de tarta de lima—. Melisa te dejó una nota con algunos recados.

—Pues voy a ello —canturreó, y tomó el trozo de tarta para dejarlo frente al cliente de la mesa del fondo, antes de desaparecer tras la puerta de personal.

Jhett miró en dirección a la trastienda por donde se había ido y se levantó como empujado por una fuerza invisible, una fuerza a la que no podía poner nombre, pero que, de hacerlo, seguramente debería llamar vergüenza, arrepentimiento, remordimientos, o algún calificativo que pudiera englobar a

los tres.

—¡Turbo! —Clarise llamó su atención antes de que pudiera alcanzar la puerta—. ¿No tenías tanta hambre? —dijo extrañada.

—Pónmelo para llevar —desanduvo los cuatro pasos que le separaban de la barra y se apoyó en ella, sin lograr esconder su nerviosismo, deseando salir de la cafetería lo antes posible.

—¿Seguro?

—Sí —sacó la cartera y dejó un billete de veinte sobre la madera, mientras sus dedos tamborileaban sobre el mostrador.

—Está bien, aquí tienes —dijo Clarise entregándole el cambio y la caja de cartón que contenía el desayuno.

—Gracias —respondió guardando el billete en la cartera y lanzando el resto en la lata de las propinas.

—¡A ti, guapo! —exclamó la mujer señalando la propina—. ¿Te pasarás después?

—No, no creo, tengo algunas cosas que hacer.

—¡Pues nos vemos mañana, entonces! —le despidió de modo jovial.

—Sí, sí... —dudó un momento—. Hasta mañana.

Salió de manera apresurada, casi tropezando consigo mismo, preguntándose si a partir de ahora siempre iba a ser así, si tendría que andar vigilando para no coincidir con ella en la cafetería, si tendría que comprobar los turnos para no encontrarse con Miranda y que por alguna razón que no alcanzaba a entender ella pudiera leer en sus ojos la culpa que recaía sobre sus hombros desde que supo que era la chica del Aston Martin, y que al robar aquel coche había provocado la situación en que ella se encontraba ahora, sin su trabajo y teniendo que compartir un pequeño apartamento con su

hermana... y tomó la determinación de que no podía dejar que esos malos sentimientos le asaltaran cada vez que la veía. Apretó el paso y tardó solo unos pocos minutos en llegar al taller, buscó en el bolsillo la llave de su taquilla y se fue directo al vestuario, sacó una nueva lata de refresco del frigorífico, encendió el ventilador y se comió el bocadillo en ese pequeño cuartucho donde se cambiaban, mientras terminaba su almuerzo no pudo evitar sentirse muy ridículo.

Se saltó la hora de la comida, y la del café de la tarde, su estupidez iba a poner muy contento a Tom, ya que había realizado el trabajo de dos días en tan solo una jornada. Al atardecer, cuando salió del taller, pasó por la tienda para comprar algo de cena, saludó al señor Ramírez, que se afanaba en terminar de liar unos puros, sentado frente a su pequeña mesa de trabajo.

A última hora de la noche recibió la llamada que llevaba algunos días esperando. No le ofrecieron demasiados detalles, pero sí los suficientes para no poder rechazar el encargo, y nada tenía que ver con el dinero, no en esa ocasión. Adoraba ese coche, le encantaban los Bugatti, y ese *Veyron* EB 16.4 en especial, era una maravilla.

Todo estaba preparado, tenía localizado el vehículo, el garaje donde lo guardaban era de fácil acceso, no tendría problemas para desactivar las alarmas, dos noches atrás había hecho la prueba con el inhibidor de frecuencias, y comprobó que no necesitaría más de siete u ocho minutos para montar en el coche, conectar el lector de frecuencia a la CPU, descifrar la clave de encendido electrónico y salir del lugar quemando neumáticos. Ese momento, justo en el preciso instante en que el último número de la clave se detenía y sonaba ese clic característico suponía el pistoletazo de salida para que su corazón galopara al límite de su capacidad de latido, amenazando con salirse de su pecho. El subidón de adrenalina mantenía alerta todos sus sentidos, pero ni el más mínimo temblor afloraba a sus manos. No había nada

en el mundo que pudiera compararse con ese momento. Sonrió, mientras aplastaba el cigarrillo en una lata de cerveza vacía.



La semana de la moda estaba a punto de terminar. Había sido todo un éxito. Miranda ojeaba el periódico, el desfile de GioDee's había empezado con casi una hora de retraso, en su comunicado de prensa la organización alegó problemas técnicos, pero después de ese pequeño contratiempo todo había transcurrido con normalidad, y como ya venía siendo habitual con las dos colecciones de temporada en los últimos años, Giorgio Dee se había convertido en uno de los diseñadores más aclamados por todos. La crítica había sido unánime, su nueva colección era, sin lugar a dudas, la mejor de todas las que habían desfilado en la pasarela durante todos esos días.

—Pareces tonta —dijo Melisa arrancándole el periódico de entre las manos.

—Ehhh... —se quejó—, solo estaba echando un vistazo.

—¿Para qué? —preguntó dejando la bandeja sobre la barra— ¿Para regodearte en tu mala suerte?, ni que fueras masoquista.

—Por favor, Melisa, no empieces.

—Miranda ese diseñador solo es un gilipo...

—¡Mel! —atajó Miranda, negando con la cabeza—. No justifico su comportamiento, pero él es único, tiene un don... solo tienes que ver las críticas... Entiendo, su reacción, la presión, los nervios del...

—¿Pero te estás oyendo? —se quejó Melisa—, ¡al menos no le defiendas!

—Lo sé, lo sé... es solo que...

—Ya sé que echas todo eso de menos, cielo —dijo serenado su voz y acariciando con cariño la mejilla de su hermana—. Es que me da rabia que perdieras esa oportunidad por algo que no fue culpa tuya.

—¡Bah!, no pasa nada —trató de recobrar su habitual alegría—. Esto está muy tranquilo Mel, ¿te importa si salgo un momento?

—No, claro que no.

—Voy a ir a pagar el alquiler del trastero a Tom, antes que se me olvide, y ya de paso sacaré algo más de ropa de las cajas.

—Me parece bien —Melisa observó cómo su hermana se quitaba el delantal—. Miranda, es temporal —la animó.

—Claro...

Ya hacía unas semanas que había vuelto al barrio, y se encontraba durmiendo en casa de su hermana, más concretamente en su cama. Melisa le había conseguido un trabajo «temporal» en la cafetería, había reencontrado algunas antiguas amigas de cuando iba al instituto, y toda su vida estaba empaquetada dentro de 21 cajas de cartón de tamaño medio.

Miranda saltó al asfalto de la calle principal y corrió sobre sus zapatillas hasta la otra acera, esas sí que estaban pensadas para correr y no los zapatos de tacón que solía usar habitualmente. Hacía calor, había llegado el verano y la semana de la moda había terminado. Sacó una goma del pelo del bolsillo de su falda tejana y ató su melena en un moño improvisado para despejar su frente y su nuca. Estaba empapada en sudor, odiaba el verano, odiaba Miami, y en esos momentos odiaba su vida.

Dobló la esquina a tiempo de ver como Tom, el dueño del taller aceleraba en su moto y se perdía por el final de la calle, a pesar de gritar tratando de llamar su atención para que se detuviera, no la oyó, y desapareció tras doblar la esquina. Atravesó el descampado situado en la parte delantera

del taller, donde se apilaban una decena de coches en mejor o peor estado, y entró por la puerta metálica lateral. En la nave sonaba música electrónica y la voz de Carlos, sobreponiéndose al ruido de alguna de las herramientas. Intentó llamar su atención, pero desistió cuando al adentrarse y pasar al lado del foso algo rozó su pierna dejando una mancha grasienta a la altura de su rodilla.

—¡Mierda! —gruñó y se giró para volver a salir, cuando algo la interceptó.

—Lo siento —se disculpó Jhett, agarrándola y dejando la marca de sus cinco dedos en su antebrazo—. ¡Joder!, perdona —la soltó—, y siento también eso —añadió mientras señalaba la mancha que había dejado cerca de su muñeca.

—Tranquilo, pero... —Miranda pasó el dedo índice por la grasa—
¡Dime que se va!

—Agua y jabón.

—Así que ese es el secreto.

—Sssshh, pero no se lo digas a nadie. ¿Querías algo?

—Buscaba a Tom.

—Ha salido.

—Sí, ya lo he visto, quería pagarle el alquiler del trastero.

—Puedes dármelo a mí si quieres, así no habrás hecho el viaje para nada.

—Gracias —Miranda sonrió y Jhett agachó la mirada—. Malditos bolsos —se quejó—, ¡ya te tengo! —le alargó un sobre—. Treinta dólares, dile que muchas gracias.

—Sé lo diré —dijo tomando el sobre, y adentrándose en el taller en dirección al pequeño despacho del fondo.

—Gracias a ti también —Miranda alzó la voz para captar su atención —, por lo del coche, todavía no había tenido oportunidad de agradecértelo personalmente.

—No hay de qué.

—Si te pasas después por la cafetería, Mel ha hecho tarta de melocotón —sonrió.

—No creo que pueda —gruño nervioso, y enseguida se arrepintió de las palabras y del tono demasiado brusco que había empleado—. Bueno puede que me acerque cuando cerremos —añadió más conciliador, al fin y al cabo, ella no tenía culpa de nada.

—¡Nos vemos! —se despidió Miranda, saliendo de nuevo a la calle, siendo engullida por la claridad que entraba por la puerta metálica.

Jhett dejó escapar un bufido mientras permanecía con la mirada perdida aún en ese mismo punto, sacudió la cabeza y entró en el despacho de Tom para dejar el dinero sobre la mesa. La agenda de su jefe estaba abierta y algunos documentos fuera de su lugar, Jhett no era en absoluto un tipo curioso, pero de pronto notó en la boca el sabor a tarta de melocotón, fue una sensación extraña, pasó con rapidez las páginas de la agenda hasta llegar a la «R», por suerte tenía buena memoria para los números.

Salió del despacho y continuó con su trabajo. No podía concentrarse. Era absurdo, se sentía ridículo, y aún se puso más fuera de sí cuando el martillo en vez de golpear su objetivo lo hizo en su dedo. Maldijo y blasfemó, mientras el Mexicano se santiguaba y pedía perdón por el alma de su amigo. Tiró el martillo y pateó lo primero que se encontró a su paso, estaba cabreado y se encontraba demasiado ofuscado para seguir con lo que estaba haciendo.

Entró en el baño para limpiarse los restos de grasa mientras sus

compañeros reían y trataban de adivinar qué había puesto de tan mal humor a alguien que siempre se mostraba tan sereno.

—Me voy a casa —anunció colocándose las gafas de sol.

—¿A casa?, ¿no vas a pasarte por la cafetería? —Carlos ya había recogido todas las herramientas y frotaba el guardabarros del Mustang—, la chica te invitó a tarta.

—No ha sido una invitación, además... ¿Por qué mierda estoy hablando contigo?

—Ahhhh hermano, eso es un misterio...

Jhett estuvo a punto de replicar, pero se mantuvo callado, notando como el nudo en su estómago crecía aún más. Salió a la calle, todavía apretaba el calor, torció en la esquina a la derecha y no llegó a caminar ni doscientos metros cuando se arrepintió y volvió atrás. Encendió un cigarrillo y dejó que el humo inundara sus pulmones, dio una larga calada antes de tirarlo al suelo frente a la puerta acristalada y entrar. Le recibió una cálida bofetada de olor a café.

Se sentó en la mesa de la esquina y se descubrió a sí mismo buscándola con la mirada, aunque agradeció calladamente no verla.

—Un trozo de tarta de melocotón —Melisa dejó el plato delante del sorprendido Jhett y llenó la taza de café—. Miranda me dijo que ella invitaba.

—Vaya, ya pensaba que eras adivina.

—Puede que un poco bruja —Melisa se sentó frente al joven, la cafetería a esas horas estaba poco concurrida—. Ha ido a recoger unos documentos a su antiguo empleo, la han llamado hace un rato... —dejó escapar un suspiro—. Es una mierda Jhett, mi hermana había trabajado

mucho para ese gilipollas y que le hayan dado la patada de ese modo...
¿Sabes que fue la primera de su promoción?

—Parece que estás muy orgullosa de ella.

—¡Pues claro! Miranda vale mucho... —Melisa se levantó cogiendo de nuevo la cafetera—. Y como me llamo Melisa que dentro de nada alguno de esos locos «cosecosturas» volverá a contratarla, qué digo ¡se pelearán por ella!

Soltó una carcajada al tiempo que saludó con la cabeza a los chicos del taller que entraban en ese momento por la puerta.

—Vaya Turbo, ¿qué haces aquí? —preguntó Carlos, con sorna.

—¿No dijiste que te ibas a casa? —le imitó, el Mexicano.

—¿Qué pasa? —contestó a la defensiva—, ¿es que no puedo cambiar de opinión?

—Claro compadre...es solo que pensé...

—Pues no pienses tanto —le cortó Jhett, un tanto molesto.

—Menudo humor —intervino Carlos—, tú lo que necesitas es distraerte un poco...

—Vamos chicos, ¿qué os pongo?, ¿tarta? —ofreció Melisa—. No es por presumir, pero... está buenísima.

Ambos asintieron, Melisa desapareció tras el mostrador y ellos tomaron asiento frente a Jhett. Carlos, que lucía una media sonrisa socarrona, pensó en decirle algo más a su amigo, pero no quiso tentar a la suerte, pues aún le dolían las costillas de días atrás. El Mexicano, a pesar de ser siempre algo más sensato, sí se aventuró un poco más.

—Si una chica como ella me invitara a algo también hubiera venido.

—¿Aunque fuese a cianuro? —intervino Carlos.

—No hay nada mejor que las malotas.

—Estáis enfermos, los dos —dijo señalando a ambos.

—¿Nosotros? Tú eres el que ha venido...

—Ya os he dicho que cambié de opinión, tenía hambre...

—Hambre de hembra.

—Hambre de tu puta madre, como no te calles...

—¡Dale otra vez con las mamás! ¡Qué manía! —se quejó el Mexicano.

Cuando Melisa les sirvió las porciones de tarta las devoraron con rapidez, y estuvieron de acuerdo que ella estaba en lo cierto, estaba deliciosa, el bizcocho se les deshacía en la boca y tenía el regusto de los postres caseros que no recordaban haber vuelto a comer desde que eran niños. Carlos y el Mexicano pidieron una nueva porción, y aunque convencieron a Jhett para que no se fuera a casa tan rápido y se quedara con ellos un rato más, lo cierto, aunque no dijeron nada más, es que notaron a su amigo algo ausente y pensativo.

—¡Menuda compañía! —fue Carlos quien rompió el silencio—. Te íbamos a decir que esta noche te vinieras con nosotros a tomar unas cervezas, pero...

—¡No mames, Carlos! —intervino el Mexicano—, que nos espantará a las chicas.

—Gracias chicos, pero no estoy de humor —dijo levantándose y dejando un par de billetes sobre la mesa— ¡Yo invito!

—Eh Jhett —llamó su atención Carlos, cuando ya estaba a punto de

atravesar la puerta, y se volvió hacia la mesa—. ¡No te la machaques mucho! —y acompañó su exclamación con un elocuente gesto de su mano.

—¡Gilipollas! —le lanzó sin elevar la voz, pero no pudo evitar exhibir una gran sonrisa.

Definitivamente sus amigos no tenían remedio.



A la mañana siguiente Jhett saltó de la cama cuando el despertador sonó por tercera vez. Tiró de una camiseta cualquiera del montón que tenía sobre una silla y se enfundó unos vaqueros. Después de lavarse los dientes y peinarse, cogió las llaves y salió del apartamento cerrando la puerta tras de sí. Descendió los escalones de dos en dos hasta que la luz de esa soleada mañana de domingo le abofeteó en la cara. Y de pronto, como si ese golpe hubiese sido real se detuvo en seco en medio de la acera. Desde que se había mudado al barrio y había empezado a trabajar para Tom había establecido una rutina, y esa rutina incluía robar un coche el sábado por la noche y desayunar unas tortitas con beicon el domingo por la mañana. No era un tipo supersticioso, jamás lo había sido, a pesar de llevar siempre los mismos guantes cuando iba a dar un golpe, o desayunar todos los domingos sus tortitas post robo. Pero no era supersticioso. Dio un par de pasos en dirección a la cafetería, aunque su velocidad habitual se había visto reducida a menos de la mitad. Tenía que comer sus tortitas, se las había ganado, pero no quería, o más bien no podía volver a ver a Miranda.

Giró sobre sí mismo y se alejó, esta vez sí a mayor velocidad. Cada vez que veía a esa chica sentía algo en el estómago, algo a lo que no estaba acostumbrado, ¿culpa?, tal vez... ¿remordimientos? Jhett se rascó la cabeza y

se detuvo de nuevo, en mitad de la acera, a pleno sol.

—Seré gilipollas —susurró mientras cambiaba una vez más de rumbo en dirección a la cafetería, pero ni siquiera había caminado cien metros cuando volvió a detener sus pasos—. ¡Maldita sea!

Estaba harto. La cafetería era su santuario, el sitio donde se relajaba, y el único lugar donde comía decentemente, lejos de bandejas precalentadas de la sección de congelados del supermercado. Cuando coincidía con el turno en que estaba Miranda, pasar el rato en la cafetería se convertía en un suplicio, porque como buen «masoca» no podía dejar de mirarla. Y había descubierto que no solo era una chica preciosa, sino que además era simpática, divertida, amable... Y si tenía la suerte o la desgracia de ir cuando ella no estaba en el turno, aún era mucho peor, pues Melisa había cogido la costumbre de hablarle de su hermana, de lo buena e inteligente que era, de lo mucho que valía, de lo trabajadora y resolutiva que se mostraba siempre... como si quisiera convencerle de algo que, por desgracia, ya había descubierto solo. Jhett se sacudió de encima esos pensamientos.

Vale, era una chica guapa, simpática y lista, ¿y qué? Había miles de chicas guapas en Miami, Lucy, sin ir más lejos, lo era, estaba un poco chiflada, pero era preciosa, sin embargo, esa rubia aficionada a pasar por el quirófano, no era quien ocupaba sus pensamientos, ¿qué le sucedía? Y aunque quisiera negárselo a sí mismo, sabía cuál era la respuesta, simplemente que no podía dejar de pensar en ella, en Miranda. Gruñó molesto y se dio cuenta entonces de que se había detenido, sin tan siquiera pensarlo, casi frente a su apartamento, de donde había salido hacía apenas un rato. Y lo que era peor y le hacía sentirse aún más estúpido, no sabía hacia dónde dirigirse y empezaba a sentirse demasiado hambriento para poder

pensar con claridad.

—Necesito un café —se lamentó.

Jhett giró sobre sí mismo y mientras gruñía un sinfín de maldiciones puso de nuevo rumbo a la cafetería, cruzando los dedos con la esperanza de que ella no estuviera... ¿o quizás los cruzaba para poder encontrársela?



Miranda salió a toda prisa de detrás del mostrador, colocados de manera estratégica sobre el brazo izquierdo llevaba los platos de la mesa cuatro, mientras que con la mano derecha sostenía la cafetera y rellenaba las tazas que veía vacías de camino a su destino. Giró sobre su propio eje para dejar los huevos revueltos y las tostadas en la mesa cuatro y, antes de volver sobre sus pasos, recogió un par de platos vacíos de otra mesa y pasó un trapo para limpiarla.

—¡Ha quedado libre la siete! —gritó en dirección al mostrador.

—¡Oído!

—¿Qué os pongo? —Miranda llenó las tazas, y una sonrisa que parecía perenne asomó en su rostro, mientras aguardaba para anotar el nuevo pedido.

—¿Qué tal el especial del día?

—Buenísimo.

—No será muy grande el plato, ¿no?

—No se preocupe, si le sobra algo puedo ponérselo para llevar.

—Dos especiales entonces.

—Perfecto, en seguida estarán listos.

La puerta se abrió haciendo sonar la campanilla, Miranda se giró a tiempo de ver cómo el nuevo cliente se sentaba en la mesa del fondo. Dejó la nota sobre la barra antes de dirigirse al fondo del local.

—¡Vaya!, buenos días —saludó ampliando su bella sonrisa.

—Buenos días —respondió de un modo un tanto huidizo, apenas sin mirarla.

—¿Qué quieres tomar?

—Unas tortitas y beicon —respondió sin consultar la carta.

—¿Café?

—Sí, gracias.

—¿Alguna cosa más?

—No, eso es todo

—Estará listo en un momento —dijo y a punto estaba de preguntarle si le pasaba algo, pues parecía un poco pálido, pero al ver que él desdoblaba el periódico y no parecía tener ganas de entablar conversación desistió del intento.

A pesar de ser domingo, a esas horas el local estaba abarrotado, era un hervidero de clientes entrando y saliendo, algunos de ellos ni siquiera esperaban a que se vaciara una mesa y preferían tomarse el café en la barra. También era el día en que muchas familias acudían a la cafetería para desayunar allí en vez de hacerlo en sus casas, y muchas de las mesas estaban ocupadas por niños ruidosos que pedían un poco más de azúcar o una galleta más con un tono de voz más estridente de lo normal. Las risas y el buen humor se palpaba en el ambiente, salvo en la mesa del fondo, donde uno de los clientes daba buena cuenta de su desayuno cabizbajo y sin apartar la vista

del periódico del día, aunque eso no era del todo cierto, de vez en cuando y de forma casi furtiva, elevaba la mirada y buscaba por el local el reflejo de una melena castaña, una sonrisa fugaz dirigida a algún otro cliente que pedía ahora un zumo de naranja y unas tortitas, o el destello de sus ojos mientras apuntaba un nuevo pedido. Incluso, aunque trataba de no hacerlo, no podía evitar fijar su mirada en sus caderas y jugar a imaginar sus muslos bajo el uniforme. Se maldijo por ello, y de nuevo trató de centrar su atención en las noticias de deportes, pero ni el buen resultado de su equipo de rugby le ayudó a eludir esa sensación de culpa.

Mientras tanto, Miranda estaba tan ocupada que ni siquiera había reparado ni en una sola de esas miradas que Jhett le dirigía desde el extremo más alejado de la cafetería.

Jhett terminó su desayuno con rapidez, pagó dejando una generosa propina y se fue casi con la misma urgencia con la que había llegado. Miranda lo vio desaparecer calle abajo, caminaba muy deprisa, como si algo lo empujara a alejarse de allí.

—Es guapo.

—Pssss —dejó escapar un bufido y se obligó a apartar la mirada de la cristalera.

—Bueno vale, no es David Gandy, pero es muy mono.

—¿Por qué siempre haces eso, Mel? —Miranda se apoyó sobre la barra para alcanzar un par de cubiertos.

—¿Qué hago? —se defendió.

—Vamos, Mel, que nos conocemos...

—Va, no te enfades.

—No me enfado. Solo quiero que dejes de intentar emparejarme...

—Miranda, tan solo quiero verte feliz.

—¿Y un tío tiene que darme esa supuesta felicidad?

—Nunca lo has intentado —se quejó Melisa, recogiendo los platos de la ventanilla de la cocina.

—¿Y qué?

—Nada —dijo saliendo de detrás del mostrador—, solo digo que podrías divertirte un poco, solo eso, algo de diversión.

—Me lo pensaré —respondió Miranda dejando el delantal sobre la mesa—. Clarise me ha pedido que cierre hoy —dijo secando sus manos en uno de los trapos—, voy a ir a casa ahora que no hay demasiada gente.

—Sí, vete y descansa.

Miranda caminaba mirando al cielo. Era de un azul intenso, sin una sola nube que lo empañara o enturbiara el color. Pensó en coger el coche y conducir hasta la playa, dar un paseo, y quizás incluso tomar un helado... pero desechó la idea casi de inmediato, estaba muy cansada. Cuando abrió la puerta del apartamento de Melisa, tuvo que empujar una de las cajas que había en la entrada. A pesar de haber trasladado casi todas sus pertenencias al trastero que había alquilado a Tom, el dueño del taller mecánico, todavía quedaban algunas cosas, sobre todo ropa, diseminadas por el apartamento de su hermana y pendientes de organizar y colocar en el lado del armario que le había cedido. Miranda se recordó a sí misma, una vez más, que todo eso era temporal, que esa situación no se alargaría por mucho tiempo, quería mucho a su hermana, se llevaban muy bien desde que eran niñas, Melisa siempre la había protegido y había cuidado de ella, pero todo el mundo necesita su espacio, y algo de intimidad. Tenía que encontrar algún sitio donde vivir. Se sentó sobre la mesa de la cocina y echó un vistazo a uno de los periódicos de hacía un par de días. Los últimos coletazos de noticias de la semana de la moda seguían torturándola, a todo color y en forma de tendencia.

Sacó el móvil del bolso y jugueteó con los números de la agenda. Respiró hondo, deslizó el dedo por encima del nombre de Mario, pero antes de terminar el recorrido que diera paso a la señal alzó el índice, bloqueó la pantalla y lo volvió a guardar, mientras se maldecía por su mala suerte. Su madre siempre hablaba del Karma, y que a la gente buena le pasaban cosas buenas.

—A la mierda el Karma —gruñó con cierto tono de rabia, dejándose caer encima del colchón—. A la mierda GioDee's y a la mierda todo.

Se despertó sobresaltada por el ruido estridente del despertador. Se incorporó en la cama y como sucedía cada vez que despertaba le costó ubicarse. Por un segundo deseó estar de nuevo en la casa de invitados de Giorgio, pero después de dos bostezos y un tropezón con las deportivas que estaban tiradas en medio del paso, retomó su vuelta a la realidad. Se lavó la cara y se secó con una toalla de mano. Se pasó el peine con cuidado y recogió la melena en una trenza que caía a un lado. Entró en la cocina, abrió la nevera y la volvió a cerrar casi de inmediato. Era tarde y debía ponerse en marcha para el turno de las cenas.

La cafetería no estaba tan mal. Miranda se repetía eso una y otra vez, porque en el fondo era verdad. Aunque cada vez que pasaba por el local vacío de la Segunda Avenida pensaba en su hermana y su antiguo sueño de montar una tienda de dulces y repostería. Se le daba tan bien la cocina, sobre todo los postres, sus tartas y pasteles eran exquisitos y tenía un talento innato para todo ese tipo de elaboraciones, a Miranda le daba mucha rabia que desperdiciara todo su talento sirviendo mesas y ayudando en la cocina de esa cafetería...

Se colocó el delantal y dio dos vueltas a las cintas para sujetarlo

alrededor de su cintura, tomó un trapo limpio que colgó de la cinturilla y se paseó por entre las mesas rellenas de tazas de café. Los clientes solían ser los habituales. Vecinos y trabajadores de la zona. Cada uno de ellos con sus costumbres y manías, gente humilde, sencilla, pero agradable. Había pocos incidentes, y cuando los había no solían tener la menor relevancia. Se sentía a gusto. No, no era el trabajo de su vida, pero Miranda tuvo que reconocer que tampoco estaba tan mal como había imaginado en un principio.

Las horas pasaron con rapidez, pero del mismo modo se fue acumulando el cansancio, no perdió la sonrisa en ningún momento. No se le daba nada mal el trabajo, había ideado un sistema para aumentar la eficacia y minimizar el tiempo de espera entre el pedido y el servicio, incluso había propuesto la idea de hacer encargos para recoger. Lo tenía todo pensado. A última hora la cafetería empezó a vaciarse, los clientes fueron desapareciendo poco a poco hasta que solo quedaron dos parejas tomando el último café.

—Tengo que irme —dijo Clarise pasando por su lado ya vestida de calle—. Miranda, de verdad que no sabes el favor que me haces.

—No tiene importancia —la interrumpió y le alargó las propinas que acababa de contar—. Toma, tu parte.

—¿Bromeas?, para ti, encima que vas a hacer tú sola el cierre...

—No es necesario Clarise, hoy por ti y mañana...

—Insisto —dijo dejando los billetes sobre el mostrador y desapareciendo por la puerta, una vez en la calle echó a correr en dirección a la parada del autobús.

Despidió a los últimos clientes y recogió los platos que quedaban sobre la barra. Subió, una a una, todas las sillas sobre las mesas, mientras tarareaba casi a voz en grito una canción que sonaba en su Ipod. Barrió y

fregó el suelo del local, lo que le llevó bastante más tiempo del habitual, pues siempre eran dos personas quienes cerraban, pero no le importaba, Clarise era una buena mujer, su nieto estaba enfermo y su hija entraba a trabajar en el turno de noche. Solo serían un par de días. Miranda apagó las luces de la cocina cuando comprobó que Jake, el cocinero, ya se había marchado, ni siquiera se había dado cuenta de si se había despedido, seguramente sí que lo había hecho y ella ni se había enterado en pleno éxtasis musical, mientras cantaba a pleno pulmón, alguna de sus canciones favoritas.

—¿Estás sola? —la profunda voz de Jhett la sorprendió por la espalda.

—¡Joder!, casi me matas de un susto —dijo llevando una de sus manos al corazón.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—Pues lo has hecho, no te he oído llegar.

—Deberías, al menos, cerrar la puerta —repuso entrando en el local y echando la llave.

—Cierto, error de novata.

—En este barrio esos errores se pueden pagar caros.

—Quizás lo haya hecho a propósito —susurró Miranda cogiendo dos cervezas de la nevera, las abrió y dejó una de ellas frente a Jhett, que dio un trago y la dejó en el mostrador—, para que te vieras forzado a venir a socorrerme. Incluso tenía contratados a dos actores que harían de ladrones y yo habría chillado pidiendo auxilio...

—¿Y donde están?

—¿Quiénes? —preguntó, dándose cuenta que se había quedado embelesada por sus profundos ojos.

—Los actores.

—¡Oh! se habrán retrasado, en este barrio cuesta encontrar gente puntual.

—No nos tomamos el trabajo muy en serio —respondió dando buena cuenta de la lata— ¿Y si no llego a pasar por aquí?

—No era un plan demasiado estudiado...

—La próxima vez deberías elaborarlo un poco más —sugirió mientras daba otro trago a la cerveza, cuando Miranda alzó los ojos vio que él estaba sonriendo y se formaban dos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

—Vaya, parece que estás de mejor humor que esta mañana.

—Bueno, en parte he pasado para disculparme, quizás no estuve muy comunicativo...

—Eh, no te preocupes, todos tenemos días malos, incluso semanas y meses... —su voz denotó un ligero tinte de tristeza, que a pesar que ella trató de camuflar con un sorbo de cerveza, no pasó desapercibido para Jhett.

—Vamos, que todo tiene arreglo, seguro que en poco tiempo te reirás de todo esto. Deberías buscarte alguna distracción...

—¡Vaya!, ¿te has puesto de acuerdo con mi hermana? —y su voz volvió a recuperar el tono jocoso de siempre—. Está empeñada en que debo divertirme, ¡no quieras saber cómo...! —dijo dando otro sorbo de cerveza.

Jhett soltó una carcajada y la sensación de estar cometiendo un error le abandonó, más bien el sentimiento de que esa chica era especial aniquiló cualquier otro que pudiera sentir. Su mirada se adhirió a ella, como si una fuerza sobrehumana le empujara a no perder detalle de lo que hacía. Analizó cada pequeño gesto, cada mirada, cada movimiento, esa manera de colocarse un mechón de pelo tras la oreja, o de morderse el labio inferior... así era él, le gustaba conocer a qué se enfrentaba, tenerlo todo estudiado antes de proceder a dar el golpe. No podía dejar nada al azar. No podía cometer ningún fallo. No podía dejar que nada le sorprendiera.

Miranda colgó el delantal en el gancho, tiró las latas vacías a la basura y cerró la bolsa para sacarla al callejón de atrás.

Caminaron despacio por las desérticas calles de Little Havana, envueltos en un silencio algo incómodo. Jhett se sorprendió a sí mismo no sabiendo qué decir. Esa mujer le intimidaba. Continuaron paseando hasta llegar frente al apartamento de ella, y se maldijo por no haber sido capaz de juntar más de tres palabras seguidas, ¿qué había sido de su aplomo y determinación?, ¿de su fama de Don Juan?, ¿de su cara dura y la labia que allanaban terrenos y abrían puertas?

—Entonces, me recoges mañana a las siete.

—¿Perdona? —no pudo evitar tartamudear al cogerle por sorpresa.

—¿Es que no pensabas invitarme a salir? —se extrañó Miranda, y se preguntó si habría malinterpretado sus silencios.

—Yo... ahhhh —pero ya estaba perdido, con una sola sonrisa ella ya había derribado todas sus barreras—. Sí —reconoció recuperando algo de aplomo.

—Pues no llegues tarde, odio la impuntualidad.



Tiró con fuerza de la rueda hasta desencajarla y observó cómo rebotaba un par de veces hasta detenerse del todo. Tenía, como siempre, las manos llenas de grasa. Le gustaba esa sensación, el olor a gasolina, el sonido de los motores, la velocidad, el asfalto, había nacido para ello, no le cabía la menor duda. Amaba todo lo relacionado con el mundo del automóvil. Pasó el antebrazo por la frente para retirar los restos de sudor que habían empezado a perlar su rostro. Ya era pleno verano y como siempre, la humedad se le hacía

casi insoportable. El taller era como un horno, a pesar de los tres ventiladores colocados estratégicamente en el techo para que, al menos, el aire no se estancara.

—Tienes que llevarla a un buen restaurante —prosiguió Carlos, al pasar por su lado con las piezas recién llegadas de fábrica, para arreglar un Corvette—. Esa no es como las guarrillas con las que acostumbras a salir, tienes que impresionarla.

—¿Quién dice eso? —inquirió sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿En serio no has planeado nada? —ahora era el Mexicano quien hablaba.

—Este se cree que puede impresionarla con su gran...

—¿A qué te la tragas?

—La po... —pero no se atrevió a terminar la frase.

Jhett alzó la llave inglesa en actitud amenazante, llevaban toda la tarde igual, maldecía el momento en que había comentado su «cita», ¿cita?, ¿podía considerarse una cita? Resopló de nuevo y se centró en lo que tenía entre manos. «¡Mujeres!» maldijo para sus adentros, como si no hubiera tenido bastante con la última chiflada que se había cruzado en su camino.

—Tienes que causar una buena primera impresión.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque solo tienes una oportunidad de darla —adujo el Mexicano, que se había sentado en el asiento del piloto e intentaba, infructuosamente, arrancar el motor—. Además... trabaja en la cafetería —soltó como si se tratara de una sentencia y con esa información su compañero

tuviera suficiente para saber qué quería decir. Y tampoco le aclaró mucho más cuando descendió del coche cerrando de un portazo, molesto porque no había logrado su propósito.

Jhett alzó la mirada, por un momento dudó y estuvo a punto de maldecir de nuevo, hasta que se dio cuenta por dónde iba el comentario del Mexicano. Como no saliera bien, a ver cómo volvía a la cafetería un día sí y otro también. Vaciló. No era una buena idea, no lo era, y no solo porque Miranda trabajara en la cafetería donde comían, sino porque él había sido el causante de... no quería ni volver a pensarlo.

—Ahora no te rajes eeehhh —le provocó Carlos, entre carcajadas.

—¡A la mierda! —soltó de pronto, recobrando la tranquilidad—. Ninguna mujer se resiste a mis encantos.

—¡Ya salió el machito!

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Venga Carlos, déjale —Tom permanecía sentado en uno de los bidones mientras bebía una cerveza a pequeños sorbos—, solo es una más, nada especial, solo una cara bonita y un buen cuerpo.

No, no era especial, Jhett tomó aire, colocó la rueda y uno a uno ajustó todos los tornillos. Solo era la chica del Aston Martin, ¿qué importancia podía tener eso? Ella no le había visto, NADIE le había visto, era el mejor.



—¿Tejanos para una cita? Estás loca —sentenció.

—Miranda, cariño, esto no es... ppff a ver, ¿cómo te lo explico?... esto

es Little Havana, y Jhett no es uno de esos hombres de negocios, ni...

—Quieres decir que la cita consistirá en comer unos tacos y unos refrescos sentados en el coche.

—Bueno yo no he dicho eso, pero...

—Pero lo piensas, y aun y así me animas a salir con él.

—Bueno, te animo a salir, yo lo que quiero es que te diviertas un poco.

—Comiéndome un *sándwich*.

—¡Vale! —exclamó Melisa, alzando ambas manos—. No he dicho nada, ponte lo que quieras y ya después me cuentas.

—No, no... —dijo tirando el vestido negro sobre la cama—. Si tienes razón, a ver si me lo voy a manchar con ketchup, ¡que es un Versace!

Miranda miró entonces en el interior del armario donde colgaban algunos de sus vestidos, otros, por desgracia, seguían doblados y abandonados en una de esas cajas de cartón en las que se lo habían metido todo. Pasó las perchas con rapidez, descartando mentalmente todo lo que veía colgado, demasiado bonito, demasiado elegante, demasiado atrevido... Llegó finalmente a la zona de los vaqueros, pero se negaba, a pesar de todo, a ir a una cita vestida de sport.

—Déjame algo, anda... —le suplicó entonces a Melisa.

—¡Pero si tú tienes más ropa que yo!

—Yaaaa.... pero no es ropa para una cita con un chico de Havana...

—¿Y la mía sí?

—Bueno... eso lo sugieres tú, no yo —aclaró haciendo un mohín.

—Rrrrgggg ¡si lo sé me quedo viendo la tele!

—Pero has venido a cotillear, así que déjame algo. ¡El vestido rojo!

—¿Cual?

—El que llevaste aquel día... a... sí... ¿dónde fue?, uno rojo con el lazo negro... —Miranda se dirigió al armario de su hermana y sacó un vestido de tirantes anchos, no demasiado sexy, ni demasiado formal, un vestido que, a decir verdad, la «vieja» Miranda no se habría puesto nunca—. Aunque el lazo es horrible.

—¿Perdona?, el lazo queda divino.

—Mel... —alargó la pausa algo más de lo necesario y pensó las palabras que debía utilizar para no herir la sensibilidad de su hermana mayor —, no tienes ni idea de moda.

—¡A que no te lo dejo!

—Sí, porfiiiiiii.... Este, con las sandalias negras es perfecto para un paseo por la playa o para un batido en la bolera. Es un vestido comodín.

—Tú sí que eres un comodín —se quejó la hermana ayudándola a abrocharse la cremallera trasera—. Anda ven, voy a peinarte.

—¿Vas a hacerme trenzas como cuando era una niña?, las apretabas tanto que no podía ni estornudar.

—Que exagerada eres —se quejó Melisa cogiendo el peine y empezando a deslizarlo por la cabellera de su hermana—. Tienes el pelo precioso.

—Eso es el elumen, da un brillo increíble... Aunque a partir de ahora tendré que comprarme mascarilla del supermercado.

—Bueno yo tengo vales de descuento —propuso conteniendo la risa.

—¡Idiota!

Melisa terminó de cepillar el pelo a Miranda y observó cómo terminaba de arreglarse frente al espejo del baño. No sentía demasiado entusiasmo de que su hermana pequeña saliera con Jhett, no era un mal tipo,

al contrario, le tenía aprecio, pero no era la clase de hombre que le gustaba para su hermana. Ella merecía algo mejor, tenía que volver a salir del barrio, no condenarse en él, ni en una relación sin futuro como le había ocurrido a ella, malgastando los mejores años de su vida con un hombre que no había sabido valorarla y que la había dejado tirada en cuanto se le puso a tiro una zorra siliconada. Eso no podía pasarle a ella.

Miranda miró el reloj, faltaban cinco minutos para las siete, cuando el timbre sonó.

—¡Espera! —exclamó—, dile que bajo en cinco minutos.

—Pero si ya estás lista.

—¿Y?

—¡Joder! Miranda, has vivido demasiado tiempo entre estrellas...

—Y la que tiene que salir a divertirse soy yo... —se quejó cogiendo las llaves y metiéndolas en el bolso.

—Pásalo bien.

—Prepara un antiácido, nunca me ha sentado bien el *Fast Food*.

Jhett encendió un cigarrillo dispuesto a esperar apoyado en el capó del coche, pero antes de tener tiempo de dar una sola calada la vio aparecer. El vestido de color sangre se apretaba a su cintura marcando sus caderas, y el discreto escote hacía que la mirada se desviara al largo de la falda, que sin ser exagerado resaltaba sus piernas, que terminaban en unos altísimos tacones. Jhett la miró de arriba abajo sin el menor disimulo, casi con descaro. Miranda le pareció simplemente perfecta, y no tenía necesidad de utilizar artificios para fingir ser algo que no era. Guardó el cigarrillo y salió a su encuentro, dudó un instante y fue ella la que tomó la iniciativa de situarse ante la puerta del coche y esperar a que se la abriera.

—Y bien —dijo ella cuando se hubo acomodado en el asiento—, ¿dónde vamos?

—Me lo has puesto difícil...

—¿Yo? —preguntó un tanto desconcertada— ¿Por qué?

—Haces que parezca nuevo en esto —sonrió Jhett incorporándose a la carreta y dando gas a fondo, le encantaba como rugía el motor de ese Toyota Solara—, normalmente no me tomo tantas molestias.

—Vaya, las chicas estarán encantadas contigo.

—Pues nunca he recibido ninguna queja...

—¿Y por qué yo soy diferente? —preguntó no muy convencida de querer escuchar la respuesta.

Jhett la miró de reojo, y pensó que no hacía falta contestar a esa pregunta porque saltaba a la vista, al menos él así lo sentía.

—Bueno, supongo que tienes el pedestal de citas muy alto, modelos, actores, diseñadores...

—Conversaciones aburridas, egos hinchidos, negocios, trabajo...

Jhett soltó una carcajada tan franca y espontánea que logró contagiarla. Se sentía a gusto, a pesar de esa especie de sentimiento de culpa recurrente y de los nervios iniciales, tan solo habían bastado cinco minutos para que todo eso se desvaneciera por completo. Miranda se movió inquieta en el asiento, pasó las manos por la falda del vestido, estirando levemente hacia abajo con discreción, la tela era gruesa y con poca caída, si su antiguo jefe o alguno de sus compañeros la vieran ahora, no la reconocerían.

—No me has respondido —cortó el silencio retomando la pregunta inicial.

—Empezaremos por unos tacos del TacoBell, y seguiremos con un mojito en el club de un viejo amigo cubano... —puso el intermitente y adelantó, a gran velocidad, a un par de coches, no pudo evitar mirarla de soslayo. Su cara era un poema, la expresión de su rostro reflejaba algo parecido al horror y no pudo aguantar por más tiempo la carcajada que pugnaba por salir—. Era broma —siguió riendo—. Lo verás cuando lleguemos.

—Cuando lleguemos ¿dónde?

—A donde vamos.

—Ya, pero ¿dónde es eso? —insistió, aunque no obtuvo respuesta.

Jhett volvió a soltar una risotada y apretó más el acelerador, Miranda que le miraba de reojo de tanto en tanto, no parecía inquietarse por la velocidad ni por la conducción agresiva de él, puede que se debiera a que ella notaba su seguridad al volante, como si el coche se hubiese convertido en una prolongación de su propio ser. Ahora entendía por qué le llamaban Turbo.

—Eres impaciente.

—Y muy exigente —Miranda reconoció de inmediato la dirección que habían tomado, le miró de soslayo, no parecía un tipo al que le gustara frecuentar los locales de moda, a decir verdad, ni siquiera se había preguntado nada de él, sobre sus gustos, o aficiones... aunque saltaba a la vista que uno de sus hobbies debía estar ligado a los coches, más allá de eso, solo sabía que trabajaba de mecánico en un taller cerca de la cafetería y que le gustaba el café solo, no se había planteado nada más. Jhett era un misterio —. Ocean Drive.

—No vas a dejar que te sorprenda, ¿no?

—Bueno, algo sorprendida sí que estoy... —cuando Jhett detuvo el coche en James Avenue, Miranda maldijo no haber elegido el Versace negro que había quedado sobre la cama, y pensó que no debería haber hecho caso a su hermana.

—¿Ya habías estado aquí? —preguntó abriendo la puerta del coche y tendiéndole la mano para que descendiera.

—El Ola —comentó mientras paseaba la mirada por el Hotel Sanctuary, donde estaba ubicado uno de los mejores restaurantes de comida latina de Miami—. No, la verdad es que no.

—Mientes —sonrió.

—Nooo, de verdad. Jo... si lo llego a saber —dijo mirándose.

—Estas preciosa...

—¡Ja!, si crees que con esto —dijo señalando su vestido— estoy preciosa... deberías haberme visto con el Versace, estaba espectacular.

—Vaya, ahora me veré obligado a pedirte una segunda cita.

—Aún no sabes cómo va a ir la primera...

—Ya, pero ahora quiero verte con ese vestido.

Jhett se hizo a un lado para cederle el paso en la escalera de acceso al Hotel Sanctuary, subieron los escasos escalones que les separaban de la puerta y una vez en el interior se dirigieron directamente al salón donde está ubicado el mejor restaurante de comida cubana de todo Miami, el Ola at Sanctuary, un espacio confortable y elegante, con una amplia carta de platos sabrosos y bien elaborados, y un ambiente agradable. Miranda se detuvo a mirar las fotografías que colgaban de las paredes mientras les acompañaban a la mesa que tenían reservada. A pesar de que había acudido al hotel en numerosas ocasiones para preparar entrevistas o alguna sesión de fotos con

las modelos, nunca había comido en su afamado restaurante. Les acomodaron en una mesa situada cerca de una gran cristalera, desde donde pronto empezaría a filtrarse la luz de la luna.

—¿Por qué me invitaste a salir?

—En realidad me invitaste tú —sonrió Jhett, cogiendo la copa que acababan de dejar sobre la mesa.

—Bueno, solo agilicé el trámite —concedió ella—. Melisa dice que eres un buen tipo, y que yo debo divertirme después de... bueno ya sabes, lo de perder mi trabajo y eso...

—Así que soy tu entretenimiento —dejó caer su cuerpo hacia atrás con fingida molestia, mientras ojeaba la carta, sin decidir todavía qué seleccionar.

—No quería decir eso... o no de ese modo, haces que suene horrible...

—No, no... Está bien, soy un hombre objeto. Me gusta.

Miranda soltó una carcajada que provocó que la pareja que estaba cenando en la mesa de al lado se girara para mirarla. Jhett era un tipo divertido, le gustaba su forma de hablar, de moverse... Su forma de comportarse, de desenvolverse, en realidad todo en él hacía pensar que tenía mucha confianza en sí mismo. Un auténtico chico de Little Havana, sin duda, de los que habían crecido y mamado la chulería en las calles.

—Cuéntame algo de ti —propuso Miranda después de indicar al camarero su elección.

—¿Qué quieres saber?

—Hummm no sé... ¿Naciste aquí?

—¿En Estados Unidos? Sí, soy norteamericano.

—Y muy gracioso...

—Eso también —pasó las manos por su pelo de manera distraída—. Sí, nací aquí en Miami.

—¿Qué significa eso? —preguntó señalando su mano.

—¿El tatuaje? —arrugó el ceño—. Una mala decisión.

—¿Te tatúas todas las malas decisiones?

—Solo las que cambian mi vida.

—Vaya, que profundo... —entrecerró los ojos y le asaltó la idea de que ese hombre no solo era un misterio, como ya había advertido antes, sino un misterio que le apetecía resolver—. ¿Cárcel?

—¿Me estás llamando delincuente? —susurró echando el cuerpo hacia delante para que nadie pudiera oírles—. Tal vez... ¿cuál crees que podría haber sido mi delito?

—Hummm... no sé, supongo que necesitaré un par de citas más para descubrirlo —engoló la voz para hacerla más profunda.

—¡Vaya, esto promete! —exclamó golpeando la mesa con la palma de la mano.

Jhett se irguió en su asiento, echando de nuevo su cuerpo hacia atrás, cuando llegó el camarero con los entrantes, pero sus ojos no se habían apartado de los de su compañera, tan claros y profundos. Estaba hipnotizado. También ella lo estaba, parecía fascinada. Si hacía escasas horas había calificado esa cita como un mero pasatiempo, un modo de distraerse y salir de casa, ahora sentía que el hombre que estaba sentado frente a ella le incitaba a un juego al que le apetecía jugar.

Las horas pasaron con rapidez, parecía que se lo estaban pasando bien, disfrutando de la velada y de su mutua compañía, entre copa y copa de vino, compartieron confidencias triviales, sin demasiada trascendencia. Al

final de la noche, cuando abandonaron el restaurante, Miranda parecía sentirse un poco mareada. Jhett pasó el brazo por su breve cintura y la pegó a su cuerpo, mientras caminaban por las abarrotadas calles de Miami Beach, en dirección a la arena de la playa.

Miranda se tambaleaba ligeramente, y no podía parar de reír, le dolía la mandíbula de tanto hacerlo. Respiró el olor a mar, a salitre, y a libertad. No recordaba la última vez que se había sentido así, sin ataduras, sin responsabilidades ni obligaciones, en los últimos años casi había olvidado qué era ser feliz.

—¡Grítalo! —animó Jhett, entre risas—. Venga Miranda...

—A la mierda GioDee's...

—Más fuerte —dijo soltándola.

—¡¡¡A la mierda Giorgio!!!, a la mierda el Desing District, a la mierda todo... —lanzó una carcajada—. ¡A la mierda el puto Aston Martin! —chilló con todas sus fuerzas, se tambaleó y cayó de rodillas al suelo.

—Venga princesa, suficiente por esta noche.

—Vamos a tomar la última —arrastró mucho las palabras.

—Ooohhh nooo... —Jhett le tendió la mano y ella aceptó su ayuda para levantarse— no quiero que tu hermana se cabree conmigo.

—Solo una, vaaaaa...

—No Miranda, voy a llevarte a casa.

—No seas aburrido.

—Miranda...

Jhett observó esos ojos, enmarcados en unas largas pestañas, perfectamente peinadas con rímel, carraspeó nervioso y dio un paso atrás mientras Miranda, embriagada y fuera de control se movió buscando el

contacto con el cuerpo de su acompañante, y al encontrarlo, se alzó sobre las puntas de sus pies para alcanzar sus labios. Jhett, echó su cabeza hacia atrás en un movimiento rápido, y esquivó ese beso con sabor a inconsciencia, no quería dejar en los labios de ella la impronta del arrepentimiento. Miranda le miró un tanto molesta, fue a decir algo, pero permaneció callada, apartándose de él y evitando incluso sus brazos, que trataban de sostenerla, se tambaleó de nuevo, pero consiguió mantenerse en pie.

—Llévame a casa.

—Claro —susurró él, mientras la seguía hasta el coche.



—Sssshhhhhh no grites —gruñó tapándose la cabeza con la almohada.

—Veo que te lo pasaste bien ayer.

—No, no sé, sí, es posible...

—¿Si?, ¿puede?, ¿no sé? —Melisa protestó divertida, saltó sobre la cama y tiró de la almohada que cubría la cabeza de su hermana hasta conseguir quitársela—. ¡¡¡¡Pero cuenta!!!! —instó—. ¿Lo pasaste bien?, al fin y al cabo, era de lo que se trataba.

—Siiii... Fuimos a Oceans Drive.

—¡Wow! —exclamó—, ¿y... cena, copas?... ¿Bailaste?

—Mel —se incorporó apoyando los codos sobre el colchón para terminar recostando su espalda sobre los almohadones, pasó las manos por su enmarañada melena, se observó en el espejo de refilón y a punto estuvo de que su corazón se parara de repente—. ¡Joder!

—No te desmaquillaste.

—Pe... pero... brrrgggggg —refunfuñó, bajó de la cama aún algo tambaleante y se dirigió al tocador, abrió el primer cajón y rebuscó hasta encontrar unas toallitas húmedas para limpiar los restos de rímel que habían embadurnado el contorno de sus ojos e incluso sus mejillas, después la ducha y la crema desmaquilladora harían el resto—. Creo que bebí demasiado, me duele la cabeza, ¿tienes...? —no había terminado de formular la pregunta cuando Melisa le alcanzó un bote de analgésicos y un vaso de agua—. ¡Que previsora! —murmuró antes de llevarse un par de pastillas a la boca y tragarlas.

—Me alegra que lo pasaras bien —dijo ella calzándose las deportivas—. Esta tarde espero salir un poco antes, si quieres podemos ir a cenar a algún lado.

—Podríamos ir al cine —propuso Miranda, tirando la toallita a la papelera del baño antes de observarse de nuevo en el espejo, tenía bastante mejor pinta.

—¡Genial! Bueno, siempre que no hayas quedado con...

—¿Qué? no, tranquila, creo que se trató de una cita única.

—¿No te divertiste?

—Sí.

—¿Entonces? —Melisa se recogió el pelo en un moño mientras observaba a su hermana, la conocía mejor que nadie. Miranda desvió un segundo la mirada, lo que le dio a entender que algo había pasado durante la noche, algo que a Miranda le habría sido imposible de encajar, ella siempre tenía las cosas muy claras, y no soportaba que algo escapara a su control...

—Intenté besarle y... me hizo la cobra.

—¡Vaya! —ahí estaba, Miranda se había molestado, seguramente era la primera vez que un tío la «rechazaba»—, pero a ver... —miró el reloj— ¡Joder!, voy tarde —resopló—. ¿Qué quieres decir con que te hizo la cobra?

—Pues eso, nos lo estábamos pasando genial, cenamos, bebimos vino, fuimos a la playa, intenté besarle, se apartó y me trajo a casa.

—Vaya con Jhett, no pensé que fuese tan caballeroso —dijo entre sorprendida y admirada—. Cariño... seguramente estabas demasiado bebida, tómatelo como un halago, cualquier otro tío en la misma situación te habría metido la lengua hasta la campanilla —Melisa besó a su hermana en la frente a modo de despedida— o quizás algo peor —susurró antes de desaparecer de la habitación en dirección a la puerta del apartamento.

—No, si encima tendré que estarle agradecida.

—Pues deberías.

El portazo no amortiguó en absoluto esas últimas palabras que se clavaron en ella como dos puñales. ¿Debía estar agradecida de que la rechazara?, se preguntó, y casi de inmediato supo la respuesta, Melisa tenía razón, aunque no estaba dispuesta a admitirlo. Cogió su ropa y se metió en el baño, con ganas de disfrutar de su día libre sin hacer nada. Y ese no hacer nada empezaba por darse una ducha de más de una hora, seguida de un café bien cargado y posiblemente otro analgésico. Presionó sus sienes para intentar mitigar el dolor que sentía, pequeños flashes de la noche anterior volvían a ella con mayor o menor nitidez, pero lo que se había grabado a fuego era la sensación de rechazo cuando él se apartó.

Y sin hacer nada llegó el mediodía, salió del apartamento sin tener muy claro dónde ir. Jules le había comentado que podían quedar algún día para comer o simplemente charlar un rato, pero el último mensaje que le había enviado no había obtenido respuesta. Se sentía sola. Su vida había sido aniquilada de raíz por culpa de un Aston Martin. Había luchado mucho para llegar hasta allí, y todo se había esfumado frente a sus ojos, y ahora se encontraba de vuelta en el barrio, de vuelta a no ser ni tener nada.

El móvil vibró en el interior de su bolso, se sobresaltó, algo que antes sucedía constantemente ahora la cogía con la guardia baja. Cuando deslizó el dedo por la pantalla vio que tenía un mensaje de un número desconocido.

«Siento que la velada no terminara del todo bien, pero me gustaría probar de nuevo, incluso en el baseball hay tres strikes»

Miranda resopló un tanto molesta. «¿Una analogía deportiva?», pensó. Odiaba el baseball y el deporte en general. Dejó caer de nuevo el móvil dentro del bolso y siguió caminando sin rumbo fijo, alejándose del barrio, simplemente necesitaba pensar, o quizás precisamente todo lo contrario y lo que debería hacer era no pensar en nada. Su móvil volvió a vibrar, su corazón se aceleró y su estómago dio un vuelco, actos totalmente involuntarios, y por los que se reprendió de inmediato.

—Seré idiota —pero no pudo evitar deslizar la mano dentro del bolso y desilusionarse al ver que era un mensaje de publicidad. Bloqueó la pantalla y cuando iba a dejarlo de nuevo, se lo repensó y tecleó con rapidez un mensaje escueto.

«Que yo recuerde no te di mi número»

Aguardó un instante observando la pantalla y de pronto el consabido mensaje de «está escribiendo» apareció bajo ese número desconocido que, de inmediato guardó en la agenda. Siguió esperando, pero el mensaje no llegó, se impacientó y se enfadó por impacientarse.

«Aunque creo que hay muchas cosas que no recuerdo»

También en esta ocasión los dedos se movieron por el teclado con celeridad y lo envió antes de arrepentirse. Había caminado sin rumbo durante un buen rato, cuando quiso darse cuenta comprobó que había llegado cerca de Marlins Park. Miró alrededor, esa zona había cambiado mucho en los últimos años, recordó con nostalgia cuando siendo una niña iba allí con sus padres, fueron tiempos muy felices. Miranda miró el móvil de reojo, como si al hacerlo de ese modo fuera a sentirse menos ridícula por decepcionarse al no descubrir nada, o peor aún, por emocionarse al comprobar la llegada de un nuevo mensaje.

«Espero que recuerdes que nos lo pasamos bien, y que me debes una cita con un Versace negro. Te recojo a las 7».

—¿Qué? —exclamó enojada, mirando al teléfono, ¿qué se había creído, que no tenía otra cosa qué hacer?, pensó más furiosa, si cabe—. Aaahhhh no... —rugió.

—¿Por qué no?

—¡Joder! —gritó sobresaltada—. Pero... ¿qué haces aquí?

—Llevo un rato siguiéndote —se burló.

—¿Qué eres?, ¿un acosador?

—No, que yo sepa... Te he visto salir.

—Y has decidido seguirme, ¿seguro que no eres un acosador?

—Lo prometo —dijo poniendo la mano extendida sobre su pecho.

Jhett saltó el respaldo del banco para sentarse justo a su lado. El calor era sofocante, a esas horas el aire se hacía casi irrespirable. Clavó su mirada en la de ella, llevaba el pelo húmedo, y se rizaba en las puntas, su rostro lucía limpio, sin maquillaje, y sus ojos, en ese preciso instante mostraban

desconfianza. No entendía qué le pasaba cuando la miraba, era algo que no había sentido nunca con ninguna otra mujer, y podía dar fe que había conocido bastantes. ¡Y de entre todas ellas, tenía que ser precisamente la chica a quien había robado el coche, quien le hiciera sentir así!

Miranda deslizó la mirada por su acompañante. Vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta de fútbol americano, completaba su atuendo con unas deportivas gastadas de un color que, en otra vida, bien pudiera haber sido blanco. De todos modos, le parecía arrebatadoramente atractivo, a pesar de su pelo demasiado largo y desaliñado, y la barba de dos o tres días, por no hablar de los tatuajes. Era la antítesis del buen gusto y la elegancia. Diferente por completo a cómo imaginaba a su hombre ideal, que en sus sueños vestía de traje e iba siempre bien peinado, afeitado y aseado, y por descontado no trabajaba en un taller. Al menos así era como habría descrito a su príncipe azul semanas atrás.

—Siento como terminó la noche, pero si me das una segunda oportunidad...

—No.

—¿Qué?, ¿no, y ya está? Wow... que cruel.

Miranda soltó una carcajada, se puso en pie, él la imitó. Era preciosa, y ese pensamiento le llevó a otros, de los cuales quería escapar.

—Quería decir —empezó a explicarse, mientras comenzaba a andar—, que no tienes que disculparte, al contrario, creo que soy yo quien te debe una disculpa, no acostumbro a beber tanto, de verdad. No... creo que... Te debiste llevar una impresión equivocada...

—Fue divertido.

—Pero yo no soy así.

—¿No eres divertida?

—No demasiado.

—Discrepo.

—Bueno conociste a una Miranda un poco fuera de control.

—Pues me gustó.

—¿Te gustó? —dijo parándose en seco.

—Demasiado.

—¿Qué quiere decir «demasiado»?

—Pues eso... creo que me gustaste demasiado.

—Y entonces por qué... —dejó que la pregunta muriera en sus labios.

—Porque habías bebido mucho... —respondió con vehemencia, pues sabía a qué se refería sin necesidad de que ella terminara la frase—. Cuando te bese quiero robarte el aliento, y que no tengas que arrepentirte por la mañana.

—Cuando me beses —repitió con cierto tono de incredulidad.

—Sí.

—Das por sentado que vas a hacerlo.

—Por supuesto.

—Eres «demasiado» arrogante —dijo poniendo énfasis en la misma palabra que él había usado tan solo hacía un momento, y soltó una carcajada—. Te veo muy seguro... —añadió cuando dejó de reír—, entonces según tú, ¿cuándo va a ser eso?

Con un ágil movimiento Jhett eliminó la distancia entre ellos, y la cogió por la nuca con firmeza, para evitar así que ella tuviera la tentación de devolverle el rechazo. Clavó la mirada en sus labios, jugosos y tentadores, y no se demoró en atraparlos con los suyos, no quería que nada ni nadie interrumpiera ese momento. Un escalofrío recorrió su cuerpo en ese primer

contacto, y su estómago se replegó sobre sí mismo, era una sensación nueva y desconocida para él.

Miranda se vio sorprendida por ese arrebato repentino y se dejó arrastrar por ese ímpetu buscando también sus labios y el contacto de su piel. Le gustó el sabor a menta fresca que dejaba la lengua de Jhett en el interior de su boca, y que su corazón se acelerara sin medida, mientras su respiración se agitaba. Pensó en Mario, y en que nunca había sentido algo así cuando él la besaba. Cerró los ojos y se abandonó, por unos segundos, a esa sensación maravillosa, mientras sus bocas iniciaban una danza a la que no quería poner fin. No importaba nada ni nadie, ni el encontrarse en medio de la calle, ni que todo a su alrededor siguiera su curso habitual, todo menos su mundo, pues supo en ese preciso instante, que acababa de cambiar por completo. Cuando él se apartó, Miranda abrió los ojos muy despacio, y descubrió frente a ella al hombre de su vida. Eso era lo que le gritaban sus entrañas.

—Wow —susurró, y se sintió ridícula por no haber sabido encontrar otra expresión más adecuada, pero a decir verdad ese beso la había dejado, literalmente, sin palabras.

—Wow —repitió él con una amplia sonrisa, encantado de haber sido capaz de robarle las palabras con un simple beso. Se sintió satisfecho, aunque quizás se hubiera sentido incluso exultante de haber sabido que, posiblemente, también le había robado el corazón, incluso aunque ella todavía no lo supiera, o de saberlo no quisiera admitirlo.

Miranda estalló entonces en una fuerte carcajada, no podía parar de reír bajo la atenta mirada de Jhett, que no sabía muy bien qué atenerse ni qué hacer, si reír con ella o sentirse molesto. No era esa la reacción que esperaba, en realidad se sintió algo decepcionado y pensó que probablemente no había

sabido interpretar la expresión de su cara cuando sus labios se separaron. No es que esperara que ella cayera rendida a sus pies jurándole amor eterno, pero sin duda tampoco que se riera así de él. Aguardó paciente hasta que sus carcajadas fueron disminuyendo en intensidad, se notaba el gran esfuerzo que estaba haciendo Miranda para controlar ese inoportuno ataque de risa.

—Lo siento —consiguió decir a duras penas— perdona, de verdad que lo siento...

—Estoy por largarme a llorar a alguna parte —medio bromeó él.

—Es que... —arrastró las palabras mientras intentaba dejar de reír— no te pareces en nada al hombre de mis sueños —confesó.

—Auuuuch —exclamó llevándose las manos al corazón fingiendo que un puñal lo atravesaba.

—Aunque no besas nada mal, eh... —le animó entonces.

—¿Nada mal?

—Bueno... —susurró ladeando la cabeza y mirándolo entre divertida y desafiante.

—¡Joder! —se quejó divertido—, supongo que entonces tendré que esforzarme si quiero conquistarte...

—Ahá... —musitó con un hilo de voz.

La cogió de nuevo de la cintura acercándola poco a poco a su cuerpo, ella cerró los ojos dispuesta a recibir un nuevo beso de esos labios carnosos que habían abrasado los suyos. Jhett ralentizó sus movimientos hasta detenerse a escasos centímetros de su boca, demorando el momento, alargándolo, disfrutando de ese instante previo, del calor de su cuerpo, de la calidez de su aliento y de la visión de su rostro que mostraba placidez.

—Pues a mí me parece, que para no haberte gustado... —susurró también, ahora ya, a escasos milímetros de su boca, con clara intención de no besarla.

—Ohhhh venga...

Miranda abrió los ojos, estaba tan cerca que había podido notar la caricia de sus palabras sobre sus labios. Sonreía. Entonces, fue ella quien eliminó la poca distancia que los separaba, deslizando su lengua en el interior de su boca para atraparla de una forma intensa y apasionada, dejando que sus alientos se confundieran. Fue un beso largo y profundo que la hizo estremecer y olvidarse de todo, dejando que la necesidad de sentir de nuevo la impronta de sus labios desbordara todo su ser. No quería que ese momento acabara. No quería pensar. No quería que él se apartara de su lado poniendo distancia entre sus cuerpos, no quería recobrar la cordura, ni escapar de ese instante de inconsciente locura.

CAPÍTULO 4

—Necesito el Aston Martin —exigió Jhett nada más cerrar la puerta.

—¿Un Aston Martin?

—¡No! no, no, no... «El» Aston Martin, el que robé hace unas semanas, el que vendiste al Ruso.

—Pero eso no es posible.

—Llámalo, dile que puedo robar otro o que le pago el doble de lo que él te pagó.

—¿¡Te has vuelto loco!?! Jhett, eso es imposible, diste un buen golpe y cobraste por él, asunto zanjado. ¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—El coche era del jefe de Miranda, aquel día lo conducía ella...

—¡Te has enamorado! —exclamó golpeando la mesa con ambas manos.

—¿Qué? ¡No!

—Amigo, estás dispuesto a pagar el doble por un coche que tú mismo robaste, lo siento compañero, eso es amor.

Jhett abrió la boca, pero no dijo nada, las palabras no surgieron a través de sus labios, se habían quedado atravesadas a la altura de la garganta y se atragantó con ellas, por lo que se limitó a hacer un elocuente gesto elevando su dedo corazón. Tom tenía razón, Miranda era lo mejor que le había pasado nunca, y necesitaba ese coche.

—Posiblemente ya estará desguazado —añadió advirtiendo la duda en sus ojos— o lo habrán enviado a algún país árabe —le sabía mal ver a su

chico tan abatido y colocó la mano sobre su hombro, presionando con firmeza—. Déjalo Turbo, y plantéatelo de otro modo, si no hubieras robado ese coche, jamás la hubieras conocido.

—Pero...

—Con el Ruso no se juega, bien lo sabes, olvida el tema del coche y disfruta de la chica. Venga, ¡lárgate! ¿Nos vemos mañana? —preguntó como solía hacer cada noche.

—¡No lo sé! —gruñó, antes de salir dando un portazo.

Fuera del despacho de Tom, en el taller, sus dos compañeros le observaron sorprendidos, no era algo habitual ver a Turbo discutir con el jefe, o quizás sería más acertado decir que ver a Tom contradecir en algo a su chico de oro parecía un espejismo. Jhett dio un puntapié a una de las cajas de herramientas, antes de salir a la calle seguido de sus amigos.

—¿Qué te pasa?

—Nada —gruñó, pero enseguida recapacitó y relajó su gesto, pues no podía explicarles nada y mucho menos hablarles de su «otro trabajo»—. Nada —repitió con voz más calmada—, solo un mal día.

—Hay que joderse, ¿tú tienes un mal día? —bromeó Carlos— con semejante bombón por novia... Este es tonto —añadió con sorna.

—Quizás Miranda ya se ha cansado de él por chingón y le ha dejado, es demasiado arroz para tan poco pollo —se burló el Mexicano.

—Qué arroz ni qué pollo ¡Hablad bien joder! —se quejó, mostrando de nuevo su mal humor—. A veces, ni yo os entiendo.

Jhett abrió la puerta de la cafetería y les franqueó el paso, mientras se dirigían a la mesa de la esquina, la que solían ocupar habitualmente, buscó

con la mirada a la camarera más guapa del local, y no pudo evitar sonreír cuando sus miradas se cruzaron. Habían sido unas semanas de infarto, desde aquel primer beso que llevó a otro, y a otro más, y a una nueva cita que pronto se convertiría en otra, hasta que se dieron cuenta que buscaban el más mínimo pretexto para encontrarse y pasar un rato juntos, tratando de robar unos minutos más al reloj durante la pausa para el desayuno, o de terminar el trabajo lo antes posible, volviendo a estafar tiempo al tiempo, para pasar a buscarla antes, cogerla de la mano y salir a bailar salsa, ir al cine o simplemente charlar, perdiéndose en sus ojos, esperando que la noche no acabara nunca. No había vuelto a pasar una noche solo desde aquel domingo. Nunca había sido tan feliz. Durante ese tiempo había hecho cosas que nunca antes le había apetecido hacer con otras chicas con quienes lo más que pretendía era pasar un buen rato. Con Miranda había disfrutado dando largos paseos por el parque, por la playa, habían compartido veladas en los restaurantes más exclusivos de Miami, y a Dios ponía por testigo que el Versace negro le sentaba de muerte, pero le había gustado mucho más quitárselo al terminar la noche.

—A ver guapos, ¿qué os pongo? —preguntó Miranda exhibiendo su sonrisa.

—¿Hace falta que te lo diga? —soltó palmeándole el culo.

—Ya vale, cada día igual —se quejó el Mexicano—. Los dos se quieren mucho y bla bla bla, no hace falta restregárnoslo.

—Si quieres te toco el culo a ti —bromeó Jhett, que parecía estar de mejor humor.

Miranda tomaba nota de los pedidos mientras los chicos seguían bromeando, pero no les hacía caso, llevaba tres semanas viviendo en una

nube y ni nada ni nadie lograrían que bajara de ella. Se detuvo en la mesa de al lado y saludó a la encantadora pareja de ancianos que todos los martes, sin falta, se acercaban a la cafetería para tomar un trozo de tarta de chocolate y fresas, especialidad de Melisa. Desde que empezó a trabajar con su hermana, se había fijado en ellos y les observaba desde la barra, convirtiéndose en mudo testigo de cómo se dedicaban miradas cargadas de ternura y complicidad. Nunca antes se había detenido a pensar que ella pudiera querer algo así, pero durante estas últimas semanas había descubierto con sorpresa que así era. Hasta ese momento, los estudios, el máster, el trabajo... habían ocupado toda su vida, todo su tiempo, sin tener la sensación de que se estuviera perdiendo algo o que echara algo de menos. Pensaba que todas esas cosas la hacían feliz, pero ahora sabía que no, que no necesitaba el glamour ni las luces de los focos o la fama para disfrutar de la vida, con Jhett había descubierto que la verdadera felicidad en realidad estaba hecha de pequeños momentos, de confianzas y del sabor de sus besos. Dejó la nota con el nuevo pedido en la pinza de la ventanilla, justo al tiempo que sonaba la alarma de aviso del lavavajillas. Fue secando los vasos uno a uno, abstraída en esos pensamientos. No tenía la sensación de haber desperdiciado esos años, pero sin duda, pensaba que algo había hecho mal, pues lo que sentía en su corazón cuando miraba a Jhett, era algo inexplicable, y que nunca antes había sentido. Estaba enamorada, y le había bastado un solo beso para saberlo, no había necesitado más. Y desde aquella tarde, durante las horas que permanecían separados, no podía pensar en otra cosa que no fuera él, anhelaba sus besos y el tacto de sus manos acariciando su cuerpo.

—¡Miranda! —Melisa se había situado delante de ella haciendo aspavientos con ambas manos para llamar su atención—. Nena espabila.

—Perdona —se disculpó, pero la estúpida sonrisa de sus labios no se borraba. Se volvió hacia la ventana que separaba la cocina y cogió los platos,

sorteó las sillas y a varios clientes hasta llegar a la mesa del fondo—. Aquí tenéis.

—¿Cierras hoy? —preguntó Jhett cogiéndola de la mano y evitando que se dirigiera a otra mesa para atender a un cliente que reclamaba su atención.

—Suéltame, va, que tengo mucho trabajo.

—¿Vengo a buscarte después?

—Claro —se deshizo de su agarre.

—Podemos ir al Gavanna.

—¿Seguro?, bueno después hablamos.

Horas después solo quedaban dos clientes en una de las mesas. Miranda se sentó al lado de su hermana que estaba terminando de cuadrar la caja. Puso un plato de tarta en medio de ambas y cogió dos cucharitas, Melisa sonrió mientras tomaba un bocado, metió el dinero en un sobre para entregárselo al jefe cuando pasara a recogerlo al día siguiente, volcó el bote de las propinas y se dispuso a repartir el dinero.

—Está buenísima.

—El secreto es la vainilla. ¿Dormirás en casa esta noche? —y no pudo disimular cierto tono de molestia.

—No creo... —Miranda entrecerró los ojos— ¿Qué pasa Mel?

—Nada.

—Mel...

—No me gusta.

—¿Dormir sola?

—Jhett.

—Rebobina, ¿qué? Fuiste tú quien me animó a salir con él.

—Te animé a divertirte una noche... jamás pensé que... Bueno él no es tu tipo y... ¡Bah! déjalo, eres mayorcita.

—Lo soy —sentenció cogiendo el sobre que le tendía. En la calle el sonido del motor de un coche seguido de un frenazo, les hizo girar la cabeza en dirección a la cristalera, donde una ráfaga de luz les deslumbró—. Me voy.

—¿Y ese coche?

—Del taller, supongo.

—¿Dónde vais?

—No lo sé, me ha dicho que tiene una sorpresa.

—¡Vaya! —soltó con cierto tono de incredulidad.

—Vaya, ¿qué? —se giró retándola con la mirada.

—Lo siento hermanita, no te cabrees conmigo, ¿vale? —aguardó hasta que Miranda sonrió y le lanzó un beso al aire a modo de despedida—. Pásalo bien —susurró antes de que cerrara la puerta.

Aceleró dejando las huellas de los neumáticos sobre el asfalto, le gustaba la velocidad, el sonido de un motor puesto a punto, el viento en su cara y la chica guapa a su lado. Miranda paseó la mirada por el salpicadero brillante e impoluto, el motor rugía y Jhett, que mantenía la mirada fija en la carretera, tenía una media sonrisa pintada en la cara, y su gesto de concentración le hacía aparecer incluso más atractivo. Ahogó un suspiro, era guapísimo, inteligente, atento... pero parecía tener un sutil halo oscuro, un punto de misterio que aún no había podido desvelar y que, en el fondo, esperaba no hacerlo nunca. Era el hombre perfecto. Lo sabía por las cientos de miles de mariposas que revoloteaban en su estómago cada vez que le miraba, o esa corriente eléctrica que recorría su espalda cada vez que él la tocaba.

Jhett dio un acelerón para incorporarse a la carretera, y la miró de reojo ensanchando su sonrisa.

—Pero... —giró la cabeza para mirar a través de la ventanilla, antes de volver a fijar la vista en él. Estaba algo desorientada— ¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa, princesa.

Miranda soltó una carcajada recordando su primera cita, que no terminó demasiado bien, aunque ahora se alegraba de que Jhett la hubiera rechazado aquella primera noche, consiguió que su primer beso fuese más especial.

—¿En serio?, pero... —siguió mirando por la ventanilla, pasaron por Hollywood, pero lo dejaron atrás, volvió a observarle extrañada— ¿Dónde me llevas?

—Me encanta sorprenderte —sonrió mientras alargaba la mano para coger la suya, siempre cálida.

—¿Ni una pista?

—Ya te he dado una.

—¿Si?, ¿cuándo?

—Hace un momento.

Miranda se quedó pensativa, en las pocas semanas que llevaban juntos Jhett la había sorprendido en cada cita. Cenas en buenos restaurantes, copas en los mejores locales de moda... Le miró de reojo, llevaba una camisa de color granate que le sentaba de lujo, reconoció, por el corte del cuello, que era de un diseñador en alza, no era excesivamente cara, pero tampoco era asequible para todo el mundo.

—¿Y este coche? —preguntó de repente repitiendo la frase de su hermana, como si se la dictara dentro de su cabeza.

—Me lo ha dejado Tom, no tienen que venir a buscarlo hasta dentro de un par de días.

—Pero... ¿y los kilómetros? —preguntó Miranda un poco alarmada—, ¿no se darán cuenta? No quiero que te metas en un lío por...

Jhett soltó una carcajada y apretó ligeramente su mano pensando que era una mujer deliciosa.

—Retocaré el cuenta kilómetros cuando lo lleve de nuevo al taller.

—Pero eso... —Miranda entrecerró los ojos—, eso es ilegal.

—Bueno... tampoco creo que al dueño de este coche le venga de unos pocos kilómetros de más. Lo que debería ser ilegal es la factura que le va a pasar Tom, cuando solo necesitaba un cambio de aceite.

Entonces fue Miranda la que soltó una carcajada, Jhett la miró de soslayo, sintiéndose el capullo más afortunado sobre la faz de la tierra. Y por un momento, solo uno, una ínfima fracción de segundo, se sintió tentado de confesarle la verdad. Pero el momento pasó y Jhett se obligó a permanecer callado.

Después de algo más de tres horas Miranda empezaba a impacientarse, miraba por la ventanilla sin llegar a adivinar a dónde se dirigían. Era tarde, demasiado como para que la llevara a cenar. «¿Pasar la noche en algún lado? ¡Imposible!» pensó, no había cogido ropa para cambiarse. Y aunque estaba intrigada, no tenía más opción que cargarse de paciencia, pues a pesar de haber intentado sonsacar a Jhett varias veces, todos los intentos habían sido en vano.

Y de pronto lo vio, y no supo cómo reaccionar. Jhett, a su lado, la miraba expectante, aguardando su reacción.

—¿Y bien? —preguntó sin poder esconder la mirada de ilusión que mostraban sus ojos.

—Esto...

La sonrisa de Miranda se amplió hasta iluminar su cara y a él le dio un vuelco el corazón, era preciosa, y en ese instante irradiaba felicidad, como una niña, igual que una princesa... su princesa.

—He reservado una noche de hotel, mañana pasaremos el día en el parque y...

—Esto es... —seguía sin encontrar las palabras.

—Te gusta... ¿no? ¡Joder no me digas que la he cagado!

—¿Bromeas? ¡Es genial!, nunca había estado en Disney World.

—Lo sé, lo comentaste hace unos días cuando lo anunciaron en televisión.

—Vaya «Turbo» —dijo remarcando ese mote que ella detestaba, pero que él parecía adorar—, veo que no solo entiendes de motores.

—Soy un hacha con cualquier cosa que me proponga —soltó con tono de superioridad.

—¿Y si llego a decir que nunca he estado en París?

—Pues el próximo fin de semana nos hubiéramos ido a Francia.

—Estás loco.

Cuando llegaron al hotel Miranda ya estaba extasiada, la ambientación era extraordinaria, todo estaba decorado con personajes de

películas Disney, no faltaba ni el más mínimo detalle y la habitación era el paraíso de cualquier «niña» de su edad.

—¡La sirenita! ¡Una habitación de la sirenita!

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me encanta!, eres increíble —soltó lanzándose a sus brazos para atrapar sus labios—. Mañana tenemos que madrugar mucho para aprovechar el día...

—¿Madrugar? ¡Jooooooder!

—¡Oh venga! —le reprendió divertida—. Podemos ir a conocer a Elsa, y...

—Podemos hacer todo lo que tú quieras, mañana tú mandas.

—Espera —dijo de pronto, deteniéndose en medio de la habitación—, esto no será un arma de doble filo, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Tu aguantas Disney para que después yo te acompañe a alguna de esas cosas tuyas que tanto te gustan, una exposición de bujías o de...

Jhett empezó a reír, tomó a Miranda de la mano y tiró de ella para hacerla caer sobre la colorida cama.

—Será mejor que todos estos peces cierren los ojos, porque voy a hacerte cosas que no son aptas para todos los públicos. Tendremos que poner la calificación para más de 18.

—Hummm —susurró cerca de su oído—, me encantan estas amenazas tuyas...



Respiraba con tranquilidad, aunque le sudaban las manos, y el corazón le latía con fuerza, como cada vez que surgía un encargo nuevo y lo tenía que llevar a la práctica. Los primeros acordes de *The Jocker* empezaron a sonar, se ajustó los auriculares y dejó que la melodía entrara por sus oídos y se expandiera por todo su cuerpo. Cerró los ojos solo un instante, y volvió a abrirlos para deleitarse de nuevo con la visión de la obra de arte que tenía ante sus ojos, porque sí, lo creía de verdad, algunos de esos vehículos eran únicos, auténticas joyas. Observó con detenimiento la carrocería, el perfil aerodinámico y pasó las manos por el capó del deportivo... Para cuando la canción alcanzó la segunda estrofa del estribillo Jhett ya movía la cabeza al compás.

—Soy Turbo —susurró al vehículo—, eres precioso, y vas a ser mío... al menos por un rato.

Deslizó la mano por el tirador, que cedió y pudo abrir la puerta, sonrió mientras dejaba caer el inhibidor de frecuencia en el interior del bolsillo de su pantalón. Con un ágil movimiento se deslizó al interior, olía a cuero y velocidad, rozó con la yema de los dedos el cambio de marchas, apenas sin llegar a tocarlo, y notó cómo todo su ser reaccionaba. Robar un coche era como hacerle el amor a una mujer. Debía tomarse su tiempo en los preliminares, no ir demasiado deprisa, deleitarse en el momento previo, conocerse, calentarse, buscarse, desearse... Llegados a ese punto uno debía ser firme, de gestos certeros, saber qué y cómo hacerlo para no fallar. No terminar demasiado pronto, hacerlo durar.

Bajó las manos, no le hacía falta mirar, como tampoco tenía que hacerlo para desabrochar el sujetador a una mujer. Era ese tipo de cosas

innatas que todo hombre debía controlar.

Sacó el lector de códigos, lo conectó a la CPU en la parte baja del salpicadero, y esperó mientras iban apareciendo los números en la pequeña pantalla led de color verde, uno más, solo sería un momento. Y ahí estaba, ese clic que a sus oídos sonaba como una sinfonía.

—I'm a joker, I'm a smoker, I'm a mid-night toker, I get my lovin' on the run...

El primer rugido del motor era como el jadeo de una mujer bajo el peso de su cuerpo, le erizaba la piel. Apretó entonces el acelerador, sin soltar aún el pedal izquierdo, solo para escucharlo resoplar. Un grupo de hombres se giró en el mismo instante en que salía quemando rueda.

—¡HIJO DE PUTAAA!

El sonido de esa voz se amortiguó por la distancia que ya había recorrido. Turbo soltó un grito gutural nacido de lo más profundo de sus entrañas, exudaba adrenalina por todos los poros de su piel, se sentía vivo y, por encima de todo, feliz. Golpeó repetidas veces con sus puños cerrados sobre el volante, mientras canturreaba el último estribillo de su canción fetiche, siempre escuchaba la misma cuando salía a «trabajar». Pisó más a fondo el acelerador para ver hasta dónde era capaz de llegar, mientras sacaba del bolsillo de su pantalón un canuto y lo encendía despacio. Pensó en Miranda, en cómo le excitaba hacerle el amor, y pensó en su otra pasión, que ahora manejaba a su antojo, haciendo que se deslizara a gran velocidad por la carretera, en el placer de obtener aquello que deseaba sin que nadie pudiera interponerse en su camino, si veía algo que le interesaba simplemente lo cogía.

Condujo durante horas por carreteras secundarias, gritó hasta quedarse afónico, fumó hasta que su vista se nubló. Tiró del freno de mano haciendo que el coche derrapara quedándose a dos ruedas, se tambaleó en forzado equilibrio durante unos segundos inciertos, hasta que los neumáticos volvieron a caer sobre la solitaria carretera. Y llegó a ese punto en el que le sobrevino el esperado subidón de adrenalina, frenó casi en seco, apagó el motor y se alejó unos pasos hasta dejarse caer sobre el asfalto. Había nacido para ser un ladrón y no aspiraba a mucho más, su vida ahora era perfecta, se sentía un tipo afortunado, tenía a la chica y los tenía a ellos, pensó deleitándose en la visión del deportivo. Miró al cielo, mientras cerraba los ojos y se dejaba mecer por la brisa veraniega, sofocante y con un penetrante olor a mar.



Miranda se despertó rodeada por esos brazos que, en pocas semanas, se habían convertido para ella en imprescindibles. Enredó su mano en la ruda mano de Jhett y lo apartó despacio para que no se despertara. Salió de la cama de puntillas, intentando no hacer ningún ruido. Le observó un instante antes de salir de la habitación. Le amaba. Era complicadamente simple.

—Vuelve a la cama —gruñó Jhett—, es muy temprano.

—Son más de las ocho.

—¿Las ocho? ¡Estás loca! ¡Vuelve a la cama!

—Quiero pasarme por casa y recoger unas cosas...

Jhett se incorporó recostando la espada contra el cabecero de la cama, la sábana resbaló dejando al descubierto su desnudez. Tenía un cuerpo de

infarto, no era exageradamente fuerte o musculado, pero estaba bien definido, media docena de tatuajes decoraban diferentes partes de su anatomía, esas «malas decisiones» que no quería olvidar. Miranda resopló al verlo y empezó a sentir un calor ya de sobras conocido...

—Múdate.

—¿Qué? —dijo casi atragantándose.

—Vente a vivir aquí, total, ya lo haces.

—Pero es que...

—¡Venga! —golpeó el colchón a su lado, para que ella se acercara—, deja de darle dinero al capullo de Tom, trae tus cosas aquí.

—No sabes lo que dices.

—¿Por qué?, ¿tan complicada eres? Creo que ya he visto lo peor de ti y me encanta.

—¡Ja!, no es eso, es que tengo demasiadas cosas.

—Pues busca un apartamento más grande —propuso sin más.

—Jhett...

—¿Qué?

—Estás loco.

—Sí, loco por ti. Piénsalo, ¿vale? y dime que sí.

—Está bien, lo pensaré —le prometió.

La mano de él se coló bajo su camiseta, buscando uno de sus pechos redondos y firmes. Fue resiguiendo la curva de su cintura hasta llegar a las caderas, y entre caricias y besos fue deslizándose las braguitas por sus muslos hasta lograr deshacerse de ellas. Miranda rio, los dedos de Jhett sobre su piel le hacían cosquillas, intentó ahogar la carcajada que pugnaba por estallar y justo en el instante que pensaba que no podría aguantar más, Jhett selló sus

labios con un beso intenso cargado de pasión, al tiempo que se colocaba sobre ella que, de forma inconsciente, rodeó su cintura con ambas piernas, para facilitar sus embestidas, haciéndolas más profundas, más rápidas y menos rítmicas. Atrapó uno de sus pezones y empezó a mordisquearlo hasta lograr que ella chillara de puro placer.

Se corrieron a la vez, Jhett empujó un par de veces más y se dejó caer sobre su pecho, le encantaba la sensación de que ella le abrazara y se apretara contra su cuerpo. Con la cabeza sobre su pecho lamió de nuevo uno de sus pezones provocando que ella sonriera. La amaba por encima de todo, el destino había tenido una curiosa forma de presentarles, pero le estaba agradecido de que así fuera, pues estaba seguro que solo a su lado podría ser plenamente feliz.

—Queda horriblemente mal si te digo que te quiero justo después de un polvo, ¿no?

—No sé —susurró ella revolviendo su pelo—, prueba.

—Te quiero —dijo elevando la mirada hasta enfrentarse a sus ojos.

—No —afirmó convencida—, no queda demasiado mal.

—¡Serás bruja! —gruñó moviéndose y dejándose caer de nuevo sobre ella para inmovilizarla—. Dímelo —le exigió.

—No.

Jhett la sujetó con más fuerza mientras ella forcejeaba para librarse de ese aprisionamiento del que en realidad por nada del mundo querría ser liberada, trató de soltarse con todas sus fuerzas, pero el agarre de él era demasiado firme y finalmente tuvo que optar por rendirse, no había manera de zafarse bajo el peso de su cuerpo.

—Dímelo —volvió a pedir. Ella simplemente negó con la cabeza mientras trataba de evitar que se le escapara la risa—. Dímelo —y acompañó su exigencia lanzándole un bocado en la nariz, sin llegar a alcanzarla—. Dímelo —le mordió en el labio inferior atrapándolo entre sus dientes y lo lamió despacio—. Dímelo —susurró a escasos centímetros de su boca, rozándola levemente. La fuerza de su agarre casi había cedido por completo, pero Miranda parecía no tener intención de liberarse de su prisión, ni de su carcelero. La mano de Jhett soltó definitivamente su muñeca y la llevó directamente a su sexo, que empezó a acariciar sin pudor—. Dímelo—exigió de nuevo mientras empezaba a masturbarla.

Miranda se retorció de placer, sus ojos se habían quedado imantados en los de su chico, que destilaban toneladas de pasión contenida. Sus dedos no le daban tregua y la acariciaba con maestría, una corriente eléctrica empezó a recorrer su cuerpo, su respiración se volvió entrecortada y, aunque intentaba contenerlos, no pudo evitar que de entre sus labios apretados, escaparan roncós gemidos.

—Dímelo —Jhett detuvo el movimiento de su mano, su mirada, sin embargo, no estaba exenta de maldad.

—TE QUIERO —gritó ella, al tiempo que él volvía al ataque—. Te quiero, te quiero, te quiero...

Jhett sonrió satisfecho y disfrutó del éxtasis que esas palabras producían en sus oídos y de la visión de Miranda sonrojada, rindiéndose a su propio placer.

—¿Contento? —atacó ella con fingido enfado.

—Eso tú, que te has llevado dos. Me debes uno —saltó de la cama y observó cómo los últimos coletazos del orgasmo aún eran visibles en ella—. ¡Joder! —susurró casi para sí—, eres perfecta.

—¿Tú crees? —el tono de su voz no daba lugar a dudas, Miranda se puso de rodillas sobre el colchón y le hizo un elocuente gesto para que se acercara, Jhett, ya con la ropa interior en la mano, la dejó caer, dispuesto a otro asalto— ¿Crees que soy perfecta? —la sensualidad que desprendía su voz era como canto de sirena para él.

Jhett se lanzó sobre Miranda justo en el momento que ella, saltando de la cama, logró esquivarlo, dejándole solo en mitad del colchón.

—¡Yo me ducho primero! —canturreó saliendo a la carrera hacia el baño.

—¡No! ¡Joder!, siempre terminas el agua caliente —se quejó y salió corriendo tras ella, encontrándose con que le daba un portazo en las narices—. Eres perfectamente diabólica —golpeó la puerta—. Brrrrgggggg y lenta, eres muy lenta también —Jhett se quedó aporreando la puerta.

—¡Deja de dar golpes!

—¿Vas a venir a vivir conmigo?

—No lo sé.

—¿Empiezo a buscar piso? Uno grande, con luz, con una habitación para mis maquetas.

—¿Qué maquetas? —inquirió Miranda desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué pasa?, puede que algún día me apetezca empezar a hacer maquetas.

—¿Y con vestidor? —preguntó ella a su vez abriéndole la puerta y entrando en la ducha.

—Bueno, quizás eso no sea tan importante —dijo tratando de ser convincente—. Podemos poner armarios...

—Jhett, tengo mucha ropa.

—Está bien ¿armarios grandes? —ofreció mientras le tendía la toalla.

—Muuuuuuuucha ropa... —remarcó.

—Está bien, pues que tenga vestidor.

—Ahhh y dos baños, es imprescindible —dijo haciéndose a un lado para que Jhett pudiera meterse en la ducha.

—¿Dos baños?, ¿en serio?

—Y la bañera de hidromasaje es innegociable.

—Miranda, ¿me tomas el pelo verdad? —preguntó antes de abrir el grifo, mientras trataba de adivinar si en realidad no estaba bromeando.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada mientras dejaba que la toalla cayera al suelo. Jhett alargó el brazo y la sujetó por la muñeca tirando de ella para poder besarla.

—Yo también —afirmó cuando, a regañadientes, se desprendió de sus labios.

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada.

—Te quiero —susurró, colándose bajo el agua fría.

Miranda secó y peinó su pelo con cuidado. Se hidrató la piel con una carísima crema hecha especialmente para ella por el mejor gurú ayurveda de toda Florida, de banda sonora de fondo tenía los desgarrados gritos de Jhett, que, mientras se duchaba, cantaba, o al menos intentaba hacerlo, una de esas canciones que siempre sonaban en el taller. Pasó el lápiz de ojos por el lagrimal y se puso una ligera capa de máscara de pestañas.

Se despidió de Jhett a través de la puerta, aunque dudó que él pudiera oírla, a tenor de los gritos disfrazados de melodía que continuaba dando. Miró su reloj, llegaba tarde, tenía que recordarle a Jhett que las noches habían sido pensadas para dormir, su boca se torció dibujando una tonta sonrisa, aunque la verdad, estaba tan cansada que no sabía cómo podría aguantar de pie una dura jornada de trabajo. Llegó cinco minutos tarde y tuvo que soportar la reprimenda de Melisa, a quien, obviamente, no eran los cinco minutos de demora lo que le molestaba.

Ya era casi la hora del cierre cuando Melisa se sentó frente a ella en la barra y la miró inquisitivamente. Estaba preocupada por su hermana, llevaba días dándole vueltas a esta conversación, intentando buscar la mejor manera de plantearle sus preocupaciones, y a pesar de haberle dado una y mil vueltas al asunto, sabía que no había forma de decirle lo que quería, sin que Miranda se enfadara. Solo esperaba que entendiera que, a pesar de todo, lo hacía porque la quería. Jugeteaba con una de las pajitas de su refresco mientras observaba cómo Miranda secaba las tazas que usaban para el café.

—Dispara —soltó dejando la última taza en la repisa y apoyando los codos en la barra—. Venga Mel...

—Pero prométeme que no te enfadarás.

—Te prometo que intentaré no enfadarme. ¡Espera! —dijo de pronto consciente de que estaba a punto de desbaratar los planes de su hermana mayor, la conocía, y sabía que debía llevar ensayando su discurso desde hacía días, habría repasado palabra por palabra, así que decidió romperle los esquemas—. Jhett me ha pedido que me vaya a vivir con él —soltó la bomba con toda picardía y no exenta de maldad, esperando ver la reacción de Melisa, que no se hizo esperar, «tres, dos, uno...»

—¡ESTÁS LOCA! Pe... pero... pero tú estás loca.

—¿Por qué? —inquirió molesta.

—¡¿Pero tú te estás oyendo?! Miranda, cielo, tú lo que tienes que hacer es salir del barrio no atarte a él.

—Espera...

—¡No! —exclamó cortándola—. ¿Es que quieres servir cafés el resto de tu vida?

—No, pero...

—Miranda, si sigues con Jhett eso es lo que te espera, yo ya no puedo salir de aquí, pero tú...

—Tú también podrías hacer algo con tu vida, y con el local de...

—No estamos hablando de eso ahora. Miranda, nena, Jhett está bien para pasar el rato, pero tú vas a llegar muy lejos, si no es con ese Giorgio será con algún otro o ¡con tus propios diseños!

—¿Por qué yo estoy obligada a llegar lejos cuando tú no eres capaz de echarle un par de cojones y mandar todo esto a la mierda?

—No es lo mismo.

—Sí lo es, no seas hipócrita —le dijo enfadada.

—Si mamá...

—Mamá está muerta Mel, y a nuestro padre le importa una mierda lo que hagamos con nuestras vidas.

—Llama al loco ese, estoy segura que se está arrepintiendo de haberte despedido, vuelve allí y olvídate del café y de Jhett.

—No puedo.

—No es bueno para ti.

—Y eso lo decides... ¿tú?

Miranda alargó la mano para que su hermana le entregara su parte de las propinas del día, solo tenía ganas de irse de allí, antes de decirle algo de lo

que seguramente se arrepentiría más tarde.

—Piénsalo Miranda, Jhett es un buen tío, pero no es para ti...

Miranda salió del local airada, estaba claro que a Melisa no le gustaba su chico, lo sabía, pero se había pasado de la raya. Bajó caminando a toda prisa hasta que llegó al final de la avenida y giró en dirección al taller, los chicos ya habían recogido, Carlos estaba en la entrada fumando un cigarrillo, cuando la vio llegar soltó un silbido e hizo un gesto para mostrar de forma ostensible lo mucho que le gustaban las chicas como ella.

—Eres un cerdo —soltó ella sin detenerse.

—Pero os vuelvo locas a todas. Jhett está en el despacho de Tom.

—Gracias.

Olía a gasolina y grasa, un olor que lejos de repugnarle como los primeros días empezaba a resultarle familiar. Jhett olía siempre así cuando llegaba a casa y la besaba. Miró al interior del pequeño habitáculo de cristal, Tom movía las manos haciendo aspavientos, mientras que Jhett sentado frente a él, parecía tranquilo bebiendo una copa de whisky a pequeños sorbos.

Creyó oír algo de un veneno, Miranda agudizó el oído alarmada, hasta que se dio cuenta que, como siempre, hablaban de coches, Lamborghini Veneno. Paseó por el taller esperando que Jhett saliera, el sitio era grande, había pocos coches, al menos enteros, sí algunos chasis y muchas piezas sueltas, esparcidas por el suelo y de cualquier manera. Y de ese agujero salía el sueldo de tres mecánicos, más lo que se llevara Tom.

—¡Eh princesa! ¿Qué haces aquí?

—Esperarte —dijo soltando una cosa metálica que había recogido del suelo—. He estado pensando en lo que hablamos esta mañana.

—¡Turbo! —dijo Tom desde el despacho alzando un sobre marrón—. ¿Nos vemos mañana?

Jhett volvió al despacho, recogió el sobre que Tom sostenía y lo guardó con rapidez en el bolsillo interior de la cazadora.

—Nos vemos mañana —le confirmó—. ¿Vamos? —propuso tendiendo la mano cuando llegó donde ella le estaba esperando—. Así que has decidido decirme que sí...

Miranda asintió y ambos salieron con las manos entrelazadas. Pasearon por las calles de Little Havana, se detuvieron en un local del barrio donde sonaba música latina y tomaron unas cervezas, tenían mucho que celebrar y regresaron a casa entre risas y alguna copa de más.



El tiempo de descanso se había convertido en su momento favorito de la mañana. Poder salir del asfixiante taller, donde las peleas entre Carlos y el Mexicano cada día iban a más, y acercarse a la cafetería para poder verla. Aunque tuviera que soportar las miradas de desdén de Melisa, o la incertidumbre de si habría escupido en su café.

El uniforme se ceñía a su cuerpo de manera casi escandalosa, pensado simplemente para el deleite masculino, sin duda. Jhett ojeaba el periódico, mientras saboreaba el café y de vez en cuando alzaba la mirada y la buscaba, aunque solo fuera para verla unos segundos.

—Mira, he señalado dos —dijo cuando Miranda se acercó a rellenar su taza de café. Ella echó un vistazo por encima a la publicación y se giró hacia la mesa que reclamaba su presencia—. ¿Vamos después a verlos?

—Tal vez —Miranda rellenó dos tazas más y regresó a la mesa de Jhett, desde el mostrador Melisa carraspeó molesta y señaló dos platos que esperaban a ser entregados a sus hambrientos destinatarios—. ¿Tú has visto el precio? —dijo alarmada mientras se alejaba para que a Melisa no le estallara la vena del cuello que ya se le había empezado a hinchar.

—Miranda, estás trabajando —le reprendió su hermana.

—Perdona Mel —Jhett se levantó de la mesa apurando su café—, ya me voy —tomó a Miranda de la mano y la acercó a él para darle un beso—. Nos vemos luego, iremos a verlos, ¿ok? No importa el precio.

—Sí, si importa.

—Cabezota —soltó antes de desaparecer por la puerta.

Melisa observó cómo se marchaba, así como la cara de tonta que arrastraba su hermana desde hacía semanas, y sintió una punzada de rabia. Miranda, tal como había apuntado Jhett, era muy testaruda ya desde pequeña, y si alguien le decía que no podía hacer algo, ella más se empeñaba en conseguirlo. Así fue como llegó tan lejos, porque en el barrio todo el mundo decía que no lo conseguiría. Melisa resopló, le molestaba ver a su hermana conformarse con menos de lo que podía aspirar. En ningún momento pensó que Jhett fuese un mal tipo, pero Miranda tenía que salir del barrio y de esa cafetería.

—Salgo un momento —dijo dejando el delantal sobre el mostrador.

—¿Qué? ¿Ahora? —se quejaron.

—Estaré de regreso enseguida —se justificó antes de salir por la puerta.

Melisa bajó a paso ligero por la calle y alcanzó a Jhett cerca de la entrada al descampado que había delante del taller, fumaba un cigarrillo mientras discutía con alguien por el teléfono, parecía enfadado, pero suavizó el rictus cuando al girarse la vio.

—Te llamo después —informó a su interlocutor y sin tiempo a una respuesta colgó—. Dime Melisa, ¿puedo ayudarte en algo?

—No quiero que pienses que soy una entrometida.

—No lo pienso, es tu hermana y lo entiendo.

—Ella merece mucho más...

—Más que yo, ¿crees que no lo sé? —Jhett dio una profunda calada al cigarro antes de lanzarlo al suelo—. Miranda es una mujer fantástica que logrará todo lo que se proponga en la vida.

—Entonces estamos de acuerdo. Yo lo que no quiero es que se quede atada a este barrio y tú lo estás haciendo, su traslado aquí debía ser temporal y...

—Me he enamorado de ella.

—Eso seguro que se lo dices a todas —se quejó.

—Sabes que no Melisa, quiero a tu hermana, y soy el primero que piensa que Miranda llegará lejos —sacó el paquete de tabaco para hacerse con un nuevo cigarrillo—. No voy a ser un palo en sus ruedas, voy a estar a su lado para que consiga todo lo que desea.

—Si de verdad la quieres, déjala.

—Eso no voy a hacerlo —dijo agravando su gesto y su voz.

—Piénsalo Jhett, eres un buen chico, y más listo de lo que nos das a entender, sabes que tengo razón, y sé que al final harás lo correcto,

precisamente porque la quieres.

Melisa alargó la mano y tomó de entre las suyas el cigarrillo que acababa de encender, dio una calada antes de devolvérselo, y con el humo aún en sus pulmones dio media vuelta y se fue.

—No le diré a Miranda que hemos hablado —gritó él antes de que ella estuviera demasiado lejos para poder oírle.

Observó cómo Melisa desaparecía al doblar la esquina, resopló, no estaba molesto, pues era consciente que ella tenía razón y era normal que se preocupara por su hermana. ¿Qué vida podía ofrecerle él? Jhett sacó el móvil del bolsillo trasero de sus jeans para devolver la llamada. Era un trabajo importante y no estaba acostumbrado a trabajar con nadie más, le gustaba hacerlo solo, montárselo a su manera, tenía su ritual y para él eso era algo sagrado, pero era mucho dinero por tan solo una noche de trabajo.

Regresó al taller donde sus dos compañeros seguían como cuando se había marchado, discutiendo por una canción, o tal vez por el título de una película.

—Sois agotadores.

—Agotado te tiene a ti la camarera, todo el día pumba, pumba, pumba...

—Algún día te voy a partir la cara Carlos, y cuando ese día llegue no quiero quejas ni recriminaciones, estás advertido.

—Alto fiero, no mames... —dijo alzando las manos y apartándose de él— que era broma.

—Pues estoy hasta los cojones de tus bromas, a Miranda ni

nombrarla, ¿entendido? —le retó amenazante, cuando la puerta del taller se abrió, Jhett dirigió la mirada a su jefe—. ¡TOM! —gritó—, tenemos que hablar.

—Pasa a mi despacho —cerró la puerta tras él y cerró las cortinillas—. Has aceptado, ¿verdad? —él asintió—. Bien, bien, bien... mucho dinero si todo sale bien.

—¿Si todo sale bien? ¿Es que alguna vez ha salido mal?

—Tómame una copa Turbo, esta noche será mítica.

—A mí mientras me paguen...



Miranda sacudió las palomitas que tenía sobre su falda y estas cayeron al suelo salpicando de bolitas blancas la moqueta azulada. Rio cuando la mano de Jhett se coló bajo su camiseta, el tacto de su piel era cálido y le ofrecía una extraña sensación de confort.

—Me encantan estos pendientes —susurró mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Sssshhhh la peli —le reprendió ella.

—Pppppfffff llevas el sujetador de encaje —se relamió mientras pasaba la yema de uno de sus dedos por el borde de la prenda interior.

—Jhett, para... estate quieto —jadeó Miranda.

—Sssshhhh —chistó alguien desde unas filas más atrás de la oscura y silenciosa sala.

—Wow —exclamó al deslizar la mano por su estómago y acariciar su cintura.

—¡Silencio! —amonestó una voz femenina, justo detrás de ellos.

—Jhett, van a echarnos.

—Y la película es muy interesante, cierto —Jhett se giró de nuevo hacia la pantalla dejando la cintura de Miranda huérfana de su calor.

—¿Dónde vas? —susurró

—¿Qué?

—La mano...

Miranda volvió a colocar la mano de Jhett, en el mismo punto donde estaba apenas unos segundos antes, él sonrió y continuó acariciándola bajo la ropa, adentrándose ligeramente bajo su falda. Le encantaba escuchar sus roncros jadeos, aunque se afanaba por disimularlos. Jhett buscó sus labios y la besó con vehemencia, un beso que fue subiendo en intensidad y necesidad hasta que solo los labios de Miranda importaban.

Aumentaron las protestas e incluso un tipo corpulento les amenazó desde la última fila, pero ellos ya no oían nada. Jhett se levantó de pronto de su asiento tirando de ella que, en un ágil movimiento, saltó sobre él, enrollando las piernas en su cintura, sin dejar de besarle, las palomitas cayeron por el suelo, pero no les importó. Jhett la rodeó con un brazo mientras empujaba la puerta para salir de la sala, donde las quejas de los demás espectadores habían ido *in crescendo*.

Llegaron hasta el coche a trompicones, Jhett la empujó con delicadeza contra el capó y sin tomar aliento siguió besando sus labios, ahora con más ímpetu, y solo los abandonó para continuar ese camino de besos por su rostro, la línea de la mandíbula y descender por el cuello en dirección al escote. Ni siquiera les importaba la gente que pasaba por el aparcamiento del cine y les miraba sin disimulo.

—Vámonos —resolló ella en su oído.

Jhett le dio el espacio justo para que sacara las llaves del bolso, mientras seguía saboreando sus labios y sin poder apartar las manos de la redondez de sus nalgas. Miranda rebuscó en el interior, pero no dio con ellas, se impacientó, y de pronto estalló en una carcajada.

—He perdido las llaves y la copia está en casa de Mel —soltó entre risas.

—¡Joooooder! —gruñó él recolocándose la parte de su anatomía que la excitación había dotado de vida propia—. A ver, déjame —y con cuidado la hizo a un lado, le bastaron diez segundos para abrir la cerradura—. Listo.

—¡Ja! —exclamó—. Eres una caja de sorpresas, ¿ahora qué, MacGyver?

—Sube —la animó entre risas, tenía prisa, mucha, en llegar a casa, antes de que Miranda hubiera dado la vuelta para acomodarse en el asiento del copiloto, Jhett ya había hecho el puente a ese viejo Volvo. Adoraba trabajar a la antigua usanza y el tacto de los cables entre sus dedos.

—¡Vaya! —exclamó con admiración—, ventajas de salir con un mecánico, supongo.

—Claro princesa... los chicos del motor somos todo ventajas —sonrió de manera burlona—. Uuuff nena, me has puesto a mil —se incorporó a la circulación mientras llevaba la mano libre al muslo de ella.

Condujo como un loco por las atestadas calles de Miami, mientras intentaba colar la mano bajo sus braguitas. Dejó el coche mal aparcado, en un sitio prohibido, el primero que encontró cerca de su apartamento y tiró de Miranda al tiempo que ella desabrochaba el cinturón y saltaba a la calle a su lado. Apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta de casa de un golpe, cuando al

darse la vuelta comprobó que Miranda, ya se había desprendido de casi toda su ropa, lo que provocó que Jhett lanzara un sonido gutural que emergía de lo más profundo de sus entrañas. Se movía sinuosa delante de él, provocativa, exudaba lujuria y pasión por cada poro de su piel... Jhett se encendió y reaccionó saltando sobre ella y arrancando ese sostén negro que tanto le gustaba. Llevó su mano a la bragueta mientras con la rodilla hacía que Miranda separara las piernas para poseerla allí mismo, contra la pared del salón, sin más preámbulos, bastante ejercicio de contención había hecho en la sala de cine.

La mañana les descubrió abrazados sobre el colchón, entre sábanas revueltas, sus cuerpos enredados, encajaban a la perfección, la mano de Jhett reposaba sobre su cintura y su respiración pausada acariciaba la piel de su garganta. Miranda se estremeció. «Así que esto es la felicidad», pensó. Deshizo su abrazo y se levantó con sigilo para preparar el desayuno, no podía dejar de sonreír, se sentía inmensamente feliz, en paz. Sacó las tostadas y mientras las untaba de mantequilla observaba el televisor, la predicción del tiempo anunciaba, para el principio del otoño, una ola de calor.

—Que madrugadora eres —la voz de Jhett, sonaba pastosa, por único atuendo llevaba unos calzoncillos que le quedaban francamente bien.

—¿Has pensado alguna vez en ser modelo? —bromeó ella.

—Pues quizás debería planteármelo, dicen que las modelos son muy... —ella enarcó una ceja y alzó el cuchillo de la mantequilla— muy feas y aburridas —recondujo él su comentario.

—Así me gusta.

—Siento haber llegado tan tarde.

—No importa, toma —alargó un plato sobre la barra y saltó del taburete para ir a por el café, en la televisión ya habían saltado los deportes y

estaban con el espacio de sociedad.

—De naranja —contestó Jhett a la muda pregunta de Miranda sobre la mermelada.

—¡Oh Dios! —exclamó ella de repente.

—Bueno, pues de arándanos...

—Sssshhh —chistó para hacerle callar—. Oh Dios, oh Dios...

—¿Qué?

—¡Ja! —exclamó entonces—. La firma GioDee's se ha quedado fuera de la pasarela de París por un fallo administrativo —Miranda soltó de nuevo una risa nerviosa.

—Vaya, supongo que eso es malo.

—Malísimo, Giorgio debe estar histérico.

—Pues me alegro —sentenció cogiendo la tostada y llevándosela a la boca.

—Supongo...

—Claro que sí, que le jodan al loco ese...

—¿Loco? —Miranda sonrió.

—Venga desayuna —insistió él—, esta noche podemos volver al cine e intentamos ver el final de la película —bromeó haciéndole un guiño.

Miranda le observó embelesada, sí, eso era felicidad, y por primera vez en mucho tiempo se olvidó de todo, incluso de GioDee.



Miranda sacó la bandeja de comida del microondas y se sentó delante del televisor dispuesta a cenar. La ventaja de trabajar en la cafetería era que no tenía que cocinar, la desventaja que había cogido un par de quilos, aún no

se notaban, pero ella sí lo hacía. Empezó a cambiar de canal sin prestar atención a nada de lo que veía, no estaba acostumbrada a tanta tranquilidad, a tener tiempo para leer o ver la televisión, y la verdad era que, a veces, echaba de menos el estrés de su anterior vida, el ir y venir y el tener que correr a altas horas de la noche para satisfacer alguna de las ocurrencias de Giorgio.

Jhett la había llamado para decirle que salía con los chicos a tomar algo, no solía hacerlo muy a menudo, pero cuando lo hacía llegaba bien entrada la madrugada, pero sorprendentemente, nunca olía a alcohol, y no sabía si eso era bueno o malo. Nunca había sido una mujer celosa, aunque, a decir verdad, nunca había tenido pareja, no sabía si lo era o no. Toda esa situación era nueva para ella y aún le costaba asimilarla.

Miró alrededor, calificar el apartamento de sencillo sería francamente optimista. Se notaba que Jhett pasaba pocas horas allí, o quizás no tuviera demasiado interés en hacer del apartamento un hogar. No había demasiadas cosas personales en la decoración, salvo por algunas réplicas en miniatura de coches clásicos, y un par de llantas puestas en un rincón que quizás pudieran pasar por una de esas esculturas modernas. Eso, unido a las cajas que ella había dejado por en medio, y la habitación que usaban de trastero, hacían de ese lugar un sitio incómodo y desangelado.

Miranda se removió en el sofá, no había mesa de comedor y el baño era tan pequeño que resultaba incómodo. El agua caliente duraba un suspiro y la ventana de la habitación, que daba a la escalera de incendios, no cerraba bien. En un principio pensó que, con una mano de pintura, unas cortinas, y algún detalle elegido con gusto sería suficiente, pero ahora que se detenía a pensarlo, hacer de ese sitio un lugar acogedor para vivir, era una tarea hercúlea. No aspiraba a grandes lujos, pero la verdad era que alguno de los pisos que habían visto encajaba a la perfección en sus necesidades, era una pena que superaran lo que ella consideraba «su presupuesto», aunque a Jhett

eso no parecía importarle.

Cogió una patata y la volvió a dejar en el plato. Tenía que ponerse a dieta. El móvil empezó a sonar, con pereza alargó la mano para alcanzarlo y se quedó petrificada al comprobar el nombre que indicaba la pantalla. Dudó unos instantes, se apresuró a dejar la bandeja a su lado en el sofá, aclaró la voz e inspiró con fuerza antes de contestar.

—¿Sí? —respondió con seguridad.

—¡Miranda! —la voz de Sean al otro lado de la línea sonó como siempre, jocosa y desenfadada—. ¿Qué es de tu vida?

—Aaaahhh... —dudó un instante y calibró los posibles motivos de esa llamada—. Bien, supongo.

—Me alegro —se hizo un silencio incómodo, y aunque tan solo fueron unos segundos, a Miranda se le hicieron interminables—. Te dejaste algunas cosas, puedo hacértelas llegar si me das una dirección.

—Puedo ir yo a recogerlas.

—Miranda, Gio no sabe que te he llamado, posiblemente me matará si se entera, pero... Desde que te fuiste esto es un caos, han pasado ya tres chicas diferentes y... bueno... ya sabes que Giorgio es especial.

—Lo sé, Sean, estoy algo ocupada en este momento... si solo llamabas por mis cosas pasaré a buscarlas la semana que viene.

—¡Sí! Claro... sí, sí, no quiero entretenerte, me alegra saber que todo te va bien. Eres una gran profesional Miranda, sabía que no te costaría mucho encontrar otro trabajo y...

—No te preocupes —se anticipó— son cosas que pasan.

—Sí, son cosas que pasan —repitió él antes de despedirse y colgar.

Miranda se quedó con el móvil en la mano, miró su cena, pero ya no

tenía hambre. Giorgio no había encontrado a nadie. Seguramente jamás lo hiciera, era un loco arrogante... Se levantó para dejar la bandeja en la encimera y apagó el televisor. No estaba acostumbrada al tiempo libre y tenerlo la hacía sentir extraña. Volvió a observar con detenimiento a su alrededor, y aunque Jhett hablaba de buscar otro piso tenía que ser realista, suspiró, a pesar de que, en esos meses, él había hecho gala de no reparar mucho en gastos, eso no podía durar eternamente. Se sentó en el borde de la cama, con un par de cajas de cartón abiertas en el suelo, a sus pies. Empezó a mover ropa de un lado a otro del armario, intentando, inútilmente, hacer caber allí parte de su vestuario. Y si no, siempre podía echar mano del armario que había en la otra habitación y que Jhett usaba de trastero, pues estaba llena de cajas, piezas de motor, e incluso *gadgets* de gimnasio.

Cogió la cazadora de Jhett de encima de la silla para guardarla cuando un sobre marrón cayó al suelo, al cogerlo le pudo la curiosidad y le venció la tentación de abrirlo y ver qué había dentro, su sorpresa fue descubrir varios cientos de dólares en billetes pequeños.

—¡Joder! —exclamó, y dudó unos instantes antes de guardar el sobre donde estaba, en el bolsillo interior de la cazadora.

Encontrar tanto dinero en el interior de un sobre le pareció un tanto extraño, por lo que no pudo evitar volver a sacarlo, ni ceder al impulso de contar el fajo de billetes. Abrió la solapa y echó un vistazo por encima de manera rápida, pues tampoco podía evitar la sensación de estar haciendo algo que no era correcto, contó alrededor de dos mil quinientos dólares en billetes de cincuenta. Miranda se quedó un tanto desconcertada, se sentó en el borde de la cama, tratando de encontrar una explicación lógica al hecho de guardar de ese modo tanto dinero... Se quedó pensativa, hasta que concluyó, no sin

miedo a equivocarse, que debía tratarse del sueldo de Jhett o de alguna comisión o gratificación que Tom debía darles a los chicos. No quiso pensar en nada más, ni en esas llamadas a deshoras que Jhett solía contestar cuando pensaba que ella no escuchaba, ni en las salidas con «los chicos» ni en los comentarios mal intencionados de su propia hermana. No, no quería pensar en nada más, ni que su cabeza se pusiera a dar vueltas imaginando cosas que no quería imaginar, ni viendo fantasmas donde no los había... Pero tampoco eso pudo evitarlo, aunque decidió desechar por completo esos pensamientos oscuros. Dejó el dinero en el mismo lugar donde lo había encontrado y fue recogiendo y apilando la ropa, cuando Jhett llegara le pediría que le ayudara a organizar la otra habitación.

Pero cuando llegó a casa, ella ya dormía. Se sentó sobre el colchón con cuidado para no despertarla y se detuvo a observarla un instante, aunque a decir verdad podría estar haciéndolo durante horas, era preciosa. Eso mismo le pareció la primera vez que la vio, en la cafetería. Después, esa cosa tan estúpida a lo que llaman amor hizo el resto, y ahí estaba él, empezando a compartir su vida con la única mujer con la que nunca hubiera pensado que eso sucedería. Así de caprichoso era el destino que, sin duda, con él había jugado muy bien sus cartas y, aunque a veces iba de farol, en esta ocasión simplemente había perdido, o ganado. Se quitó los zapatos y tiró de los pantalones para desprenderse de ellos y se metió bajo las sábanas, despacio, con sumo cuidado, pegando su cuerpo al de ella, rodeando su cintura con el brazo para, finalmente, enterrar su rostro entre su castaña melena y dormirse así, aspirando el aroma que siempre desprendía su pelo, una mezcla de té verde y flor de cerezo. Cerró los ojos, embriagado por su olor y acunado por su suave respiración, quería dormirse pensando en ella, pero un Masserati amarillo se coló a traición en sus pensamientos en el último instante. Tom estaría contento, gracias a ese deportivo sacarían veinte de los grandes cada

uno.

—Buenos días dormilón... —saludó Miranda, que estaba de rodillas sobre el colchón con una taza de café en cada mano, Jhett, abrió los ojos todavía aturdido, y miró alrededor—. Venga, despierta —insistió dándole un golpe con la rodilla en el costado.

—¡Auch! —se quejó él, que dio la vuelta sobre sí mismo para seguir durmiendo.

—Jhett, tengo que irme en una hora...

—Vale —murmuró.

—Tómame al menos el café conmigo —rezongó.

—Ppppfffff —gruñó sin demasiada convicción, y haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad se giró hacia ella, y se incorporó poco a poco sobre los codos, para acabar apoyando la espalda sobre el cabezal de la cama. Miró el reloj de la mesilla, tan solo llevaba tres horas durmiendo, insuficientes para él.

—¿Llegaste muy tarde?

—No mucho.

—Mientes fatal.

—Me delatan las ojeras.

—No hueles a alcohol.

—¿Y eso te molesta? —Miranda entrecerró los ojos—. Carlos bebió por los tres, ese tío es como una esponja humana... no conoce límite.

—Su desfachatez tampoco.

—Cierto —convino Jhett bebiendo su café casi de un trago—. Intentó ligar con una morena de esas de... —acompañó sus palabras con un elocuente gesto de sus manos delante de su pecho, haciendo clara alusión al gran volumen de unos senos femeninos—, le soltó un bofetón que aún debe

dolerle ahora.

—Que idiota... es que me lo imagino —Miranda se acomodó a su lado y se dejó caer sobre su hombro—. ¿Y tú?

—Yo ¿qué? —preguntó dejando la taza de café sobre la mesilla.

—Qué si ligaste mucho.

Con un ágil movimiento la derrumbó sobre la cama, colocando su cuerpo sobre el de ella, aprisionándola bajo su peso e inmovilizándola. A pesar de su protesta inicial, Miranda sonrió casi de inmediato, sin poner apenas resistencia a su cautiverio. Jhett buscó sus labios y se fundió en ellos. Miranda acarició los fuertes brazos que la aprisionaban en dirección a sus hombros, para bajar por la espalda del hombre que amaba, deteniéndose en sus nalgas que apretó con fuerza.

—Tengo que irme a trabajar —soltó de golpe.

—Oooohh, vengaaaa... ya me has despertado —dijo apretándose más contra ella para que notara su erección.

—En serio, tengo que irme o llegaré tarde.

—Llama y di que estás enferma.

—¿Quieres que invente excusas como en el colegio?

—Vaaaa —suplicó, atrapando entre los dientes su labio inferior.

—El trabajo es una responsabilidad —consiguió decir, mientras lograba escapar de su agarre—, y yo no eludo nunca mis responsabilidades.

—Cierto —Jhett se incorporó de nuevo hasta quedar sentado sobre el colchón, y tapó su abultada entrepierna con una de las almohadas—. Podrías dejarlo.

—Dejar, ¿el qué?

—La cafetería, dejar ese trabajo, y dedicarte a buscar algo de lo tuyo.

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—Pues... —Miranda terminó de acordonarse las deportivas y se miró en el espejo por última vez antes de salir—. ¿Por el dinero? —tanteó.

—Eso no es problema.

—¿No?

Miranda le miró con insistencia, esperando una respuesta que se estaba demorando demasiado, un brillo especial cruzó entonces su mirada, o al menos eso es lo que creyó ver o quizás intuir Jhett, que dudó unos instantes, estuvo a punto de decir algo, pero calló de repente, impulsado quizás por la prudencia, o tal vez por una punzada de temor, en su fuero interno sabía que en realidad era miedo a poner en peligro lo que estaba tratando de construir en esos momentos. Consideraba que quizás debiera arriesgarse y ser sincero con ella, sabía que basar su relación en una mentira podría terminar por pasarle factura. Aunque en el fondo de su corazón esperaba que ella nunca llegara a saber nada de sus trapicheos, era consciente que cimentar su relación en una mentira o en medias verdades... Miranda era una mujer lista, de eso no tenía la menor duda, había dado sobradas muestras de ello, y él... Él solo era un mentiroso con una doble vida, una doble vida que empezaba a pesarle en las espaldas. Miranda le observó unos instantes más, dudó si preguntarle sobre el dinero que encontró en bolsillo de su chaqueta, pero finalmente decidió no decir nada. Amplió su sonrisa y se lanzó sobre el colchón para robarle un último beso antes de irse a trabajar.

Bajó apresuradamente las escaleras, no le gustaba llegar tarde, prefería llegar con tiempo suficiente para hacer otro café y charlar un rato con Melisa, Clarise o quien estuviera en el turno, y comprobar que todo estaba en orden antes de ponerse a trabajar. Le gustaba, como siempre, tener las cosas

bajo control, como cuando trabajaba para Giorgio... Sin proponérselo, ese pensamiento la transportó a la llamada que había recibido la noche anterior. No había tenido tiempo de pensar en ello, la fugaz idea de que Sean quizás la hubiera llamado para comentarle algo más que las cuatro cosas que pudo dejar olvidadas en la casa, la asaltó de pronto. Probablemente, de no haber encontrado el sobre con el dinero, y haber tenido su mente ocupada dando vueltas a ese asunto, la idea sobre cuál podría haber sido el verdadero motivo de esa llamada, ya la habría analizado en profundidad antes de irse dormir.

—Un centavo por tus pensamientos —casi sin darse cuenta, ya había llegado a la cafetería.

—Me llamó Sean.

—¿Y ese era...?

—La pareja de Giorgio.

—¡Vaya! —exclamó su hermana—. Quieren que vuelvas, ¡lo sabía!

—Freeenaaa... Solo me llamó porque...

—No importa lo que te dijera —Melisa dejó un café frente a su hermana—, la llamada seguro que era una excusa.

—Es posible.

—Miranda...

—¡Es que nadie sirve aquí! —desde una de las mesas del fondo un cliente impaciente elevó la voz llamando su atención e hizo que ambas se sobresaltaran—. Llevo más de diez minutos esperando.

—Gilipollas —gruñó Melisa, saliendo de detrás de la barra.

Miranda se puso el uniforme en la trastienda y volvió de inmediato a colocarse tras la barra donde empezó a secar los vasos. Estaba abstraída, su mente divagaba y se trasladaba a gran velocidad de Little Havana al

Downtown, de su vida actual, a la que llevaba hacía tan solo unos meses atrás. ¿Echaba de menos su trabajo anterior?, se preguntó apenas sin ser consciente de que incluso en sus propios pensamientos se hacía la pregunta en voz muy baja, como si fuera a sentir pesar por saber a ciencia cierta que la respuesta era afirmativa. Sí, desde luego que echaba de menos la responsabilidad de su anterior empleo, la relación con clientes, proveedores, tener que lidiar con la prensa, el estrés, las prisas, la adrenalina que se disparaba los instantes previos a la presentación de una nueva colección, la incertidumbre de saber si lograría cumplir las expectativas y cubrir las necesidades, a veces excéntricas, otras simplemente absurdas, de un genio creativo con un ego aún más grande que su propia genialidad, pero... existía otra certeza, y era que jamás se había sentido tan feliz como en esas semanas con Jhett. Su corazón estaba dividido, pero no quería hacer caso a su cerebro, que sin duda le recordaría lo que ella en el fondo ya sabía, que todo su esfuerzo, todos esos duros años peleando por intentar escalar puestos habrían sido en vano. Años de estudio y de preparación para terminar sirviendo café tras una barra. Melisa tenía algo de razón, siempre la tenía, aunque ella por orgullo, o simplemente por no dar su brazo a torcer, no quisiera dársela, rebufó y alzando los ojos en dirección a la mesa del fondo, observó a su hermana. Ella siempre había estado ahí, desde que tenía uso de razón, cuidando de ella, animándola en los momentos bajos, compartiendo con ella los momentos felices, sus logros, pero también enjugando sus lágrimas y tragando con ella bilis tras sus fracasos, tendiéndole la mano para ayudar a que se levantara cuando cometía errores, o poniendo tiritas en su corazón, que creía roto y destrozado para siempre, cuando descubrió que su primer novio la engañaba, aunque Melisa le aseguraba que ese dolor pasaría, que encontraría a alguien especial cuando llegara el momento, no podía creerla entonces, pero también en eso tuvo razón, parecía que ella nunca se

equivocaba. Su hermana mayor siempre había estado a su lado... todavía lo estaba.

Giorgio jamás perdonaría lo del Aston Martin, a pesar de que ella no hubiera tenido la culpa de lo que había pasado, encima parecía que tuviera que estar agradecida de que no la hubiera acusado de haberlo robado ella, o de ser cómplice del ladrón, como quería hacer en un principio, hasta que Sean le quitó la absurda idea de la cabeza. Su trabajo para la firma GioDee's estaba totalmente muerto, irrecuperable.

La mañana transcurrió con rapidez, el ajetreo del mediodía facilitó que por fin cesaran esos pensamientos reiterativos. Tomó nota de los pedidos, sirvió las mesas y las recogió, para instantes después volver a empezar con una mesa diferente, un nuevo pedido, un nuevo servicio... y vuelta a empezar. Tampoco era un mal trabajo, resultaba cansado, incluso a veces era agotador y estaba mal pagado, pero no se le daba mal, le gustaba atender a la gente, charlar con los clientes, conocer pequeños retazos de las vidas de unos y otros, que ellos mismos le contaban... Y estaba Melisa. No podía evitar pensar en el incontable número de llamadas de su hermana que había dejado de atender por estar ocupada con los caprichos y exigencias de Giorgio. Cuando Melisa se separó, pasaron tres semanas hasta que pudo encontrar un hueco en su apretada agenda para ir a verla y saber cómo estaba. «¡Tres semanas!», se recordó con pesar, sin querer restar ni un ápice de penitencia a su remordimiento. Ahora lo pensaba y se arrepentía de no haber actuado de otro modo. Se había comportado muy mal con ella, dejándola en un segundo plano, anteponiendo siempre los deseos y los caprichos de su excéntrico jefe, a las necesidades de su propia hermana.

—Un cubano, una hamburguesa completa, dos de patatas fritas y dos colas —el Mexicano tamborileaba con los dedos sobre el mostrador, tras el

que Miranda se había abstraído de tal modo, que no le había visto ni llegar.

—Marchando —dijo tomando consciencia de dónde se encontraba—. ¿Te lo pongo para llevar? —preguntó al ver que había venido sin sus compañeros.

—Sí, hoy tenemos mucho trabajo, se nota que estamos solos.

—Claro —susurró mientras sacaba unas latas de refresco de la nevera—. ¿Cómo está Carlos?, ¿sigue con el orgullo herido?

—¿Carlos? —el Mexicano dudó un instante—. Bueno, su orgullo siempre anda a rastras —sonrió.

—¿Lo pasasteis bien anoche? —cogió las patatas que habían dejado preparadas a través de la ventana de la cocina y las introdujo dentro de la bolsa de papel.

—¿Anoche?... ¡Oh! Sí, sí, anoche... Sí. Mucho.

—Entonces, Carlos debe estar contento, ¿no? Logró llevarse a la morena a casa.

—Sí, tuvo suerte el huevón.

—¡Oh venga!, no seas modesto. Jhett ya me ha explicado que tú hiciste buenas migas con una pelirroja.

—Esto... —una más que evidente incomodidad tintó sin querer el tono de su voz—. Bueno... Suerte.

—Ya —el enfado de Miranda había ido en aumento, hasta tal punto que tuvo que relajarse y concentrarse para que el temblor de sus manos, y la humedad de sus ojos, a punto de romper en un mar de lágrimas, no la delataran—. ¿Algo más? —preguntó, a duras penas, cuando terminó de introducir los bocadillos en la bolsa.

—Nada.

—Veinte con cincuenta.

—El cambio para el bote —dijo con la clara intención de irse cuanto

antes.

—¡Espera! —le interceptó Miranda, cortándole el paso, saliendo de detrás de la barra—. ¿Cómo se llamaba el local? Mel y yo queremos salir un día de estos, por tener opciones...

—Esto... aaahhh... estuvimos tomando algo en el Ball and Chain.

—Suena bien, me lo apunto.

Miranda cerró los puños, regresó tras la barra y se tragó las ganas de llorar. Jhett le había mentido. Y pensó en todas esas noches que decía que había estado tomando algo con «los chicos», no habían sido muchas, pero... Un escalofrío recorrió su espalda, lo suyo con Jhett había sido un flechazo, y como buen «amor a primera vista» todo había sucedido de manera muy precipitada. Apenas se conocían, casi no sabía nada de él, solo que le quería. Se había enamorado de él casi irremediabilmente y sin darse cuenta. Una sola cita le había bastado. ¿Podía él, quizás, no sentir lo mismo?, se preguntó en un momento de duda, pero enseguida sacudió esos pensamientos de su cabeza. Había sido él quien le había pedido que se mudara, también él había sugerido buscar un apartamento más grande, era quien hacía planes de futuro, intentaba seducirla con viajes exóticos y quien la colmaba de regalos.

Miró la hora en el reloj que pendía de la pared, no sabía si quería que las manecillas empezaran a girar con más ímpetu para poder terminar su turno e irse a casa, o por el contrario, prefería que estas se detuvieran, pues en realidad tenía miedo de enfrentarse a él.

—¿Qué pasa? —preguntó Melisa cuando regresó a la barra con una bandeja vacía.

—Nada.

—Siempre has mentido fatal, desde que eras pequeña.

—¿Si?, no lo sabía, podrías habérmelo advertido antes.

—Que tonta... —rio mientras dejaba una nota sobre la barra—. Toma, llénamela de café —pidió al tiempo que le alcanzaba una jarra de cristal—. ¿Te ha dicho algo el Mexicano?

—No, nada, ¿por qué?

—Porque te ha cambiado la cara.

—Bah, eso es el sueño —exclamó sin ganas—. ¿Te importa si hoy me voy un poco antes?

—Si no hay mucho trabajo, no hay problema.

—Gracias Mel.



—¡He dicho que no! —gritó furioso—. Me dijiste veinte mil dólares y eso es lo que quiero, ni más ni menos. No me jodas Tom, tú no...

—Pero entiéndelo Turbo, el cliente...

—¡El cliente me importa una mierda!, mi trato es contigo. Lo que tú hagas después con los coches, no es mi jodido problema —hizo una pausa, y bajó la voz—. Como tampoco lo es que intenten estafarte.

—¿Qué intentas decir?

—Sabes que el coche estaba impecable cuando te lo entregué. Me conoces Tom, sabes cómo trabajo...

—Lo sé, pero las cosas están cambiando.

—Eso a mí no me incumbe. Quiero mis veinte mil.

—Turbo...

—Mañana —zanjó la discusión dándole la espalda.

Salió del taller dando un portazo. Estaba furioso. Podía sentir la rabia

corriéndole por las venas, emponzoñándole por dentro. Solo le faltaba que Tom intentara joderle, desde que tenía uso de razón todo el mundo le fallaba en un momento u otro. Apretó los puños con fuerza, y caminó dando vueltas, sin dirigirse directamente a casa, para intentar que se disipara toda la ira se que se había ido acumulando en su interior en la última hora. Fumó un cigarrillo, dejando que el humo se mezclara con el amargo sabor de boca de quien se siente traicionado.

Cuando llegó al apartamento estaba algo más calmado, y pensar que Miranda estaría allí terminó de borrar toda la mala energía que había acumulado durante el día. Hoy hacía tres meses de su primer beso, sonrió al recordarlo y se arrepintió de inmediato, de no haberlo pensado antes, pues podría haberle comprado unas flores. Introdujo con cuidado la llave en la cerradura y la hizo girar con delicadeza intentando que esa vieja puerta no chirriara como de costumbre. Entró casi a hurtadillas y se detuvo a observarla un momento desde el quicio de la puerta. Estaba de espalda, su melena lisa caía libre sobre sus hombros. Todavía llevaba puesto el uniforme del trabajo, ese que le resultaba tan sexy. La miró un instante más y se sintió un tipo afortunado por tenerla. Miranda entró en el dormitorio sin verle y él la siguió hasta allí.

—¡Sorpresa! —gritó al entrar—. ¡Joder! —exclamó— y menuda sorpresa, ¿qué es esto? —dijo señalando los montones de ropa diseminados por toda la cama.

—Ropa, ¿no lo ves?

—Claro que lo veo, lo que quiero saber es el motivo de que esté toda tirada —sonrió—. Parece que haya pasado por aquí un tornado —Jhett cogió una prenda al azar y la alzó, miró a Miranda y supo que algo iba mal—. ¿Estás bien?

—¿Por qué me has mentado? —soltó sin más, sin paliativos, no era así como lo había planeado, pero al verle había surgido de ese modo.

—¿Qué?

—¿Dónde estuviste ayer? —volvió a maldecirse por ser tan directa, definitivamente no era ese el modo en que habría querido abordar la situación.

—Con los chicos.

—Jhett, cuando utilices a alguien de coartada, antes asegúrate de decírselo. A mediodía el Mexicano vino a la cafetería a buscar la comida. Estuvimos charlando un rato, y adivina... aunque intentó disimular, no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. ¡Joder Jhett!, pensaba que no eras esa clase de tío.

—Espera, espera... princesa...

—¡Ni se te ocurra! —amenazó, muy enfadada, su voz casi tembló por la indignación que sentía y estaba a punto de romper a llorar, aunque trataba de evitarlo—. ¡Es que encima eres tonto! —exclamó ahora ya sin poder evitar que la primera lágrima rodara por su mejilla.

—¡Joder Miranda! —exclamó con vehemencia y aunque quería abrazarla, no se atrevió a dar ni un paso—. ¿Qué crees que he hecho?

—No lo sé, dímelo tú.

—Nada.

—Hay otra —sentenció.

—¿Qué? Estás de coña, ¿no? Jamás, ¿me oyes? —Jhett se acercó a ella despacio, y a pesar de que Miranda quiso retirarse, la obligó a permanecer a su lado, y sostuvo su mentón con dos dedos para alzar su rostro y poder enfrentarla a sus ojos—. ¿Otra? Eso no sucederá nunca. Te quiero demasiado.

—Mientes...

—¡Joder! ¿En serio has pensado eso de mí? Sé que nos conocemos

poco, pero... supuse que a estas alturas ya sabrías que no podría hacerte daño.

—No sé ni qué pensar.

—Vamos, princesa... en serio, yo nunca te haría algo así.

—Lo sé... —dijo al fin, dejando de oponer resistencia.

—Pues si lo sabes, ¿por qué dudas?

—Pero hablé con el Mexicano y... no tenía ni idea y... quizás no haya otra, pero...

—En eso tienes razón, siento haberte mentido sobre lo de anoche, pero en serio ¿otra? —Jhett soltó una carcajada que cortó de inmediato al ver que la cara de ella continuaba igual de seria—. Estuve con Tom. Quería que fuera una sorpresa, en fin... —dijo soltando el aire en un bufido y apartándose de ella—. Me ha ayudado a conseguir un [Chevrolet Camaro](#) del 70, es una virguería, pero necesita un par de arreglos...

—Espera... ¿Me has comprado un coche? —Jhett asintió divertido, al ver ahora su cara de desconcierto—, pero...

—No puedo dejar que mi chica vaya por ahí con esa tartana... Cualquier día tu Volvo te dejará tirada.

—Me has comprado un coche —repitió, esta vez dejando a un lado el tono inquisitivo.

—Siento haberte mentido, necesitaba un par o tres de noches para ponerlo a punto. Debería habértelo dicho, he sido un gilipollas...

—¡Pero qué dices! —exclamó compungida—. Yo... lo siento —resopló y se acercó a él para coger sus manos—. He sido una estúpida, no sé, es que...

—¡Bah! —sonrió entonces restando importancia—. Nuestra primera crisis —anunció solemne, pero no pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Cenamos fuera para celebrarlo?

—¡Vale!, joder, me siento una tonta.

—Pues a mí me gusta —susurró acariciando el lóbulo de su oreja—, estabas celosa, y eso me encanta.

—He desconfiado de ti —repuso apenada.

—Bueno, la verdad es que te he dado motivos, te he mentado, y además bastante mal —hizo una mueca divertida con su boca—. Tomo nota sobre eso de ensayar mejor las coartadas, soy nuevo en esto de las relaciones.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo —susurró melosa.

—Lo prometo —aseguró levantando una de sus manos a la altura de su pecho—. Entonces, ¿vamos a cenar?

—Sí, pero le dije a Mel que pasaría por su casa más tarde.

—Perfecto, yo tengo que hacer un par de cosas, te recojo en casa de Melisa. Reservaré mesa en el Komodo.

—¿El Komodo?

—¿No te gusta?, ¿prefieres otro sitio?

Miranda conocía el local. Había estado una vez, con Mario, un sitio elegante, caro. Desvió la mirada hacia la cazadora que colgaba del respaldo de la silla de la habitación. Por un momento, estuvo tentada de decir algo más, de preguntarle por el abultado sobre que había encontrado en el interior del bolsillo, pero ya había tenido suficiente, no quería estropearlo y que Jhett sintiera que desconfiaba de él, estaba claro que su imaginación y sus celos le habían jugado una mala pasada. Estaba segura que Jhett no era de esa clase de tíos.

—Me parece bien —respondió al fin.

—¿Nos vemos en una hora?

—Claro, a las ocho estaré preparada —asintió, justo antes de verle desaparecer.

Jhett descendió la escalera a gran velocidad, saltando los escalones de dos en dos, mientras deslizaba su mano por la barandilla, hasta llegar al último tramo donde sorteó los cuatro últimos a la vez, y atravesó la puerta para alcanzar la calle. Continuó caminando por la acera a grandes zancadas hasta alejarse del apartamento, sacó el móvil, y resoplo repetidas veces, antes de marcar el número de Tom. Miró a ambos lados, de un lado a otro de la manzana donde se encontraba, para asegurarse que estaba solo. Había sido un verdadero estúpido, se reprendió a sí mismo, Miranda no era como la clase de tías con las que solía salir, continuó martirizándose, y precisamente por eso se había enamorado de ella. Su comportamiento había sido demasiado imprudente y volvió a pensar en Miranda, sin duda, a ella no podía engañarla como había camelado a otras, regalando caricias y algunas palabras bonitas. Miranda era una mujer de los pies a la cabeza, resolutiva, inteligente, elegante, acostumbrada a tratar con la gente, a frecuentar sitios de moda y restaurantes caros, tenía más clase en la yema de uno de sus dedos que la mitad de las chicas con las que había salido, todas ellas juntas, y con chasquear simplemente los dedos, podría tener a cualquier tipo, y él se sentía afortunado de que, entre tantos posibles candidatos, le hubiese elegido a él.

—Te perdono los veinte mil —soltó nada más escuchar el saludo de Tom al otro lado de la línea—, pero necesito un Camaro del 70, que esté en perfectas condiciones.

—¿Para qué diablos quieres tú un Camaro?

—Para Miranda.

—Vaya, vaya, vaya... ¿puedo saber por qué un Camaro?

—¡Y yo qué cojones sé!, fue el primer coche que se me vino a la mente... Lo necesito para ayer.

—Entiendo.

—Oooohh no, no lo entiendes, por eso estás solo y morirás solo.

—Las mujeres son demasiado complicadas para mí, prefiero los coches, aunque no follen.

Jhett colgó sin responder a ese último comentario y guardó el móvil en el bolsillo de sus tejanos. «Un Camaro, hay que joderse» pensó. Bajó la calle a toda prisa y entró en uno de los locales de comida rápida de Flagler Street, se pidió un refresco y se dispuso a esperar. Tom no tardó ni treinta minutos en llamar para decirle que Miranda ya tenía coche, le comentó que estaba algo «tocado» de chapa, pero perfecto de motor. Le aseguró que no le costaría mucho dejarlo como nuevo con un par de arreglos y haciéndolo pasar por chapa y pintura. Ya tenía coche, y coartada, y sin duda había aprendido la lección.

Cuando volvió al apartamento Miranda no estaba, miró el reloj, llamó al restaurante para reservar mesa y se duchó. Hacía unas semanas había estado en la puerta del Komodo, bueno para ser más exactos en el aparcamiento. Era un sitio elegante, sin duda, un lugar a la altura de su chica, pensó satisfecho. Eligió un pantalón negro y una camisa blanca, para ir sobre seguro y no equivocarse en la elección, y recordó que tenía una americana perfecta. Fue a la otra habitación y rebuscó en el armario hasta que dio con ella, le quedaba estupenda, un poco holgada, pero apenas se apreciaba. No pudo evitar que la risa le asaltara al ver su reflejo en el espejo, parecía uno de esos tipos estirados que trabajaban en los altos edificios del Downtown. Y con esa sensación de aparentar ser quien no era, cogió el coche para ir a recoger a Miranda.

—Wow —soltó, seguido de un prolongado silbido cuando la vio aparecer—. Me has dejado sin palabras.

—Exagerado.

—¿Bromeas? Voy a ser el tío más envidiado de todo Miami —se acercó a ella y le ofreció la mano—. Tenemos mesa reservada a las nueve, ¿tomamos antes una copa?

—Me parece un plan perfecto.

Jhett no podía evitar observarla de reojo mientras conducía, y ella, que se daba perfecta cuenta de las miradas furtivas que le dedicaba, no podía más que sonreír. Habían entrelazado sus manos hacia un rato y ninguno de los dos parecía dispuesto a romper ese contacto. No tardaron demasiado en llegar al restaurante, y Miranda se sorprendió pensando que lo que antes le parecía un largo trayecto y una enorme pérdida de tiempo, ahora lo sentía casi efímero. Su nueva vida le había ofrecido una perspectiva diferente, y si pudiera volver atrás, cambiaría muchas cosas.

—¿Me permites? —dijo Jhett abriendo la puerta y tendiéndole la mano.

—Vaya... —exclamó ella, mostrándose encantada con su gesto.

Jhett abrió la puerta de atrás de su coche, sacó la americana y se apresuró a ponérsela, abrochando uno de los botones, para estirar después de los puños de su camisa, se miró en el reflejo del cristal y sonrió. Al girarse para coger a Miranda por la cintura se topó con algo inesperado, la mano de ella golpeando con fuerza su mejilla. No pudo reaccionar a ese primer golpe, pero cuando ella alzó la mano para golpearle de nuevo, la sujetó por la muñeca para detenerla.

—¡Pero qué cojones...!

—Fuiste tú —su tono de voz era acusador, aunque sonó rota.

—¿Yo?

—Tu robaste el Aston Martin de Giorgio —escupió sin titubear—. Que estúpida he sido.

—¿Pero de qué estás hablando?

—Esa chaqueta —dijo señalándola con un gesto de su mentón—, era suya.

—¿Qué? ¡Oh venga!

—Le falta un botón, aquel día yo tenía que llevarla al taller, cuando un GILIPOLLAS me robó el coche, mi vida, y mi futuro.

—¿Esto? —dijo pasando las manos por la americana—. La compré en una tienda de segunda mano.

—Mientes.

Jhett sintió que su mundo se desmoronaba bajo sus pies en ese preciso momento, todo tembló a su alrededor, o quizás había sido él, quien durante una décima de segundo había creído tambalearse. Se asió al borde del capó del coche. ¿Qué iba a decirle?, no podía mentirle por más tiempo, ella no se lo merecía. Debería haber sido honesto mucho antes, en el momento en que se dio cuenta que no había marcha atrás, pues se había enamorado. Debería haber confiado en ella y haberle mostrado sus cartas, pero no supo cómo hacerlo, no al menos sin arriesgarse a que no lo entendiera, no podía, en realidad no había querido arriesgarse a perderla, y sin embargo, ahí estaba ahora, a punto de que su vida se fuera a la mierda, y de perder lo único que de verdad le importaba...

—Robaste el Aston. Eres un ladrón de coches. No hay ningún Camaro, ayer por la noche volviste a hacerlo... —dijo de carrerilla, sin tomar

aliento—. No has dejado de mentirme desde que nos conocimos —fue como si de pronto todo encajara. Miranda aguardó, pero Jhett parecía totalmente absorto, incluso puede que sepultado bajo el peso de sus palabras—. ¿No vas a negarlo?

—No puedo —susurró derrotado.

Miranda sintió un ahogo repentino. ¿Qué quería decir con eso de que no podía?, se preguntó sin ser capaz de formular la cuestión en voz alta. Necesitaba tomar asiento, aunque solo fuera un momento, recuperar ese aliento que sentía le faltaba, pero se mantuvo de pie, mirándole directamente a los ojos, enfrentándose a esa mirada suya, tan profunda y clara, que, sin duda, la había tenido engañada todos esos meses. Jhett trató, a duras penas, de erguirse un poco, abrió la boca para decir algo, pero acalló sus palabras antes de que abandonaran su garganta.

El silencio, duro e hiriente, se instauró entre ambos, como una densa niebla que les envolvía poco a poco y les ahogaba, pero ninguno de ellos se atrevió a romperlo. Jhett tomó aire y se adelantó un paso en su dirección, la misma distancia que retrocedió ella.

—¿Estás bien?

—¿Eres un ladrón?

—Sí.

Esa afirmación se clavó en medio de su corazón, como una afilada daga, por un segundo pensó que hubiera preferido que él mintiera y lo hubiera negado.

—¿Por qué? —preguntó esta vez en voz alta, aunque... ¿acaso eso

importaba? Miranda sabía que no, que nada de lo que dijese podría hacer... ¿O sí? Llevó la palma de la mano a su estómago, donde se había formado un nudo y se sintió mareada—. ¿Sabías quién era yo cuando...?

—No, te juro que no... —se apresuró a decir—. Miranda, por favor, ¿podríamos hablar de esto en algún otro sitio? —bajó la voz hasta convertirla en un susurro cuando una pareja pasó por su lado.

—No me toques —exclamó con sequedad, cuando él se acercó a sujetarla.

—Miranda, nena...

Se alejó del coche un par de pasos, tenía que pensar, necesitaba hacerlo. Jhett la observó a distancia, sin atreverse a ir tras ella, sabía que, en ese momento, más que nunca, necesitaba su espacio. Se detuvo de repente y giró sobre sus talones observándole, se había dejado caer hasta apoyarse sobre el capó del coche y la miraba suplicando su perdón, o al menos eso creyó entender ella. Y de un plumazo, sintió que el hombre que le había devuelto la vida era el mismo que meses antes se la había arrebatado, pero por encima de todo, lo que más le dolía era todo ese tiempo que él, deliberadamente y con la más cruel de las intenciones, le había mentado.

—Necesito pensar —puso voz a su necesidad.

—Lo entiendo... pero antes, déjame que te explique.

—No hay nada qué explicar. ¿Robas coches?

—Sí.

—El sobre con dinero que hay en tu cazadora es de...

—Un trabajo, el anticipo de un Masserati, para ser exactos...

—¿Y desde cuándo...?

—Desde que tengo uso de razón... Lo siento princesa, este soy yo,

ahora ya me conoces.

—Ese es el problema Jhett, que no sé quién eres.

—Sigo siendo el mismo.

—Has jugado conmigo.

—¡No, joder!, cuando te reconocí hice todo lo posible por apartarme de ti. Me sentía fatal cada vez que te veía, pero...

—Pero...

—Me enamoré y contra eso... Miranda te quiero. Ayúdame... no sé cómo solucionar esto, quiero que vuelvas a confiar en mí, te juro que nunca he tenido intención de hacerte daño...

—Pues me lo has hecho.

—Lo sé, y lo siento... —hizo ademán de acercarse de nuevo, pero a un gesto negativo de ella, se detuvo—. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

—No lo sé.

—Lo que sea, por favor, princesa...

—Déjalo —espetó tajante. Él la miró con expresión de no comprender a qué se refería—. Júrame que no volverás a hacerlo. ¡No!, larguémonos de aquí, a cualquier otro sitio, empecemos de nuevo...

—Miranda, no es tan fácil.

—¿No puedes dejar de robar? —preguntó con incredulidad. Él la miró contrariado, sin saber qué decir—. ¿Por qué? —insistió ella.

—No sé... ¿Puede un león dejar de cazar?

—Los leones no cazan.

—¿Qué?

—Que los leones no cazan, lo hacen las leonas.

—Bueno, ya me has entendido —soltó un tanto irritado.

—¿Entonces?

—Miranda, por favor —le suplicó cogiéndola de las manos—. No me

hagas elegir, por favor...

—¿Elegir? —le miró con condescendencia—. Jhett, ya lo has hecho —soltó rompiendo a llorar—. Ya has elegido, y has elegido mal, puedes tatuártelo si quieres —sentenció ella, antes de marcharse.

Caminó de prisa, cuando llegó a la calle principal no tardó en localizar un taxi, alzó la mano y cuando se detuvo delante de ella, subió al vehículo con rapidez, no se dio la vuelta, a pesar de saberlo tras ella, observándola. Cuando el taxi ganó velocidad y se alejó, permitió que sus lágrimas fluyeran desbocadas y se precipitaran sin control por sus mejillas.

CAPÍTULO 5

No había logrado conciliar el sueño en toda la noche, bien entrada la madrugada sus lágrimas por fin se secaron, o simplemente se le agotaron porque quizás ya las había derramado todas en el transcurso de esas horas. Melisa permaneció junto a ella, tendida a su lado, sin decir nada, tratando de consolarla, cubriéndola con un cálido abrazo y meciendo su melena, o besando su sien con dulzura, como cuando de niña le asaltaban las pesadillas, poco después de la muerte de su madre, y la arropaba con su propio cuerpo, mientras le juraba que jamás dejaría que nada malo le pasara. La noche anterior, al verla regresar a casa cuando no la esperaba, pues supuso que dormiría con Jhett, como había venido haciendo casi todas las noches durante las últimas semanas, y vio la funesta expresión de su cara, no dijo nada, ni siquiera se atrevió a preguntar, solo la abrazó, la ayudó a quitarse el vestido y se recostaron juntas sobre la cama.

—Mel —susurró sin abrir los ojos—, todo ha terminado...

—Lo siento.

—Me lo advertiste...

—Pero no quería tener razón. Miranda, lo lamento —aseguró al tiempo que rozaba su mejilla—, ojalá hubiera estado equivocada...

—Lo sé —susurró acurrucándose bajo las sábanas, dejándose arropar por los brazos de su hermana—. ¿Sabes...? Siento mucho no haber estado a tu lado cuando él se largó... He sido muy egoísta.

—No digas eso.

—No —la atajó, con algo más de convicción—, quiero que sepas que

lo siento, y no dejaré que nada vuelva a interponerse entre nosotras.

Melisa besó su mejilla y se recostó de nuevo a su lado. Ambas permanecieron largo rato abrazadas, dejando que las horas transcurrieran despacio, y rompiendo el silencio solo de vez en cuando para recordar viejos recuerdos de su infancia que las hacía sonreír, aunque de forma amarga. Momentos felices que, ahora, con el paso de los años, se volvían dolorosos y un tanto agriados. Cerca del mediodía fue Melisa quien se levantó para preparar algo de comida, pero Miranda no quiso probar ni un bocado.

—Tengo que llamar a alguna de las chicas para que cubra tu turno de mañana —dijo sentándose en el borde de la cama.

—No —Miranda hizo el intento de incorporarse, pero se sentía tan débil que se dejó caer de nuevo sobre el colchón—, yo iré.

—Miranda, quédate un par de días en casa.

—No.

—¿Por qué no?

—No insistas, ya te he dicho que no.

—Eres una cabezota.

—El trabajo es el trabajo —susurró Miranda.

—Ni que fueras la presidenta de los Estados Unidos —bromeó Melisa —. Es solo un turno en la cafetería, tú debes descansar y... bueno...

—No, prefiero estar ocupada.

—Está bien, pero come algo.

—No tengo hambre.

—Miranda, cariño...

—Lo sé... solo es un tío y lo conozco desde hace muy poco —soltó

anticipándose a lo que de bien seguro le iba a decir su hermana—. Lo único malo es que me he enamorado de él como una idiota —dijo sin poder esconder el pesar de su voz.

—Iba a decir que estás muy delgada —forzó una sonrisa—. ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—Puedes.

—Pero no me responderás.

—No.

—Jhett es un buen chico...

—No quiero saber nada más de él.

—Ya, pero...

—¡Basta Melisa!

—Está bien —dijo con resignación y se levantó de la cama—. Miranda, come un poco —ordenó al salir de la habitación—, no me obligues a dártelo a la fuerza.

—¿Quién es ahora la cabezota? —protestó.



Miró sus nudillos ensangrentados y gruñó antes de volver a golpear el saco con todas sus fuerzas, soltando en ese golpe parte de su rabia que, en vez de disminuir, parecía ir en aumento. Lanzó un nuevo golpe, seguido de otro, y otro más. El dolor que sentía en las manos era punzante, pero no se podía comparar con el que sentía en medio del pecho, cerca de la boca del estómago. Ese dolor sí que era insoportable, como una puñalada. Sabía de lo que hablaba, y un cuchillo nunca le había lastimado tanto. Siguió golpeando el saco de boxeo hasta que la extenuación, no solo de su cuerpo si no de su mente, le hizo fallar el último golpe y caer al suelo con estruendo, donde se

quedó tendido, intentando recuperar el aliento que le faltaba. Dio la vuelta quedando sobre su espalda, su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, no era consciente de las horas que habían transcurrido, apenas recordaba lo que había sucedido tras ver desaparecer calle abajo, aquel taxi que se alejaba con la única persona que de verdad le importaba en su interior.

No podía culparla, él le había mentado. No podía recriminarle nada, pues ella tenía razón. Solo era un ladrón, una mala persona, un vulgar criminal que no sabía hacer otra cosa y lo que sin duda era peor, le gustaba lo que hacía, y era realmente bueno. Pero, aunque la amaba, también era consciente de que ella merecía algo mejor. Lo supo desde el primer día, pero se había querido engañar y no verlo, era más sencillo mentirse a sí mismo que tratar de renunciar a ella, debió haberlo hecho aquel mismo día en que sus miradas se cruzaron en la cafetería... Debió haberle puesto fin en aquel preciso momento, antes de dejar a su corazón cabalgar libre en pos de la tentación que suponían aquellos labios jugosos, que encerraban la promesa de dulces besos. Fue fácil dejarse arrastrar, permitirse soñar por un largo instante que alguien como ella pudiera amarle. Sí, debió dejar morir esa historia de amor antes de que diera inicio, antes de que ella se colara con fuerza en su vida y en su alma, quizás así hubiera sido más fácil, porque no es posible echar de menos aquello que nunca se ha tenido, pero cuando se ha rozado el cielo con la yema de los dedos y esa sensación se pierde... qué hacer entonces. Cuando notó que volvía a respirar con normalidad se incorporó dejando sobre el suelo el rastro de una pequeña mancha de sangre. Miró sus manos y reaccionó entonces, ni siquiera se había dado cuenta de las heridas abiertas que tenía en sus nudillos, fue al baño y lavó con jabón las heridas. Le dolía la cabeza y un regusto amargo inundaba también su boca. Había bebido, había bebido mucho.

Se sintió perdido, sin saber qué hacer, desconcertado, pues nunca

antes había vivido una situación ni remotamente parecida. Hasta que conoció a Miranda, las mujeres para él habían sido un simple entretenimiento, nada serio, nada en lo que debiera invertir el más mínimo esfuerzo, historias simples, sin complicaciones, que no duraban mucho más allá de un par de citas, no mucho más allá de un par de revolcones, sin promesas ni contraprestaciones y ahora, se sentía vacío, incompleto, no sabía qué debía hacer.

Se sentó en el borde de la cama, toda la habitación olía a ella, a esa fragancia fresca y elegante que solía poner en sus muñecas, el armario estaba lleno de su ropa, y sobre el colchón, había quedado olvidado su pijama. Miró a la mesita de noche donde, hacía tan solo unos días, habían colocado una tira de cuatro fotos, tomadas en un fotomatón, ella sonreía en todas, mientras él no salía bien en ninguna, nunca había sido demasiado fotogénico. Sintió una gran desazón, una sensación de pérdida que no había experimentado nunca antes, y lo peor de todo era que no sabía cómo solucionar algo así.

«Ya has elegido, y has elegido mal, puedes tatuártelo si quieres». Sus últimas palabras martilleaban una y otra vez dentro de su cabeza, le torturaban, del mismo modo que lo hacían sus ojos, por la decepción que había visto en ellos. Su mirada no encerraba rabia, no había visto enfado, ni ira, ni odio. Miranda le había escupido su gran y profunda decepción, y contra eso, era imposible luchar. Él solo era un vulgar ladrón de coches, un chico de la calle que había aprendido y enseñado a golpes a hacerse respetar. Cogió las cajas que aún estaban frente al armario y empezó a meter su ropa dentro, se había rendido antes de presentar la más mínima batalla. Se fumó un cigarrillo observando esas cajas llenas con sus cosas, de fondo el sonido del televisor anunciaba que se acercaba una fuerte tormenta. Miró el reloj, demasiado tarde, o demasiado pronto, quizás. Se dejó caer de nuevo sobre el colchón recreándose en el dolor que le producía su última mirada y la mueca

que formaron sus labios cuando le llamó ladrón.

La mañana siguiente llegó de manera inexorable, no había podido pegar ojo en toda la noche, estaba cansado. Se levantó de la cama, se vistió sin ninguna gana y con menos prisa, y se fumó su segundo cigarro mientras esperaba a que subiera el café. Cuando salió a la calle se colocó las gafas de sol y encendió un nuevo cigarro, se propuso no pensar en nada hasta llegar al taller, y allí ahogaría su rabia con alguno de los chicos, pero antes de poder alcanzar su destino, alguien llamó su atención. Su corazón dio un vuelco cuando reconoció a Melisa, que caminaba hacia él con seguridad y decisión, con el arrojo que, sin duda, a él le faltaba en ese momento.

—No voy a decir eso de «te lo dije», pero...

—No estoy de humor —advirtió.

—Yo tampoco, he pasado los dos últimos días consolando a Miranda.

—¿Cómo está?

—¿De verdad te importa?

—Vamos Melisa, sabes que sí.

—Lo sé, perdona. No entiendo qué ha pasado entre vosotros —dijo relajando el tono de su voz, que hasta el momento había sido a la defensiva—, pero si hay la más mínima posibilidad de que lo arregles... —él negó con la cabeza—. Jhett, te conozco desde hace tiempo...

—Tú misma lo dijiste, no soy bueno para ella.

—Estaba equivocada.

—No, no lo estabas.

—También recuerdo qué me respondiste —insistió Melisa.

—Eso ahora ya no importa.

—Claro que importa, dijiste que la querías...

—Y eso no ha cambiado —se apresuró a decir.

—Jhett, no puede ser tan grave... seguro que...

—Mel, déjalo —atajó.

—¿Y dejar que ahora os equivoquéis vosotros?

—Tengo todas sus cosas empaquetadas —anunció tratando de poner fin a una conversación que no les conducía a ningún lado—. Dile que puede pasar a buscarlas cuando quiera.

—¿Y ya está? —preguntó, viendo cómo Jhett se daba la vuelta y comenzaba a alejarse, pero el grito de Melisa llegó hasta él con nitidez—. ¿No vas a hacer nada? ¿Te rindes sin luchar? ¡Jhett, me decepcionas! —y esa puntualización se clavó en sus oídos como hierro candente.

Cuando llegó al taller, entró cabizbajo, era la primera vez desde que empezó a trabajar para Tom, que no tenía ganas de estar allí. Habría deseado estar en cualquier otra parte del mundo, lejos del taller, de los coches, y de Little Havana. Al atravesar la puerta y poner un pie en el interior, le asaltó la música atronadora que sonaba en ese momento, mezclada de forma arrítmica con los golpes que Carlos daba sobre algo metálico. El penetrante olor a grasa le desagradó. Tom estaba en su despacho, hablaba por teléfono, mientras con la mano libre gesticulaba de manera exagerada. Cerca de la puerta metálica en el descampado que usaban como improvisado aparcamiento, vio un Camaro del 70 de color azul, algo rayado. Notó cómo se le aceleraba el corazón y de pronto sintió dolor en las manos que, tomando voluntad propia, se habían cerrado en sendos puños, que apretó con tanta fuerza, que algunas de las heridas de los nudillos se habían abierto y volvían a sangrar.

A su alrededor la música cesó. Alguien dijo alguna cosa que no alcanzó a entender, oyó palabras sueltas que no supo a quién iban dirigidas, pues su mirada y su pensamiento se habían quedado anclados en ese coche,

que parecía retarle, como si ese trozo de chatarra se burlara de él.

—¿Todo bien, hijo?

No pudo responder, pero sí consiguió arrancar la mirada de ese lugar de la campa donde se había quedado imantada y dirigirla a Tom que, a su lado, aguardaba a que reaccionara. Le hizo un gesto para que le siguiera al despacho y él obedeció como un autómeta.

—Tengo un trabajito para ti, una tontería... —soltó una gran carcajada—. Es un caramelito de esos que ahora gusta tanto fuera de los EEUU... Turbo, ¿estás bien? —él asintió—. ¿Te has peleado? —interrogó dirigiendo la mirada a sus puños.

—No es nada.

—¿Seguro? —insistió y el gesto afirmativo de su chico, pareció suficiente para Tom—. Está bien —dijo al fin—, toma, te he apuntado las características... pero en el fondo les vale cualquiera de ese estilo. ¡Eh! ¡Turbo!

Jhett salió del despacho con el trozo de papel en la mano y mientras lo doblaba para guardarlo en el bolsillo de su cazadora, apuró su cigarrillo, lanzó la colilla al suelo y la aplastó con fuerza. Cruzó el sucio local sin decir nada, bajo la atenta mirada de sus dos compañeros que no sabían muy bien qué hacer ni qué decir, pero estaba claro que Turbo no tenía un buen día, y en esas circunstancias era mejor no cruzarse con él.

—¡Eh! Turbo —el Mexicano se adelantó con cautela—. ¿Estás bien?

—Está claro que no —apuntó Carlos—. ¿Es por Miranda?

—¡Joder Turbo!, lo siento... Me pilló desprevenido, espero no haber metido mucho la pata, ella me preguntó y...

Jhett salió a la calle dejando a ambos con la palabra en la boca, del mismo modo que había dejado a Tom antes. En esos momentos sentía que no le importaba nada ni nadie. Se encaminó hacia Coral Way, pero de pronto viró sus pasos, como empujado por una necesidad morbosa de hacerse aún más daño. Pasó frente a la cafetería y la observó un instante, a través del cristal, sin ser visto, en su mente se dibujó la idea de que quizás ella algún día podría perdonarle, dudó unos segundos, intentó armarse de valor para entrar y hablar con ella, pero desechó la idea cuando sus ojos se cruzaron con los de Miranda, que le observaba, desde el interior del local. Él hizo ademán de acercarse a la puerta, pero el casi imperceptible gesto de negación de su cabeza, provocó que detuviera su avance. Su mirada escupía odio y resentimiento a partes iguales. Necesitaba recordarle que nunca había tenido intención de hacerle daño, pero todo su valor se había disipado como el humo de su cigarrillo.



El corazón le latía con una fuerza desmesurada, como cuando alguien está viendo una película de terror y sabe que está a punto de suceder algo, pero no quiere que pase, lo que necesita es gritar, cerrar los ojos o directamente apagar el televisor. Verle allí de pie, en medio de la calle, envuelto en el humo de su cigarrillo, observándola... casi supuso un shock. Miranda tragó saliva cuando intuyó que él tenía intención de entrar en la cafetería, y casi de forma involuntaria sus labios susurraron por ella un «no», que acompañó con un gesto negativo de su cabeza, casi imperceptible, pero

de inmediato supo que él lo había advertido. De nuevo sintió ganas de llorar. No podía enfrentarse a él, no en ese momento. Vio cómo Jhett se quedaba inmóvil, rindió su mirada y se dio la vuelta, dejando la cafetería atrás.

—En algún momento deberás hablar con él —dijo Melisa a su espalda.

Miranda entró en la trastienda, empezó a colocar el género en las cámaras y en las estanterías, mientras dejaba que las lágrimas empaparan sus mejillas. Se sentía traicionada, engañada, dolida... ¿Sería capaz de perdonar que fuera un ladrón? Esa misma pregunta llevaba rondando su cabeza desde la otra noche, y había llegado a la conclusión de que, a pesar de todo, de su rechazo a todas esas actividades ilegales, a tener que dejar de lado sus valores... sí podía llegar a perdonarle. Pero él le había mentado. No solo eso, lo que era aún peor, había jugado con ella. Después de robarle el coche, cuando se topó con ella en la cafetería, Jhett la había reconocido, él mismo se lo había confesado, y ahí es donde empezaba su desconcierto, cada vez que lo pensaba miles de ideas y sentimientos se mezclaban en su interior, y no sabía, no podía, no quería pensar. No se trataba del Aston Martin, ni que le hubiera destrozado la vida y su futuro en el mundo de la moda, lo que en realidad la martirizaba era que le hubiera estado mintiendo durante meses. Era un delincuente, un mentiroso, un embustero... a pesar de que le hubiera jurado que la quería, sus actos mostraban algo muy distinto. Miranda apoyó su espalda en la pared y se fue deslizándose hacia abajo, hasta dejarse caer en el suelo, permitiendo que sus lágrimas volvieran a correr indómitas por sus mejillas.

No podía dejar que todo eso afectara a su nueva vida. Hacía tan solo unos meses había tenido que dejarlo todo atrás y ahora, se veía empujada a

abandonarlo todo de nuevo, y con la imperiosa necesidad de huir de allí, no podía soportar la idea de verle, de cruzarse con él, no podía fingir que no pasaba nada o que no le importaba, pero al mismo tiempo, no tenía dónde ir.

—Miranda, el móvil —gritaron desde fuera.

—Voy.

Enjugó sus lágrimas, se recompuso como pudo, tomando aire un par de veces de manera pausada, se sentía una estúpida por perder el tiempo llorando por él, no lo merecía. Salió corriendo para coger el teléfono antes de que dejara de sonar. De nuevo, el nombre de Sean en la pantalla la desconcertó.

—¡Tienes que venir! —gritó al otro lado, sin tan siquiera saludar—. Miranda, Gladys se muere... La inútil de la asistente le ha dado galletas. ¡Galletas!, ¿te lo puedes creer?

—Pero... —dudó unos instantes—. ¿Dónde está Gio?

—En París, intentando solucionar lo que la antecesora de esta inútil provocó con su descuido al no enviar a tiempo la inscripción. GioDee's sin presencia en la semana de la moda parisina...

—Sean, ¡céntrate! —objetó Miranda—. ¿Has llamado a Martina?

—¿Quién?

—La veterinaria de Gladys. ¡Oh por Dios! Mel, tengo que salir —gritó en dirección a la cocina, antes de salir corriendo hacia la calle.

—¿Dónde vas? ¿Qué pasa? —quiso saber Melisa desde la puerta del local, pero no obtuvo respuesta.

Miranda corrió calle abajo en busca de su coche, mientras hacía

equilibrios para quitarse el delantal, que dejó en el asiento del copiloto. Metió la llave en el contacto y dio gas a fondo, incorporándose al tráfico sin tan siquiera mirar. Desde la memoria del teléfono llamó a la veterinaria, quien le aseguró que estaría en la mansión de señor Dee en menos de diez minutos. Miranda repuso que ella incluso llegaría antes. Condujo como una loca, sin respetar ni una sola de las señales de tráfico con las que se encontró en el camino. El trayecto se le hizo condenadamente corto, demasiado, tanto que cuando entró como un vendaval en la casa no supo qué decir, no había tenido tiempo para pensarlo.

—¡Miranda, estás aquí!

—¿Le has dado la medicación?

—¿Cuál? —Sean se sintió aliviado al verla, frente a él, reposando en uno de los amplios sillones del salón, se encontraba la perrita, que hacía enormes esfuerzos por poder respirar.

—He llegado lo antes posible —una mujer de avanzada edad entró en ese momento por la puerta del jardín, acarreaba un maletín que dejó sobre una mesa de cristal y sin perder tiempo se arrodilló al lado de Gladys—. Oooohh pequeña... —susurró con ternura.

—Es Martina —informó Miranda a Sean, que miraba ahora la escena desde un segundo plano.

La veterinaria se levantó y buscó dentro del maletín hasta dar con lo que necesitaba, hizo un gesto a Miranda que se acercó solícita y ayudó a la mujer con lo que ella le iba indicando. Diez minutos más tarde, Gladys había vomitado un par de veces y parecía encontrarse mejor. Sean se había desplomado en uno de sillones, el temblor de sus manos delataba los nervios que había pasado.

—Hemos llegado a tiempo. Miranda, ¿se puede saber que ha pasado?

—No lo sé muy bien...

—Ha sido una suerte que me encontrara por la zona —Martina puso la mano en el antebrazo de Miranda, que acariciaba con delicadeza el lomo de la perra.

—¿Y ahora qué?

—Qué descanse, ante el menor síntoma de empeoramiento, no dudes en llamarme. Dentro de un par de días llévala a la consulta y echaré un vistazo a esta campeona.

—Muchas gracias por venir tan rápido —agradeció Sean, incorporándose del sillón y alargando la mano.

—No ha sido nada, por suerte todo ha quedado en un susto. Cualquier cosa sabéis cómo localizarme.

Martina desapareció casi con el mismo sigilo con el que había llegado. Miranda cogió a Gladys en sus brazos y la acunó con dulzura mientras le decía que debía descansar. Sean indicó al servicio que preparara café, tomó asiento frente a Miranda y acarició a la perra.

—Miranda, suerte que has venido yo... no sabía qué hacer.

—No ha sido nada.

—Has llegado y de inmediato te has hecho con el control de la situación —y no pudo disimular cierto deje de admiración en el timbre de su voz—. Siempre lo tenías todo bajo control.

—Menos el robo de su coche favorito.

—Eso nadie lo podía controlar.

—Cierto —respondió ella con pesar—, nadie podía.

Dolores sirvió dos tazas de café, no sin antes asegurar repetidas veces que había echado mucho de menos a la señorita, que en realidad todos la habían echado de menos, a una indicación, abandonó el salón, pero tuvo tiempo de guiñar un ojo a Miranda. Sean observó entonces el atuendo de su fortuita invitada y suspiró.

—¿Has debutado como actriz amateur?

—Me temo que no.

—Vaya...

—No está tan mal —sonrió ella.

—Seguro que no —animó él—. Y apuesto que el local habrá aumentado la clientela, siempre has sido una gran trabajadora —Gladys se revolvió en el regazo de Miranda y Sean alargó los brazos para acoger a la perrita entre ellos—. ¡Oh, ven aquí querida!, han sido los quince minutos más largos de toda mi vida —susurró.

—Yo debería irme.

—¡No! —exclamó con énfasis—. Miranda no puedes irte, Gio está perdido sin ti.

—Sean, te lo agradezco, pero...

—¡Estúpido cabezota! —rezongó entonces— Miranda, Giorgio te necesita... ¡Gladys! te necesita... Todos te necesitamos, esto ha sido un absoluto y tremendo caos desde que te fuiste.

—No me fui, me despedí.

—Oh, eso son pequeñeces...

—Vamos Sean, tú mejor que nadie, conoces a Gio y nunca...

—Sin ti esto es como un barco sin rumbo.

—Eres muy amable Sean, y no quiero que me mal interpretes,

agradezco mucho tus palabras, pero no eres tú quien debe decirlo —hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, y proseguir—, y en el supuesto de que Giorgio, cosa que ambos sabemos no va a suceder, pero en el hipotético supuesto de que él me pidiera volver, no sé si lo haría.

—Te entiendo.

Miranda aceptó de buen grado el abrazo que Sean le dio, se despidieron en la puerta principal, que al cerrarse hizo que ella diera un respingo. Inspiró y dejó escapar el aire repetidas veces hasta lograr hacerlo con normalidad, la tarde había caído y a pesar de que en Miami nunca hacía frío, sí notó un ligero descenso de la temperatura. Miró de soslayo lo que durante algunos años había sido su hogar, la casa de invitados al otro lado de la piscina, desde su posición alcanzaba a ver la puerta y la gran cristalera, protegida por las cortinas. Cuando subió al coche una luz se encendió en el salpicadero. Maldijo su mala suerte y gruñó entre dientes cuando necesitó dos intentos para arrancarlo.

Condujo cabizbaja y pensativa de regreso a casa de su hermana. Volvía al punto de inicio, donde todo había empezado, y como en aquel entonces, con la misma idea de que su estancia allí debía ser temporal. El camino de regreso, a pesar de ser el mismo, se le hizo largo y farragoso, no podía dejar de dar vueltas al cúmulo de infortunios en el que se había convertido su vida en los últimos meses. Pensó entonces, en las probabilidades que había de que terminara enamorándose del culpable de su desdicha... pocas, auguró, a decir verdad, casi ninguna.

No habían pasado ni dos días cuando el teléfono volvió a sonar, y cuando Miranda leyó el nombre de Giorgio en la pantalla se olvidó, por un momento, de respirar.

—¡Cógelo! —instó su hermana.

—No —negó ella con la cabeza—. No puedo...

—Oh, por supuesto que puedes —insistió.

—Yo... no... —negó de nuevo con un movimiento enérgico de su cabeza, mientras agitaba sus manos y echaba un paso atrás.

—¡Oh venga!, no seas niña... —dijo entonces Melisa arrebatándole el dispositivo de entre los dedos—. ¿Diga?... no, soy su hermana ahora ella no puede ponerse... Ahá... Sí claro... por supuesto... Yo se lo digo, gracias por llamar señor Dee.

—¡Qué! —se apresuró en preguntar.

—Ahhh, pues haberlo cogido.

—Ohh venga...

—Pffff tengo hambre. ¿No tienes hambre?, podríamos pedir comida china para cenar.

—Pedimos lo que tú quieras, pero dime qué te ha dicho.

—¿Qué me ha dicho quién?

—¡Mel! —gritó casi histérica.

—Ohhh el loco...

—No le llares loco.

—Perdona, el genio...

—Oh, por favor, Melisa... no seas así —Miranda la apremió a seguir hablando, dando pequeños golpecitos en su antebrazo.

—Bueno, está bien... —se hizo aún de rogar.

—¡Melisa!

—Ha dicho que quiere verte, mañana, en su oficina —contestó al fin, dibujando una amplia sonrisa en su cara.

—¿Mañana?, mañana es domingo —apuntilló—. ¿Te ha dicho para qué?

—No.

Miranda aguardó un instante, pensó en la llamada que acababa de recibir, bueno que en realidad había atendido su hermana, se levantó para acto seguido volver a sentarse, pero antes de que se hubiese acomodado, volvió a alzarse de nuevo. Melisa la seguía con la mirada en su errático deambular, gesticulaba con ambas manos, pasando los dedos entre el pelo, como en un acto reflejo. Resopló.

—No voy a ir —dijo al fin.

—¡Estás loca! —gritó su hermana levantándose de la silla, impulsada como por un resorte—. Claro que vas a ir.

—¿Después de cómo me trató?, ¿de que me echara a la calle sin dejarme ni explicar?

—Miranda, del orgullo no se vive.

—No me importa, ahora estamos bien, tú y yo, en la cafetería...

—¡Ni de coña! —dijo muy seria—. Vas a ir allí, y vas a hacer que ese «genio» te implore y recuperarás tu trabajo y tu casa...

—Y volveré a ser una zorra egoísta incapaz de hacer un trayecto de quince minutos cuando me necesites.

—Ya te cuidarás de que eso no ocurra.

—Mel...

—Miranda, ¡largo de este barrio! Lo digo en serio —advirtió con tono amenazante.

—¡Está bien! —gruñó—. Voy a ver qué me pongo...

—¡Ropa!, ponte ropa...

No tuvo ni un momento de descanso en toda la tarde y durante la

noche apenas pudo pegar ojo, no recordaba la última vez que había conseguido dormir de un tirón. Por la mañana, antes de que sonara el despertador ya estaba preparada. Finalmente, había decidido no darle a esa «reunión» más importancia de la que podía tener, así que eligió un atuendo de lo más normal, pero muy favorecedor, recogió el pelo en una coleta y apenas hizo uso del maquillaje.

Dos horas más tarde volvía a casa sin poder dejar de sonreír.

Canturreaba el estribillo de una de esas canciones de moda que resultan tan pegadizas, y parecía contenta, más bien se diría que exultante, mientras metía las cosas en el maletero de su Volvo. Por fin, todo parecía enderezarse de nuevo. La visita a Giorgio no había sido exactamente como esperaba, en realidad había sido mucho mejor, y siguiendo el consejo de su hermana, a quien había prometido no volver sin el trabajo, no solo había conseguido que Giorgio se disculpara, sino que había recuperado su empleo y mejorado todas las condiciones de su contrato, no solo las económicas. Fines de semana libres, compromiso por parte de él de no llamarla fuera del horario laboral, a no ser que fuese por una urgencia extrema, una nada despreciable mejora salarial y un ayudante, para que se encargara de esos trabajos menos agradecidos. Miranda no podía salir de su asombro. Las palabras «imprescindible», «la mejor», «irremplazable», aún martilleaban sus sienes. Además, su disculpa estuvo seguida de un cálido abrazo por parte de ese hombre que, en todos los años a su lado, jamás había tenido un gesto amable ni cercano con ella.

—¿Me llamarás cuando llegues?

Miranda soltó una carcajada y pensó que si algo bueno había sacado de esa situación había sido el aprender a valorar mucho más la relación con

su hermana y no volver a permitir que el trabajo se interpusiera entre ambas.

—El domingo nos veremos.

—Podrías venir aquí y...

—Mel... —la cara de Miranda cambió a una mueca indescriptible, el ofrecimiento de Giorgio no podía llegar en mejor momento, pues estar en el barrio, con la idea de poder cruzarse con él en cualquier momento era más de lo que podía soportar.

—Te voy a echar mucho de menos —Melisa no pudo reprimir que una lágrima surcara su mejilla y se sintió estúpida y confundida, pues no sabía si era de pena o de felicidad.

—Mel, si ves a Jhett... —un nudo se formó en su garganta al pronunciar ese nombre. Desde que lo vio delante de la cafetería no había vuelto a saber nada de él, los chicos del taller tampoco habían dicho nada y ella no había preguntado. Pensó que si todo había ocurrido por algo, por algún motivo oculto, por algún macabro plan del destino, no entendía por qué había terminado con tanto dolor—. Nada, no le digas nada.

—Está bien —sonrió—, dales caña a esos trajeados.

—Gracias por todo Melisa...

Ambas hermanas se fundieron en un cálido abrazo, que alargaron durante largo rato, pues ninguna de las dos quería que la despedida terminara. Melisa observó cómo «su pequeña» subía al coche y se alejaba por la avenida. Suspiró. Tenerla en casa había sido para ella como un bálsamo a su, ya enquistada, soledad. Y revivir esos momentos felices le hacía sentir ahora un gran vacío, pero se alegraba de que Miranda regresara al lugar que le correspondía, pues ella valía mucho e iba a llegar muy lejos, no tenía la menor duda.

Dio un paseo de dos manzanas hasta la cafetería, era pronto, pero tenía mucho que hacer, como encontrar a alguien que sustituyera a Miranda en el trabajo. Cuando dobló la esquina y pasó por delante del local vacío que su hermana le había comentado tantas veces, sintió un cosquilleo en el espinazo, pero siguió caminando, soterrando esos sueños que jamás vería cumplir. Al llegar a las inmediaciones de la cafetería divisó a alguien parapetado tras uno de los coches aparcados. Una columna de humo se alzaba justo en ese punto concreto. Melisa aceleró el paso y sacó la llave del bolsillo del uniforme y cuando estaba a punto de introducirla en la cerradura esa persona la asaltó.

—¡Jhett!, por Dios santo me has asustado.

—Lo siento —se disculpó y arrojó el cigarrillo al suelo.

—Miranda no está —el chico no parecía dispuesto a decir nada más, solo la observaba, Melisa se fijó entonces en las heridas en sus brazos y en sus nudillos—. ¿Quieres un café? —él asintió y la siguió al interior del local.

Las luces parpadearon un par de veces antes de encenderse, todas menos la de encima de la barra, que llevaba fundida desde hacía meses. Melisa traspasó el mostrador y encendió la cafetera, dejó su bolso y sacó de la vitrina dos trozos de tarta de manzana, que dejó frente a Jhett que, aunque la miraba, parecía absorto en su propio mundo.

—Pruébala —le animó—, está muy buena.

—Seguro que sí.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Miranda...?

—Su antiguo jefe la llamó, vuelve a trabajar para Giorgio —él no dio

muestra alguna de comprender, su rostro estaba impertérrito y sus ojos totalmente carentes de vida—. Se ha ido del barrio —añadió viendo que no reaccionaba.

—El café —susurró Jhett, señalando hacia donde el líquido negro había empezado a emerger.

—¿Qué te ha pasado? —repitió entonces la pregunta.

—Melisa, necesito un favor...

—Claro, lo que sea.

—Voy a irme una temporada de Miami... tienes que darle esto de mi parte, por favor —dijo alargando un sobre—. Dile que entiendo que esté dolida, pero que necesito que sepa que la quiero y que nunca pretendí hacerle daño.

—Claro, ¿puedo hacer algo más por ti? —él negó con la cabeza—. Vaya Jhett, voy a echarte de menos.

—Y yo a tus tartas —sonrió sin ganas, se levantó y salió de la cafetería sin atender a la última frase que había susurrado Melisa, «ella te quiere».

Deambuló el resto del día por esos barrios bonitos de su ciudad, observando el ir y venir de los transeúntes, ajenos al dolor que él sentía. Se había obstinado en intentar tener una relación normal, cuando él nunca había sido amante de la normalidad. Cuando hubo elegido su objeto de deseo, de la que para él sería la última vez, solo tuvo que aguardar, esperar que se le presentara el momento oportuno, que llegó cerca de la hora de cenar.

Se acercó al vehículo para presentarse, rozó con vehemencia la carrocería, impoluta y de un rojo sangre brillante. Atrás habían quedado los viejos métodos, la vieja escuela, ahora todo era mucho menos manual, más impersonal. Echaba de menos el contacto con el coche, el tiempo dedicado a forzar la cerradura, los nervios al tirar de los cables bajo el volante... Ahora

todo era más sencillamente complicado.

Pisó con fuerza el acelerador y salió del aparcamiento, giró en la primera calle y se perdió entre el tráfico, sorteó un par de coches y se incorporó en la carretera que le alejaba del centro de la ciudad. En su cabeza martilleaban los últimos estribillos de su canción, pero no sentía esa excitación, no notaba esa placentera sensación que tenía cada vez que hacía un trabajo, sintió que por el camino había perdido todo lo que hacía de ese momento, un momento especial. Rugió, parecía un animal, la canción «The Joker» volvió a saltar, pero había muerto toda la magia, nada se removía en su interior, solo la sensación de haber perdido, de estar condenado al fracaso.

Cuando llegó al lugar establecido para la entrega, dejó el vehículo con el motor encendido, tal como habían acordado, y se encaminó de regreso a Little Havana sin mirar atrás. Pasó las manos por su oscuro pelo, y rebuscó en los bolsillos por si, por alguna de esas casualidades, le quedaba algún cigarrillo, a pesar de saber de antemano que había terminado la cajetilla. Ya era casi la madrugada cuando se metió en la cama y se durmió.

—¿Jhett Rider? —gritó alguien aporreando la puerta de su apartamento—. Jhett Rider, abra la puerta —vociferaron de nuevo.

Jhett saltó de la cama, apenas tuvo tiempo de enfundarse los pantalones cuando la puerta del apartamento se vino abajo. Saltó por la ventana a la escalera de incendios y de ahí a la calle, una caída de casi dos pisos de altura, algo se clavó en la planta de su pie descalzo. Corrió calle abajo hasta doblar la esquina, tras de sí alguien le dio el alto, pero él no obedeció, solo corría tan rápido como le permitían sus piernas.

Saltó por encima de un seto, y fue a cruzar la calle cuando un coche se le vino encima. Sintió un dolor extremo en el costado izquierdo, y notó

como parte de la piel de su brazo quedaba adherida al asfalto. Soltó un alarido de dolor, pero no se permitió ninguna otra debilidad. Se puso en pie como pudo para continuar corriendo, aunque su velocidad se había visto drásticamente reducida. Cuando estaba a punto de alcanzar una de las calles más transitadas de la zona, con la clara intención de perderse en el ir y venir de un lunes por la mañana, algo cayó sobre él. No fue hasta que le golpearon en la pierna que dedujo que esa mole que le aplastaba era un agente de la ley, y lo que se estrellaba contra su muslo, la porra de su compañero. Recibió un par de golpes más, a pesar de que ya no podía moverse.



—Vuelve a dejarlo donde estaba —ordenó Miranda a Steve, su ayudante—. ¡Perfecto! —palmoteó divertida.

—Da gusto volver a tenerte por aquí —confesó Mani, rozando su hombro—. Esto ha sido un verdadero caos.

—Bueno...

—Ooohh querida, no intentes quitarte mérito... ¿está todo listo?

—Todo —dijo con orgullo Miranda.

—Y en un tiempo récord —añadió el hombre—, nos haces quedar mal al resto. Te ha bastado una semana para tenerlo todo atado.

—He movido algunos hilos...

Miranda se dejó caer en su nueva mesa, ubicada en el centro de su nuevo despacho con vistas a toda la zona de la playa de Miami. No podía creérselo, era como vivir en un sueño, un sueño que por fin se hacía realidad. Miró los billetes de avión para París que Giorgio había hecho dejar sobre su mesa, los tomó entre las manos sonriendo como una tonta y los guardó bajo

llave en el primer cajón. Miró entonces la mesa llena de papeles, carpetas, el portátil y dos Ipads. Trabajo, trabajo, trabajo... Y bajo esa tonelada de documentos, en algún rincón de ese enorme escritorio, una foto suya con Melisa. Tenía que recordar llamar a su hermana.

—Señorita Claris, el café...

—¿Descafeinado con leche natural y sacarina?

—Ahhhh

—Era broma —sonrió ante la cara de contrariedad de Steve.

—Vaya, he picado —susurró el joven—. ¿Tiene todo a punto para el viaje? ¿Necesita algo más? —Miranda negó con la cabeza.

—Puedes irte... ¡No! espera —dijo llamando su atención antes de que saliera del despacho—. Esto tiene que pasar por taller antes del lunes.

—Sin problema.

«Sin problema» esa era la respuesta de Steve para casi todo. Recién salido de la universidad, ansioso por comerse el mundo, y sin importarle qué tuviera que hacer para lograrlo. Era más que evidente su ambición teñida de servilismo y sus escasos escrúpulos para deshacerse de todo aquel que pudiera interponerse en su camino. En más de una ocasión, en el poco tiempo que llevaba con ella, no había tenido reparos en insinuar que no le importaba jugar sucio, de ser necesario. Y parecía tener verdadera devoción por su «jefa», algo que a todas luces suponía un alivio para ella.

Miranda tomó un sorbo de café y se acercó a la ventana. Miró alrededor y viendo que estaba prácticamente sola en la oficina, se bajó de sus altísimos tacones y deshizo el elaborado recogido que había aprisionado su pelo durante todo el día. En el horizonte el cielo se había tintado de multitud de tonos entre rosados y púrpuras, suspiró y pensó que dentro de dos días, vería el atardecer desde París.

En algún lugar, perdido bajo un manto de papel banco, su móvil empezó a sonar.

—Dime Mel...

—Miranda... es Jhett.

—Si llamas para recordarme lo buen chico que...

—No, no es eso... —atajó.

—¿Ha pasado algo?

—Miranda, lo han detenido, ayer por la mañana, pasará a disposición judicial.

—Vaya.

—Parece que no te sorprenda.

—Bueno... sí, no, ah no sé...—Miranda se dejó caer en la silla—. ¿Por qué me llamas?

—Bueno, veo que te da igual —dijo sin tratar de esconder el marcado tono de molestia en la voz—. Al menos ya no tendremos que quedar fuera del barrio, si lo condenan pasará unos cuantos años en la cárcel.

—Melisa, tú no sabes nada —la acusó.

—Sé que le quieres, sé que te quiere... y sé que a pesar de todo...

—Gracias por llamarme.

—Ahora iré a comisaría —estaba aturdida, desorientada—, no sé, por si me dejan verle o necesita alguna cosa... ¿Quieres que le diga algo?

—No —rebufó dejando que su mirada se perdiera en las espléndidas vistas que le regalaba el ventanal de su nuevo despacho—. Nada.

—Está bien. Pensé que debías saberlo. ¿Nos veremos cuando vuelvas de París?

—Claro...

—Cuídate, te quiero.

—Yo a ti también.

Cortó la comunicación. Se quedó inmóvil con el teléfono en la mano y la mirada perdida en algún punto inconcreto del paisaje. Subió los pies a la silla y rodeó sus rodillas con ambos brazos, apoyando también la barbilla en ellas. Había intentado no pensar en él, mantenerle lejos de sus recuerdos, no añorarle en esos pequeños momentos a los que no se suelen dar importancia mientras se están viviendo, como al despertarse y no encontrar sus labios devolviéndole una sonrisa mientras apoyaba el codo en la almohada, los besos lanzados al aire a través de la ventanilla del coche, el tacto de su mano sobre la suya dibujando caricias mientras esperaban que cambiara un semáforo, la lista de la compra en la nevera donde cada día él solía apuntar solo cuatro palabras «ración doble de besos»... pero le había sido imposible. Cada vez que pensaba en Jhett la invadía una sensación extraña, una especie de ahogo que no sabía definir, un martilleo en las sienes y le daba un vuelco el corazón. Era una sacudida que apenas duraba unos segundos, pero tan intensa, que cada vez que él se colaba a traición en sus pensamientos, tenía que detenerse y respirar.

Estaba detenido, le había anunciado Melisa, y ni siquiera le había preguntado el motivo, pues no le hacía falta. Aun sabiendo que era algo que tarde o temprano podía suceder ni siquiera le reconfortaba el amargo consuelo de que hubiera ocurrido cuando ya no estaban juntos. Intentó convencerse a sí misma que era lo mejor que podía pasar, un ladrón menos en las calles de Miami, un mentiroso menos... tal vez la cárcel le sirviera para expiar sus culpas, redimirse, y volver al buen camino o poder encontrarlo en el supuesto de no haberlo conocido nunca. Intentó pensar en todas esas cosas, pero no pudo.

Se incorporó en el sillón, bajó los pies al suelo y se subió de nuevo a

sus altísimos tacones, cogió la chaqueta que estaba colgada en el respaldo de la silla y salió del despacho cazando al vuelo su bolso.

—Salgo un momento —anunció al pasar frente a la mesa de Mani.

—¡Espera Miranda!, pero... ¿vas a volver? ¿Qué le digo a Giorgio si pregunta por ti?

—Dile que he ido a enterrar un cadáver.

Subió al coche y arrancó a la primera. Giorgio, en un alarde de generosidad extrema, totalmente fuera de su tónica habitual, le había cedido un coche de empresa, uno de esos que tanto le gustaban a Jhett, y ahora, arropada por la suave caricia del sonido del motor, entendía por qué. Mientras conducía, dejó de estar atenta a sus pensamientos para centrarse en el tráfico, y entonces fuera de todo control volaron libres, tomando una dirección recurrente, al preguntarse qué habría sacado por el Aston Martin que a ella le había cambiado la vida, aunque si se detenía a meditarlo, había sido para mejor, a pesar de que su corazón todavía sangrara. Sintió que poco a poco, kilómetro a kilómetro, su rabia iba decreciendo, y cuando aparcó cerca de su destino y descendió del coche, notó que ya no quedaba nada de todo ese rencor.

Sus dedos tamborileaban sobre la mesa de madera de la sala donde la habían acomodado para que esperara, cruzó y descruzó las piernas varias veces, miró el reloj por enésima vez y resopló. Observó a su alrededor, un ir y venir constante de policías, hombres y mujeres trajeados, y algún que otro tipo que venía esposado y custodiado por agentes de uniforme. No le gustaba nada tener que estar allí.

—Bueno, señorita Claris —dijo de nuevo el hombre que la había

atendido al llegar y que se había presentado como Sargento Méndez.

—Como ya le he explicado —interrumpió ella—, esa noche el señor Rider estaba conmigo.

—Entiendo... —volvió a susurrar y garabateó algo en una hoja de papel—. Al señor Rider se le acusa de robo...

—Sé de qué se le acusa, me lo ha dicho usted mismo nada más empezar esta conversación. Señor...—dudó un momento y entrecerró los ojos tratando de recordar— Méndez, no quiero parecer desagradable, pero tengo que viajar a París y me gustaría dejar este asunto... zanjado —Miranda aguardó un instante, conteniendo la respiración.

—Como comprenderá con su palabra no es suficiente. ¿Alguien más puede confirmar su historia?

—Ahh, por favor —Miranda hizo acopio de todos sus recursos y trató de aparentar una seguridad y una suficiencia, que ni de lejos sentía en esos momentos—, estuvimos solos en mi casa... —Miranda miró al suelo y de nuevo alzó los ojos hasta clavarlos en los de su interlocutor, de mirada tan intensa como suspicaz—. Mi ayudante ¡Steve! —exclamó de pronto, como si se hubiera acordado de repente de un detalle al que antes no le hubiera dado importancia—, anótelos, Stevenson Summers, vino a traerme unos documentos...

—¿A esas horas? —preguntó extrañado.

Miranda soltó una carcajada, que cogió desprevenido al Sargento Méndez, atento como estaba a observar el lenguaje corporal de la joven que tenía delante. Se mostraba segura y con gran aplomo, sin embargo, su mirada tras la última pregunta parecía devolverle un tono de burla, o de escepticismo, como si fuera lo más normal del mundo firmar documentos o mantener reuniones de madrugada. Aunque Miranda no podía evitar mirar al policía

con cierta condescendencia, al pensar que si conociera a su exigente y excéntrico jefe no le cabría ninguna duda de que las reuniones creativas podían celebrarse a las cuatro de la mañana, para ello solo hacía falta que el genio del diseño, el gran Giorgio Dee hubiera tenido un ataque de insomnio, o le hubiera asaltado una de sus estrambóticas ideas. ¿Qué tenían de raro esas horas?, se preguntó Miranda sin poder evitar que una mueca divertida subiera a sus labios, pues nadie, absolutamente nadie, por mucha imaginación que tuviera, alcanzaría a imaginar lo que suponía trabajar para el señor Dee.

—Créame —contestó después de esa larga pausa—. Cuando está trabajando el Sr. Dee nunca mira el reloj, así que puede enviar documentos, pruebas, portadas, requerir una tela o un botón en concreto a cualquier hora del día o de la noche —sonrió al policía que la observaba de hito en hito tratando de determinar si la joven no estaría quizás exagerando y prosiguió, esperando que su poder de convicción resultara efectivo—. Así que esas horas son normales para Giorgio Dee, a veces sus instrucciones pueden llegar a horas incluso más intempestivas...

—Supongo que no habrá problema en que el señor... —miró el papel —Summers verifique su versión.

—Por descontado, pueden llamarle.

—Lo haremos.

—Entonces... ¿puede marcharse?

—Primero tenemos que confirmar su coartada.

—¿Quieren que avise al Sr. Summers? —se ofreció Miranda señalando el móvil—. Seguro que Steve puede venir...

—Nosotros lo haremos, no se preocupe señorita Claris —dijo el agente acompañándola a la puerta.

—¿Y después quedará en libertad? —Miranda trataba de no parecer

angustiada—. ¿Retirarán los cargos?

—El Sr. Rider ha solicitado un abogado —informó, tratando de dar por finalizado el encuentro—, él se encargará de hablar con Fiscalía, no se preocupe.

—Muchas gracias, Sargento —dijo tendiéndole la mano.

—Que tenga un buen día.

—Buenos días —se despidió, todavía algo desconcertada, pero mostrando un gran aplomo.

Cuando Miranda salió del despacho se encontró con Melisa, que aguardaba sentada en unos bancos de madera. Ambas se miraron un instante hasta que Melisa asintió con un leve movimiento de cabeza, tomó a su hermana del brazo y ambas se encaminaron hacia la puerta para salir a la calle. Cuando llegó a la Comisaría pasó largo rato en una de las salas donde le dijeron que debía esperar a ser atendida. Al llegar su turno preguntó si había algún modo de poder ver a Jhett, si necesitaba algo, si podían decirle que ella estaba allí por si quería que avisara a alguien o que le trajera algo de su casa... pero todo fueron negativas por parte de los funcionarios que se encontraban en el mostrador de información. Ni siquiera la familia podía verle en esos momentos, tan solo su abogado. Cuando estaba a punto de marcharse le sorprendió ver llegar a su hermana, y desde que la viera aparecer llevaba más de una hora esperando a que saliera de ese despacho con buenas noticias.

—Has hecho lo correcto —susurró Melisa cuando salieron a la calle.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Ahora, cuando salga podréis hablar y...

—¡No! Mel... no, no quiero verle —soltó en un bufido.

—Miranda...

—Vámonos Melisa, todavía no va a salir...

—Pero... ¿por qué? Si ya lo has aclarado todo... ¿no?

—Burocracia, supongo... Tiene que venir su abogado, hablar con el fiscal...

—Está bien —dijo no muy convencida—. Pues me quedaré hasta que venga el abogado —Miranda asintió y se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en seco.

—Ah, Mel... no le digas que he estado aquí.

—Pero... —intentó protestar, aunque se mostró vacilante.

Miranda abrazó a su hermana con fuerza, que poco a poco fue perdiendo hasta que la tristeza le ganó la batalla y se abandonó al impulso de un llanto seco que llevaba horas reprimiendo.

—Tengo que irme —susurró sin terminar de soltarla.

—¿Estás segura?

—No, por eso tengo que irme.



La tarde ya hacía horas que había caído y Miranda, parecía observar cómo a través de los grandes ventanales de la terminal, la oscuridad iba ganando terreno a la luz que se reflejaba sobre la pista de aterrizaje, mientras por megafonía anunciaban, por enésima vez, el retraso del vuelo con destino a París. Cogió la maleta de mano y tiró de ella por uno de los pasillos que conducían a la zona de restauración del aeropuerto, se sentó en una cafetería y pidió un café.

La bebida caliente hacia ascender una pequeña columna de humo que

a los pocos minutos se disipaba en el ambiente. El pasillo que conducía hacia la zona de vuelos internacionales se hallaba muy concurrido, un ir y venir de gente sin descanso, arriba y abajo, unos tiraban de maletas, otros de niños. Sonrió ante la escena de unos desesperados padres intentando, de manera infructuosa, que su hijo se desenganchara del escaparate de la tienda de golosinas. Alzó la muñeca para mirar de nuevo el reloj, bebió un sorbo de café, y sacó el teléfono para informar a Mani de que su vuelo ya llevaba tres horas de retraso.

—La respuesta era sí —la voz que la asaltó desde su espalda hizo que diera un respingo.

Miranda no se volvió a mirar en la dirección de dónde provenía la voz y se dio cuenta, demasiado tarde, que estaba conteniendo la respiración. Tomó una bocanada de aire y soltó el aliento despacio. Se mantuvo inmóvil, salvo por el casi imperceptible movimiento de su pecho cuando inspiraba y ese ligero temblor que se había iniciado en sus manos, y se había extendido por todo su cuerpo.

—La respuesta a ¿qué? —preguntó con un hilo de voz, que a pesar de intentar que sonara firme, resultó temblorosa al abandonar su garganta

—A si un león puede dejar de cazar. La respuesta es sí, por supuesto, puede hacerlo.

—Ya te dije que cazaban las leonas —respondió todavía de espaldas.

Miranda se giró despacio para toparse con sus penetrantes ojos. Le pareció que estaba más atractivo que nunca, pero se obligó a desterrar ese pensamiento y a centrarse en lo verdaderamente importante.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has pasado?

—He venido a decirte que me equivoqué... —dejó un billete con destino a España sobre la mesa.

—No puedes salir del país —le informó ella.

—Lo sé... —resopló—. Pero no se me ocurrió otro modo de llegar a ti...

—¿Has retrasado tú mi vuelo?

—No —dijo riendo—. Miranda... no sé cómo decirte que te quiero y que necesito que me perdones.

Miranda miró el billete sobre la mesa y lo señaló.

—Espero que acepten devoluciones.

—Eso no me importa.

—Ya, claro... Supongo que el dinero no es un problema...

Jhett la miró con insistencia, sabía que la historia solo podía terminar de dos maneras, que ella se levantara y se alejara de él para siempre, o que decidiera perdonarle... Ella había ido a comisaría y le había ofrecido una coartada, se la había jugado por él, para que no fuera a la cárcel, ella... ella aún le quería. No podía ser de otro modo. Tenía que quererle, necesitaba que ella también le amara o toda su vida carecería de sentido.

Por megafonía anunciaron que el vuelo con destino a París abriría las puertas de embarque en unos minutos. Jhett miró hacia el techo, como si de ese modo pudiese fundir esa voz estridente que anunciaba que la despedida con Miranda se aproximaba, y se le agotaba el tiempo para convencerla de intentarlo de nuevo.

Miranda entreabrió los labios, parecía que fuera a decir algo, pero no

lo hizo, simplemente dejó escapar un suspiro y clavó la mirada en él.

—Se me hace tarde —Miranda se levantó, cogió su maleta y empezó a tirar de ella, serpenteando entre las mesas del local—. ¿Te retuvieron el pasaporte? —dijo deteniéndose de pronto y girándose hacia él—. Claro que te lo retuvieron, que pregunta más tonta, ¿no?

—Soy un tío de recursos.

—Todos ellos ilegales.

—Pero puedo cambiar.

—Dijo el escorpión a la rana...

—Prefería que me llamas león.

—Jhett, necesito tiempo.

—Claro —se apresuró a decir—, puedo esperar.

—Aunque no sé si podré volver a confiar en ti.

—Venga princesa... —imploró.

—Lo siento.

Jhett observó cómo tiraba de su maleta con decisión y recorría ese largo pasillo, contemplando con impotencia cómo se alejaba cada vez más de él, sin poder hacer nada, hasta que desapareció en la distancia.



Miranda observaba de manera distraída el reloj de su muñeca, contando los segundos que faltaban para la hora de salir. Nunca hubiera imaginado que esa vida al lado de Giorgio, que tan solo unos meses atrás adoraba, ahora podía llegar a agobiarla. Que toda esa espiral de confusión, estrés, carreras, moda, modelos y glamour llegaría a asfixiarla de ese modo. Apagó el ordenador y colocó la carpeta en el primer cajón, que cerró con

llave. Se levantó y colocó todas sus cosas en el interior del bolso, tomándose en ese simple gesto más tiempo del necesario, dejando su mirada suspendida, por algunos segundos, en el ventanal y a esas maravillosas vistas de la ciudad.

Sentía un enorme vacío, una profunda tristeza, y aunque pudiera parecer un contrasentido, o que se regodeaba en su propio dolor, no quería que nadie más intentara llenarlo. Su teléfono sonó y al ver en la pantalla el nombre de su hermana, se le iluminó el rostro.

—¡Mel! —exclamó, y quizás por primera vez en todo el día su voz mostró un matiz de verdadera ilusión—, estaba a punto de salir.

—¿Seguro? —y no pudo evitar cierto tono de incredulidad.

—Que sí —confirmó, aunque podía entender las reticencias de su hermana, había días que llegaba a casa pasada la media noche, pero por hoy era suficiente—. Mira ya tengo el bolso colgado, salgo del despacho, estoy fingiendo que no veo a Mani, con un montón de carpetas... —iba relatando.

—No disimules, tienes que... —Mani intentó detenerla.

—Lo siento —cortó Miranda tajante— todo eso puede esperar al lunes.

—Pero...

—Lu-nes.

—¡Bien dicho! —exclamó divertida Melisa al otro lado de la línea—.

Nos vemos en un rato.

—¡Hasta ahora!

Miranda descendió a la planta baja, donde ahora tenía plaza de aparcamiento y su flamante coche de empresa, un... un coche que... sacudió la cabeza y se obligó a no pensar en él. Dolía demasiado. Se preguntaba, aunque

siempre lo hacía en silencio, porque todavía era incapaz de ponerle voz a esa pregunta, si se había equivocado. Fue cruel dejar a Jhett en el aeropuerto... no miró atrás, solo caminó, embarcó e intentó olvidar. Y de aquello hacía ya más de tres meses... y aún no lo había logrado.

Se incorporó al tráfico y aprovechó el trayecto para hacer una llamada rápida a Jules, para recordarle lo de los bocetos que Giorgio quería el lunes sobre la mesa.

La semana que pasó en París intentando solucionar el descuido de su predecesora, había transcurrido entre brumas. Había pisado la capital de la moda y el amor y lo único que recordaba eran sus ojos enrojecidos y las tabletas de chocolate que se había comido. Miranda sacudió de nuevo esos pensamientos, intentando alejarlos como quien intenta apartar las moscas en verano. Melisa la había llamado porque tenía una sorpresa, algo importante, le había dicho.

Aparcó frente al apartamento de su hermana y descendió del coche al tiempo que la vio aparecer. Lucía una sonrisa de oreja a oreja, así que la noticia, a la fuerza, tenía que ser buena.

—¡Qué bien! ¡Vamos!

—¿Dónde?

—Tú sígueme...

—Jooo que misterio... ¿no me dejas ni que me cambie de ropa?

—Bromeas, ¡estás preciosa!

Miranda se miró de arriba a abajo, «normal» pensó ella, ni muy arreglada ni muy informal, ropa de trabajo, un vestido sin mangas de color burdeos con unos detalles de pedrería en el escote y sus sandalias favoritas, en el maletero quedaron los vaqueros y la camiseta que había preparado para

pasar la noche en casa de Melisa.

Siguió a su hermana por las calles del barrio, saludando a los vecinos con los que se cruzaban, al pasar cerca del descampado donde estaba el taller de Tom, a Miranda le dio un vuelco el corazón. Había temido ese momento, sabía que llegaría, pero...

—Cerró —anunció su hermana—. Tom desapareció y los chicos... bueno Carlos se pasa a comer de vez en cuando por la cafetería...

—Y... —pero la pregunta murió en sus labios antes de poder ser formulada, pronto se arrepintió, temía la respuesta, le daba miedo encontrarse con Jhett, pero temía aún más que se hubiese ido de Miami.

—Hemos llegado —dijo Melisa deteniéndose frente a un escaparate de la Segunda Avenida.

Miranda observó la fachada de ese viejo local, ahora pintada de un bonito color crema, los viejos y sucios cristales habían sido substituidos por unos nuevos, con un logo en tono rosado que anunciaba «Sugar Mel's», intentó hablar, pero no pudo, un nudo se formó en su garganta.

—Pe... pe... pero...

—Si no hubiera sido por ti, jamás lo habría hecho.

—¡¡¡¡¡Pero esto es fantástico!!!! —gritó emocionada saltando sobre su hermana—. Mel, esto es tan... Uuufff mamá estaría orgullosa.

—Pues si te gusta el exterior, espera a verla por dentro —sonrió ella —, ve entrando, tengo que hacer una llamada.

Melisa sacó su teléfono y se alejó un par de pasos, Miranda la siguió con la mirada todavía unos instantes sintiéndose muy orgullosa de ella.

Merecía que esto le saliera bien, y estaba convencida de que así sería. Empujó la puerta de cristal ahumado y al hacerlo el tenue sonido de unas campanillas resonó sobre su cabeza, reconoció el sonido de inmediato, eran las mismas campanillas que ellas tenían en su habitación cuando eran pequeñas, su madre les decía que eran campanitas mágicas, y lograban que los sueños se hicieran realidad, Melisa las debía haber guardado todos estos años.

Un dulce aroma impactó en su nariz cuando traspasó las puertas y se adentró en el local, pero por encima de ese olor, reconoció otro de inmediato.

Allí en medio estaba Jhett, con un ramo de flores en las manos y la mirada más tierna que jamás había visto. El corazón de Miranda se paró.

Jhett había estado ensayando su discurso, hasta saberlo de memoria, todo lo que le quería decir, lo que sentía... pero al verla, su mente se negó a funcionar, y las palabras parecían no querer fluir de sus labios. Así que se quedó inmóvil, con el ramo de flores en la mano, mirándola, sin atreverse a mover, sin poder decir nada... Y aunque parecía que había pasado un siglo, tan solo habían sido unos segundos. Miranda dio un par de pasos titubeantes hacia él, cogió las flores y sin perder el contacto con sus azules ojos las acercó a su rostro e inspiró su olor. Sonrió, pero él parecía hipnotizado, cautivo de algún tipo de hechizo que no le permitía reaccionar.

—Miranda yo...tengo que... quiero...

—Shhhhhhhhhh —puso dos dedos sobre sus labios—, no hace falta...

—Pero quiero hacerlo —alargó su mano para rozar la yema de sus dedos—. Nena... Necesito que me ayudes a borrarlas...

—¿Borrar qué?

—Todas mis malas decisiones... y poder elegir de nuevo.

—Jhett...

—Miranda, tú eres mi elección... lo fuiste entonces, aunque fui un estúpido y no supe... Y lo serás siempre, te quiero... no hay nada más que me importe... Miranda si no puedo tenerte... creo que me volveré loco...

—Oh vamos Turbo, cállate...

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—¡Por todos los diablos! ¿Es qué no vas a besarme? —inquirió ella.

Jhett sonrió aliviado, y no esperó a que ella preguntara de nuevo, antes de que su boca abrasara la piel de sus labios, ya le había robado el aliento.

Otras novelas de las autoras ...

SAGA OCÉANOS DE OSCURIDAD

OCÉANOS DE OSCURIDAD

El destino suele ser caprichoso. Vidas paralelas destinadas a no cruzarse nunca, a no tener ningún punto de encuentro y que de pronto se ven unidas, quizás por culpa del azar, o puede que sea culpa del destino y ya estuviese todo escrito. ¿Qué habría pasado si Marco Vendel no hubiese entrado en aquel pub? ¿O si Alessandra Valmont hubiese preferido volver directamente a su casa después de la universidad? Eso ya nunca lo sabremos, puesto que ellos coincidieron en el mismo lugar, en el mismo momento, y un simple roce de sus manos cambió el destino de sus vidas para siempre...

Marco Vendel, un vampiro tres veces milenario, miembro del Consejo que lidera su especie, echa un pulso al destino y pone en peligro todo su mundo, su inmortalidad, por una simple humana. Su obsesión alimenta los fantasmas de ella, un círculo que poco a poco se estrecha y así empieza esta historia de amor, pero sobretodo de una pasión desenfrenada, donde afloran los más bajos instintos de ambos y traspiran por cada poro de su piel.

Pero Marco no puede desatender sus ancestrales obligaciones, no puede traicionar sus propias reglas y prohibiciones, por lo que esa relación se ve abocada a la clandestinidad más absoluta, por su propio bien, pero sobre todo por la seguridad de ella. Sólo la mano derecha Marco, Stephano y una vampira un tanto extravagante, Ever, son concedores de ese amor.

Así que sus vidas, a veces paralelas, a veces superpuestas, empezarán a entrecruzarse, marcando así sus historias, alimentando el aparente caos que se

establece cuando algo que no puede salir a la luz parece a punto de estar en boca de todos.

Y de nuevo otro giro del destino que viene a truncarlo todo.

...Sigue la historia en TEMPESTADES, ABISMOS DE TIEMPO y descubre el spin off EL JARDÍN DE LAS LILAS...

La leyenda de Kanhür

Siempre hay un inicio para toda leyenda.

Selena, hija del Rey de Kanhür, desafía a su propio destino y decide desobedecer a su padre para lanzarse a la aventura y recuperar lo único que de verdad le importa, y que por error le ha sido arrebatado. Su determinación la llevará a recorrer su Reino, enfrentándose a cualquier peligro, hasta traspasar sus fronteras y adentrarse en el Reino de la Oscuridad, desde donde el Mago Negro, quiere dominar el mundo.

Emprende junto a Selena y su amigo Isaac este fascinante viaje por tierras fantásticas, descubre a seres mágicos, y enfréntate a los retos más duros desafiando incluso a la propia muerte.

¿Podrá la luz vencer a la oscuridad?

¿Estás preparado para vivir esta aventura?

La sierva de Delos

Aeneas, Comandante ateniense, tan solo quiere regresar a casa antes de que su esposa dé a luz a su primer hijo.

Mientras, en Delos, Halia y las demás sacerdotisas se afanan en recoger a los animales y proteger el Templo de esa fuerte tormenta que se ha formado.

En el Olimpo, Zeus y Hera, padres de todos los dioses, cruzan una apuesta y se disponen a jugar una partida de ajedrez con sus peones favoritos, los humanos.

¿Tendrán Aeneas y Halia la posibilidad de dirigir sus vidas o los dioses simplemente están jugando a los dados con su futuro? ¿Son los humanos meras marionetas en manos de esos dioses caprichosos? ¿Podrán unos simples mortales escapar del juego y burlar al destino?

Adéntrate en este peligroso desafío, descubre hasta dónde están dispuestos a llegar los dioses para ganar una apuesta.

Puedes encontrarnos en...



<https://www.facebook.com/oceanosdeoscuridad/>



@OdeOscuridad



Oceanosdeoscuridad@outlook.com



Océanos de Oscuridad



RoserYolanda



oceanosdeoscuridad_

<http://oceanosdeoscuridad.wixsite.com/escritoras>

Gracias por leernos.